

**D I P L O M A D O   E N   E S T U D I O S   M E X I C A N O S**

**Módulo III**

**Nación e Identidad**

---

***5. PORFIRIATO Y MODERNISMO***

**5. 1. Historia**

**5. 2. Arte y sociedad**

**5. 3. Literatura**



## **DIPLOMADO EN ESTUDIOS MEXICANOS**

### **Módulo III**

#### **Nación e Identidad**

---

##### **5. 1 Historia**

LECTURA OBLIGATORIA: BAZANT, Jan. “La era de Porfirio Díaz”. Breve historia de México, de Hidalgo a Cárdenas (1805-1940). México, 1981. Premia Editores, col. La Red de Jonás. P. 90-113.

Katz, Friedrich. “Los científicos y la Revolución Mexicana”. México en tres momentos: 1810-1910-210. Instituto de Investigaciones Históricas. Comisión Universitaria para los Festejos del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana. Dos Siglos de Historia (1810-2010), México, Universidad Nacional Autónoma de México. 2007, pp. 303-316.



## LA ERA DE PORFIRIO DÍAZ 1876—1910

[Con su guardia] Pisístrato se lanzó a la revuelta y capturó la ciudadela. De este modo adquirió la soberanía de Atenas, que continuó reteniendo sin cambiar los cargos previamente existentes ni alterar ninguna de las leyes. . .

[Durante su tercer gobierno] Pisístrato se dedicó a arraigar su poder más firmemente, con ayuda de un numeroso cuerpo de mercenarios y manteniendo una tesorería plena.

...Así se estableció la tiranía de Pisístrato en Atenas.

Heredoto, *Guerras Persas*, Libro I

Porfirio Díaz nació en la ciudad de Oaxaca en 1830. El padrino, que tuvo al recién nacido en sus brazos para el bautizo, fue su tío, un párroco que después llegaría a ser obispo de Oaxaca. La madre de Porfirio era hija de una familia de labriegos que tenía algo de ganado y de tierra; su padre, de temperamento emprendedor, había sido arriero y después cultivó caña de azúcar en pequeña escala; finalmente se estableció en Oaxaca y abrió un mesón que atendía arrieros y se ocupaba de sus animales I. En vista de las relaciones de la familia, no es sorprendente que el muchacho haya sido enviado al seminario; su madre soñaba con ver a su hijo en ropas sacerdotales. Después de la guerra con los Estados Unidos, todo el país hervía con ideas liberales; aun la remota Oaxaca tenía su cosecha de estudiantes anticlericales. Influído por sus amigos, Porfirio se rebeló contra su tío, abandonó el seminario e ingresó al Instituto de Ciencias y Artes. Benito Juárez, abogado y gobernador del estado, fue profesor y director del instituto en varias ocasiones; muchos estudiantes cayeron bajo su influencia, entre ellos Porfirio Díaz, de veinte años, y Matías Romero, un niño prodigo siete años menor que Porfirio. Díaz estaba a punto de recibirse de abogado cuando Santa Anna ideó un plebiscito general a

fines de 1854; se ordenó a todo mundo en el instituto de Oaxaca que votara. Como se anticipaba, todos votaron por el dictador; solamente Díaz se atrevió a disentir depositando públicamente su voto por Álvaro, la cabeza de la insurrección contra Santa Anna. Después de esto, Díaz desapareció y se unió a las tropas rebeldes en las montañas. Habría de seguir siendo militar el resto de su larga vida. De 1858 a 1860 combatió a los conservadores durante la Guerra Civil y fue ascendido a general en 1861. Se convirtió en figura nacional durante la resistencia contra la invasión y ocupación francesa; capturó Puebla en la primavera de 1867 y poco después liberó a la capital de la república. Porfirio Díaz era héroe nacional.

En una fotografía tomada en esa época, Díaz vestido de civil, se ve aún como un tímido abogado provinciano con cabello y barba rebeldes; excepto por una expresión dominante de los ojos, no hay nada que apuntara a su magno futuro<sup>2</sup>. Díaz se ve completamente diferente en un retrato que le pintaron exactamente el mismo año de 1867<sup>3</sup>. Está ataviado con un uniforme magnífico. Las charreteras dan la impresión de amplios hombros y su cabello y barbas están cuidadosamente recortados; la pose es imperial, napoleónica, típica de un militar de la época. Tal vez éste retrato fue pintado hacia fines de 1867, cuando Díaz era candidato a la presidencia. ¿Había cambiado su carácter en éste corto lapso de tiempo? ¿Tal vez podría haber sido tanto un abogado provinciano como un altivo general simultáneamente? ¿O es que el pintor leyó en su rostro lo que no estaba allí, para inventar la imagen de un héroe militar?

Tal vez el general esperaba que el ya sexagenario presidente Juárez le ofreciera un puesto en el gabinete o le mando general del ejército. (No se sabe si éstas eran sus esperanzas, pero podrían explicar sucesos posteriores). Por supuesto no sucedió nada por el estilo. Juárez no era amigo del ejército, ni siquiera de un ejército liberal; el espectro de una revuelta del ejército lo persiguió durante toda su presidencia. Pero en 1867 el mismo aumentó tal peligro cuando ordenó, como una de sus primeras disposiciones después de la victoria militar, una desmovilización del ejército, privando a 70,000 hombres de subsistencia<sup>4</sup>. El resentimiento personal

contra Juárez y el descontento en el ejército empujaron así a Díaz al camino de la oposición.

El abogado provinciano, ya para entonces héroe nacional, se estaba convirtiendo en un dirigente político militar, en un "caudillo". Aprendió a usar la técnica de sus predecesores: orgullosamente se retiró a su hacienda La Noria —que le fue donada por su estado natal— rodeado de una comitiva de fieles partidarios. Luego en 1871, cuando emprendió una revuelta del ejército contra el reelecto presidente Juárez, Díaz proclamó que "si el triunfo corona nuestros esfuerzos, regresaré a la paz de mi hogar, prefiriendo en cualquier caso la vida frugal y tranquila del oscuro labrador a la ostentación del poder"<sup>5</sup>. Estas palabras ciertamente suenan familiares; aparentemente Díaz había aprendido algo de Iturbide y de Santa Anna. Cinco años después, en 1876, el triunfo finalmente coronó sus esfuerzos, pero no regresó a la paz de su hogar. Juárez ya no vivía, así que Díaz no tuvo que excusarse por alterar el orden constitucional ni por oponerse al presidente; ahora adversario era tan sólo Lerdo.

El gabinete que Porfirio Díaz nombró hacia fines de 1876 estaba compuesto de liberales bien conocidos<sup>6</sup>: el ministerio de guerra fue confiado al general Pedro Ogazón, el antiguo gobernador de Jalisco durante la Guerra de Tres Años contra los conservadores; como Díaz, Ogazón era abogado y militar al mismo tiempo. El ministerio de relaciones exteriores le fue dado al yerno de Ogazón, Ignacio Vallaría, jurista ya prominente, y el ministerio de justicia y educación pública al escritor ateo y socialista Ignacio Ramírez. Vicente Riva Palacio, el periodista antilerdista que era nieto de Vicente Guerrero e hijo un importante abogado liberal que era gobernador del estado de México, fue nombrado ministro de fomento. Riva Palacio iba a coordinar posteriormente la redacción de una crónica histórica del país de cinco volúmenes, "Méjico a través de los siglos", en la que él mismo proporcionó la sección sobre el periodo colonial. Díaz le dio el ministerio de hacienda a Matías Romero, el más joven de la generación preparada por el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca y ahijado de Juárez<sup>7</sup>.

La escisión de los liberales —primero entre los partidarios de Juárez y de Díaz y cuatro años después entre los partidarios de Lerdo y de Díaz— había dejado al nuevo presidente militar con una base civil bastante tenue. Por lo tanto Porfirio Díaz desde el principio puso en claro que recibiría gustoso el apoyo de otros sectores. Desde luego contaba con el ejército y tuvo el cuidado de no desmovilizar a sus elementos superfluos; en vez de eso les garantizó puestos permanentes. Su promesa del 15 de enero de 1877, de que en contraste con la presidencia de Lerdo, la religión católica no sería perseguida y de que su gobierno no discriminaría a nadie, debe haber provocado una respuesta favorable no sólo de los cléricales, sino asimismo de los antiguos partidarios de Maximiliano,

Cuando Díaz alcanzó el poder hacia fines de 1876, todavía era considerado y ciertamente él mismo se consideraba liberal. ¿Pero cuál era su programa de gobierno? Aquí Díaz carecía singularmente de ideas. Llevó al extremo el pragmatismo de Juárez, de quien se ha dicho que "no era un dirigente que concibiera y diera impulso a programas, reformas e ideas. Esa tarea recaía en los hombres que lo rodeaban, y él aceptaba o rechazaba su dirección"<sup>8</sup>. Sin embargo, la situación bajo la presidencia de Lerdo proporcionó un marco general. La economía mexicana se encontraba sin esperanza detrás de los Estados Unidos y de la Europa Occidental. Los planes para la construcción de los ferrocarriles ya existían, pero permanecían en el papel. Ahora que la paz había sido establecida después de tantas décadas de guerra, parecía necesario promover el desarrollo económico atrayendo inversiones extranjeras. Ya para 1867, inmediatamente después de la guerra, Juárez había aceptado capital británico. Ahora se necesitaba mucho más, especialmente capital norteamericano; los inversionistas de los Estados Unidos ya habían mostrado interés ni México. Lerdo de Tejada había sido demasiado lento para actuar, por lo tanto recayó en su sucesor colocar las bases para la introducción tardía de transporte, minería e industria modernos. Esto podría facilitarse con el establecimiento del orden; pero sólo el ejército, no un régimen civil, podrían hacerlo efectivo. De esta manera, Díaz se convirtió en el presidente del orden y el progreso.

En la mente de Porfirio Díaz así como en la de sus colaboradores, el orden y el progreso económico llegaron a justificar el gobierno militar. Esto por supuesto trajo consigo una restricción gradual de la prensa que había sido completamente libre bajo Juárez y Lerdo. De hecho, la prensa había sido tan libre que ayudó a socavar el régimen de estos dos presidentes civiles. Díaz había usado esta libertad para alcanzar el poder, pero conociendo su efecto corrosivo, justificó su supresión en que México no estaba preparado para ella. En 1908, en los últimos años de su largo gobierno, declaró que la “democracia es el único principio verdadero y justo de gobierno, aunque en la práctica sólo es posible entre los pueblos altamente desarrollados”<sup>9</sup>. Estas palabras, dichas durante una entrevista con un corresponsal norteamericano, aparentemente destinadas al consumo extranjero, nos recuerdan las palabras similares que dijeron Iturbide y San Anna. “Aquí en México tenemos condiciones diferentes”, continuaba Díaz; “yo recibí el gobierno de manos de un ejército victorioso en una época en que el pueblo estaba dividido y falto de preparación para el ejercicio de los principios extremos del gobierno democrático. Haber arrojado sobre las masas toda la responsabilidad del gobierno de una sola vez hubiera producido condiciones que podrían haber desacreditado la causa de la democracia”. Y, “nosotros guardamos las formas del gobierno republicano y democrático. Defendimos la teoría y la mantuvimos intacta. Pero adoptamos una política patriarcal en la administración real de los asuntos nacionales, guiando y restringiendo las tendencias populares, con entera fe en que la paz forzada permitiría a la educación, la industria y al comercio desenvolver los elementos de estabilidad y unión”. El general concluía que “los principios de la democracia no han arraigado profundamente en nuestro pueblo; el individuo mexicano como regla piensa mucho acerca de sus propios derechos. . . pero no acerca de sus deberes”. Se refería a la clase media educada. Por otro lado, “los indios, que constituyen más de la mitad de nuestra población, se ocupan poco de política. Están acostumbrados a buscar dirección en los que tienen la autoridad en vez de pensar por sí mismos”.

Si Porfirio Díaz usó los métodos de Iturbide y de Santa Anna para llegar al poder, ciertamente no imitó a estos *caudillos* una vez que fue presidente. Habiendo

fracasado completamente como gobernantes deben haberle enseñado a Díaz precisamente cómo no gobernar el país. En vez de eso, Díaz debe haber aprendido de Juárez, que en su manera discreta, casi invisible, pudo gobernar a México durante casi quince años. Por supuesto, la guerra continua de 1858 a 1867 había ayudado a Juárez -a perpetuarse en el poder; una vez que la guerra terminó, había empezado a perder el control de la política y no estuvo lejos de perder la reelección de 1871. En ese tiempo, el liberalismo se estaba debilitando por la completa libertad de prensa, y básicamente todavía se restringía a las ciudades; el campo —pueblos, rancherías y haciendas con su población de peones— pronto reafirmó su naturaleza tradicional. Era de aquí de donde el ejército y la iglesia habían derivado siempre su fuerza. En suma, la situación era fundamentalmente la misma que en 1834. Consecuentemente, el resultado fue similar, es decir, el establecimiento de un régimen militar, con la diferencia de que la larga duración de la presidencia de Juárez había preparado al país para la presidencia todavía más larga de Díaz.

Puede haber poca duda de que el general victorioso estaba determinado a seguir el ejemplo establecido por Juárez, el de una presidencia vitalicia. Sin embargo, Díaz había hecho su campaña contra Juárez y después contra Lerdo con el lema de “no reelección”, y ahora tenía que cumplir su promesa electoral. Esto lo hizo mediante una enmienda constitucional que prohibía la reelección del presidente y de los gobernadores estatales para el periodo siguiente; el presidente podía ser reelecto, pero no inmediatamente. La sutil diferencia pasó inadvertida para la mayoría de personas. Díaz obviamente tenía pensado instalar para los cuatro años de 1880-1884 a un interino que se le entregara el puesto al expirar el periodo. También es bastante probable que para 1878 ya sabía quien era el hombre en quien podría confiar para servicio tan importante. Pasó por alto a los miembros de su gabinete, que eran todos hombres de reconocida habilidad pero que no encajaban en su plan porque eran superiores a él intelectualmente y por lo tanto podrían intentar regresar a un régimen civil. Tampoco eligió a su hombre entre los comandantes liberales del ejército; aquí el riesgo consistía en que tal individuo podría quizás inclinar el ejército a su favor y de este modo reemplazar a Díaz como gobernante

de México. Tenía que ser un hombre que no sólo fuera su amigo íntimo sino que también dependiera de Díaz; ciertamente la amistad no era suficiente porque aun los mejores amigos pueden olvidarse de la amistad en cuanto se convierten en presidentes. Mediante un proceso de eliminación, Porfirio Díaz empezó a considerar al general Manuel González. Díaz y González eran compadres pero, además, González tenía una carrera militar extraña: otros comandantes tenían a su crédito muchos años de servicio en la causa liberal, en muchos casos remontándose a la participación en la revuelta de 1854 - -sin embargo, éste no era el caso de González. Como soldado profesional, había luchado durante la guerra civil de 1858-1860 al lado de los conservadores y él y Díaz se habían encontrado como adversarios. Al inicio de la invasión francesa había ingresado como voluntario en el ejército republicano en el que luego luchó siempre bajo las órdenes de su compadre; tal vez ningún otro comandante hubiera estado dispuesto a aceptarlo. Recientemente, en 1876, había probado su lealtad a Díaz desempeñando un importante papel en la revuelta contra Lerdo. González era naturalmente un hombre capaz, pero su historial hacía que fuera imposible, o cuando menos muy difícil, que se convirtiera en una figura dominante en el ejército y que sobrepasara a Díaz en la estimación del público liberal. Se había encontrado al hombre en que Díaz podía confiar.

A su debido tiempo, González fue electo e instalado como presidente. Incluyó a Díaz en su gabinete como ministro de fomento pero no pudo retenerlo mucho tiempo: el ex-presidente prefirió “retirarse” como gobernador estatal de Oaxaca; ser gobernador -presidente en menor escala - era más acorde a su gusto que estar en el gabinete donde otros ministros serían sus pares y podrían presentarse dificultades entre él y el presidente. Podía contar con que González no interferiría con su gubernatura; desde Oaxaca también podría vigilar los acontecimientos y regresar a tiempo para reclamar para él la silla presidencial. Todo sucedió como estaba previsto, con la ventaja adicional de que González se desacreditó por la corrupción de su gobierno y por su vida personal licenciosa. El último año de su régimen, 1884, estuvo lleno de descontento y de desórdenes en la capital; la prensa libre tuvo su parte en excitar al pueblo a la oposición y no es improbable que, si Díaz no hubiera

regresado al puesto, hubiera tenido lugar un violento levantamiento y que México hubiera regresado a los desórdenes de la época de Santa Anna. Puede imaginarse fácilmente que México experimentó alivio cuando Porfirio Díaz finalmente se hizo cargo del gobierno el 1º de diciembre de 1884. Después de la experiencia con González, la nación tal vez aceptaría las reelecciones futuras de Díaz, después de todo era conocido por su honradez financiera y por poseer virtudes domésticas. La perspectiva de la reelección indefinida y de una presidencia vitalicia, sin embargo, tendría que evocar recuerdos de Santa Anna; Díaz sabía que tendría que enfrentarse a una oposición decidida de la opinión pública liberal. Su primera tarea por lo tanto consistía en reprimir a la prensa, la misma prensa que había sido su aliada en 1876, que lo había tratado bien durante su primer periodo y que, con sus ataques al presidente González, había ayudado a promover su imagen a ojos del público. Los cuatro años de su segundo periodo presenciaron el encarcelamiento de varias docenas de periodistas y el asesinato de unos cuantos de los más recalcitrantes<sup>10</sup>. Santa Anna se había contentado con enviar a sus críticos al extranjero, pero la experiencia demostraba que los liberales podían planear con éxito derrocar a la dictadura desde su exilio. Por lo tanto, esto tenía que evitarse y Díaz lo evitó, cuando menos durante una generación.

Con la prensa ahora a su disposición, Díaz estaba listo para preparar su segunda reelección. La constitución tuvo que ser enmendada nuevamente de modo que permitiera la reelección inmediata y esto se hizo en 1887. Díaz pidió prudentemente al Congreso que aprobara una sola reelección, únicamente para el siguiente periodo. Una vez que fue reelecto en 1888, Díaz se sintió lo bastante seguro como para arrojar la máscara: en 1890, el Congreso reestableció el texto original de la Constitución de 1857, que no contenía restricciones acerca de la reelección y que hizo posible que Juárez permaneciera en el puesto tanto tiempo. De ahora en adelante, Díaz podía despreocuparse acerca de sus continuas reelecciones, que llegaron a darse por un hecho. Díaz utilizó en su provecho el descrédito en que había caído González. Sin embargo, no dejó nada al azar. Por si acaso su compadre soñara con volver a ser presidente, lo mantuvo en jaque permitiendo que se

presentara en los tribunales una acusación en su contra por actos de corrupción. Semejantes precauciones ejemplifican la astucia y habilidad políticas de Díaz.

De esta forma, Díaz se convirtió en presidente vitalicio después de catorce años de esfuerzo y de espera. En 1890, tenía sesenta años. Su lento ascenso al poder permanente, contrasta con el de Iturbide y Santa Anna, que habían permitido que se les elegiera emperador y dictador perpetuo respectivamente, después de medio año en el poder. Díaz había aprendido a ser paciente; a los cincuenta años era joven y probablemente pensaba que viviría hasta los ochenta o noventa. Así que podía esperar. La nación tenía que olvidar, tanto como fuera posible, su programa original de no reelección y esto por supuesto tomaba tiempo. Habiéndose convertido Juárez en ídolo nacional, era aconsejable subrayar las similaridades entre ellos; la dictadura tenía que disfrazarse bajo el manto de una normal reelección democrática. A la anterior oposición del joven Díaz contra Juárez se le restó importancia y, en la literatura oficial, el general era descrito como el continuador de la tarea iniciada por su gran predecesor en el puesto. Díaz sabía desde el principio que una considerable medida de tolerancia religiosa le ayudaría a gobernar el país; ciertamente la iglesia debe haber recibido con agrado la derrota del anticlerical Lerdo que había frustrado la política conciliatoria de Juárez. Si el civil Juárez tenía la idea de una coexistencia pacífica con la iglesia, ésto era todavía más cierto con Porfirio Díaz, pues el complemento natural de la autoridad militar es la autoridad de la iglesia.

Además, Díaz ya había dado un paso hacia su meta. En 1880, durante los últimos meses de su primer periodo, Díaz había conocido al brillante, rico y ambicioso joven sacerdote Eulogio Gillow<sup>1</sup>. Gillow era amigo de dos miembros del gabinete y del abogado Manuel Romero Rubio, ministro de relaciones exteriores en el gabinete de Lerdo; Romero Rubio era por supuesto liberal, pero su esposa estaba relacionada con la jerarquía eclesiástica y la alta sociedad. Daba la coincidencia de que en abril del mismo año Díaz había enviudado; empezó a visitar a la familia Romero Rubio, especialmente a la atractiva hija Carmen, treinta años más joven que él. Mientras González gobernó, Porfirio Díaz había estado poniendo los cimientos para su futuro y a la edad de cincuenta y tres años se casó con la señorita Romero con el

beneplácito de la alta jerarquía de la iglesia. La reconciliación simbólica con la iglesia trajo consigo un acercamiento entre el presidente mestizo y de clase media, con la clase alta.

La clase alta que, en ausencia de una nobleza titulada, consistía en un grupo de los mayores terratenientes y prestamistas, que había estado asociado con los gobiernos conservadores de Bustamante y de Santa Anna. Había sufrido un revés durante la revolución liberal cuando la clase media pasó a primer plano, pero recobró su sitio bajo el imperio de corta duración de Maximiliano. Algunos de sus miembros —por ejemplo las familias Martínez del Río y Sánchez Navarro—, fueron castigados por Juárez como colaboracionistas y sus tierras en parte confiscadas. En los años que siguieron al colapso definitivo de la causa conservadora, la clase alta se mantuvo apartada del gobierno. Sin embargo su riqueza, si bien momentáneamente disminuida como resultado de multas y confiscaciones, todavía estaba allí. El régimen liberal no hizo nada por dañar a los hacendados; por el contrario, parecen haber cosechado los frutos de la nacionalización de las propiedades de la iglesia. Después del fin del imperio, el gobierno liberal concentró sus fuerzas en la división de las tierras comunales entre los campesinos, de acuerdo con la Constitución de 1857. Los liberales habían sido lo bastante prudentes para posponer la implantación de la constitución hasta su victoria final. Entonces, en agosto de 1867, el gobierno empezó a ejecutar esta parte de su programa. Esto se logró en grado considerable bajo la presidencia de Juárez<sup>12</sup>, el programa se completó bajo Díaz, por el último decreto que ordenaba la división firmado en 1890. Los resultados desilusionaron a los que habían esperado transformar a los campesinos indígenas en agricultores independientes. En muchos casos, los campesinos vendían sus parcelas por una pequeña suma de dinero a los hacendados vecinos; como resultado, los pueblos perdieron sus tierras comunales en favor de las haciendas y aun los ranchos, porque las fincas pequeñas y de mediano tamaño también se beneficiaron con la repartición<sup>13</sup>. Después de las tierras de la iglesia y de los pueblos les tocó a las tierras baldías de propiedad nacional, en su mayoría desiertos despoblados sin valor en la época. Se desconocía su superficie, pero ciertamente representaba una porción

considerable del territorio nacional. Con el propósito de promover la colonización y el progreso económico así como para obtener fondos para la continuación de la guerra, Juárez expidió una ley en 1863 ofreciendo por una modesta suma 2,500 hectáreas a cada solicitante. Esto se consideraba una pequeña propiedad en el Norte, donde se encontraba la mayor parte de las tierras nacionales, los baldíos. La ley se modificó en 1883; de allí en adelante el gobierno podía otorgar contratos para el deslinde de las tierras nacionales<sup>14</sup>, como pago, se daría un tercio de la tierra deslindada. El gobierno estaba autorizado a vender los dos tercios restantes en bloques de 2,500 hectáreas o menos; por ley, se requería que los compradores y las compañías deslindadoras llevaran inmigrantes, pero fue difícil cumplir con esta condición. Fueron relevados de esta obligación por la ley de 1894, que así mismo eliminaba la cantidad máxima de tierra que podía ser adquirida por una sola persona. Para ese tiempo, los baldíos que parecían tener algún uso, ya estaban en manos de particulares; todo lo que quedaba eran enormes extensiones desérticas y selvas vírgenes.

Está claro que con respecto a la tierra, Díaz también continuó la política iniciada por su ilustre predecesor. El resultado, para 1890, de la transferencia de tierras eclesiásticas, comunales y nacionales, fue un importante aumento en el número de propiedades, tanto grandes como pequeñas. Sin duda, la propiedad de la tierra en muchas partes del país se dispersó, creando o fortaleciendo así a la clase media. Igualmente, las haciendas ya existentes tenían la oportunidad de extender sus linderos y así convertirse en latifundios. El viejo político liberal Luís Terrazas, por ejemplo, adquirió en su enorme estado natal de Chihuahua una serie de latifundios de cría y exportación de ganado. Su yerno Enrique Creel, hijo del cónsul de los Estados Unidos en Chihuahua, iba a desarrollar los aspectos industriales y bancarios de la fortuna familiar. Aun cuando los antiguos terratenientes, antes conservadores, no pudieran realistamente soñar con recobrar nunca el poder político, podían recuperar algo de su influencia previa asociándose con liberales influyentes como la familia Terrazas-Creel. Como la fuerza de la policía, montada rural era insuficiente<sup>15</sup>, el general Díaz debe haber llega-; do a la conclusión de que necesitaba las haciendas

con sus guardias privadas para mantener el orden en el país. Habían pasado los días en que la alta sociedad podía desairar! a un presidente mestizo. La revolución liberal abrió la puerta a través de la cual muchos mestizos entraron y ascendieron a puestos prominentes. De esta manera, el matrimonio de Porfirio Díaz y Catalina Romero en 1883 selló la unión del ejército liberal, la iglesia y la aristocracia terrateniente. Como resultado, algunos descendientes de las viejas familias Escanden y Barrón olvidaron su pasado conservador y monárquico e ingresaron al servicio público mientras que otros ocuparon posiciones directivas en la banca. El matrimonio era significativo por otra razón. El suegro de Díaz, Romero Rubio, tenía una influencia considerable en círculos liberales, desde luego no entre los oficiales del ejército liberal, sino entre los civiles que habían seguido a Juárez y a Lerdo. Al dar su hija en matrimonio a Porfirio Díaz, al unir su nombre con el del dictador militar, hizo pública su propia reconciliación y la de su grupo con el dominio militar. El resultado se hizo patente: cuando Díaz se reinstaló en la presidencia en diciembre de 1884, nombró a su suegro titular del poderoso ministerio del interior (gobernación). Romero Rubio parecía considerarse merecedor del más alto puesto de la república; tal vez desdénaba ligeramente a su yerno mestizo y lo aceptaba sólo como medio para promover sus propias ambiciones presidenciales. Como la constitución especificaba que un ex-presidente sólo podía ser reelecto después de que alguien más hubiera desempeñado el puesto durante un periodo, ya se imaginaba alternándose la presidencia con su yerno, que era sólo dos años menor que él. Mientras la presidencia quedara en familia, no le importaba compartirla con un general. No perdió la esperanza cuando la enmienda de 1887 a la constitución hizo posible la reelección inmediata del presidente; después de todo, todavía tendría una oportunidad en 1892.

Romero Rubio sentía la necesidad de construir su propio aparato político, para no depender demasiado de su yerno. Empezó a reunir en su oficina a un grupo de intelectuales y profesionistas, todos muy jóvenes, alrededor de veinticinco años menores que él. Habían estudiado con Barreda, el pedagogo que había traído la filosofía positivista de Francia y habían sido educados bajo el régimen de Juárez y de Lerdo en la creencia de que México necesitaba un régimen civil; aunque ahora

tenían un presidente militar, podía considerársele un instrumento para consolidar la paz en el país y, una vez logrado ésto, podría sacrificársele. Pero la enmienda constitucional de 1890 les abrió los ojos a la posibilidad —que muy pronto sería un hecho de que el general estaba allí para quedarse. La ambición de Romero Rubio no se hizo realidad: murió en 1895. Los jóvenes liberales o aceptaron los elevados puestos que les ofreció el gobierno de Díaz o encontraron consuelo como dirigentes de la banca y de corporaciones industriales. Aquí se unieron con los Escandón y Barrón y con un grupo de hombres de negocios franceses, británicos y norteamericanos como Tomás Braniff, constructor de ferrocarriles y después hombre de finanzas y hacendado. Y así, con el tiempo una nueva oligarquía de banqueros, industriales y hacendados surgió de la fusión de aristócratas, comerciantes extranjeros y abogados liberales. Estos últimos en particular llegaron a aceptar la pérdida de la libertad como una necesidad durante el periodo de transición entre el México dirigido por curas antes de 1855 y la democracia que estaban convencidos que algún día se convertiría en realidad. Esta ideología era una conveniente adaptación de las etapas de evolución humana de Comte; los propios liberales llegaron a ser conocidos como los “científicos”, creyentes en la ciencia. Su ideólogo, el matemático Francisco Bulnes, justificó al régimen de Díaz en 1899<sup>17</sup> con la teoría de que el trigo es superior en valor nutritivo al maíz y que consecuentemente los pueblos alimentados con maíz (es decir, la inmensa mayoría de la nación mexicana) eran inferiores a los consumidores de trigo (es decir, la oligarquía gobernante). Otro intelectual sobresaliente de este grupo era el historiador Justo Sierra, que había apoyado a Díaz ya para 1878 con su concepto de “política científica” y un llamado para un gobierno fuerte <sup>18</sup>.

El hombre que habría de convertirse en la cabeza de los científicos era José Yves Limantour, hijo del prestamista francés que había aumentado su fortuna comprando propiedades eclesiásticas nacionalizadas. Nacido en 1854 —casi todos los científicos sobresalientes nacieron en la década de 1850-1860, Limantour ocupó puestos en el gobierno desde una temprana edad y editó una revista legal. La oportunidad tocó a su puerta en 1892 cuando Matías Romero, que había aceptado temporalmente el

ministerio de hacienda en un momento de crisis económica, trajo al abogado de ascendencia francesa al ministerio. Romero renunció a principios de 1893, dejando el ministerio en manos de Limantour. Limantour ya era rico, seguramente el más rico de los científicos y ahora aspiraba al prestigio y a los honores. Así, después de la muerte de Romero Rubio, heredó tanto la dirección del grupo como las ambiciones presidenciales. Pero no habría de subir más que a ministro de hacienda. Díaz lo enfrentó con éxito al popular general Reyes, amo del noreste de México. Cuando la vicepresidencia, que no existía en la Constitución de 1857, fue introducida en 1904 y el periodo presidencial se extendió a seis años, Díaz escogió como compañero de planilla al impopular científico Corral, en vez de a alguno de estos rivales.

Desde el principio del gobierno de Díaz, los Estados Unidos demostraron su deseo de establecer negocios e invertir en México. Para contrarrestar posibles presiones norteamericanas, Díaz reestableció relaciones diplomáticas con Francia en 1880; y un año después un nuevo banco —el segundo en el país— fue organizado en la Ciudad de México bajo los auspicios de Francia y se convirtió en el Banco Nacional de México. Las negociaciones con la Gran Bretaña fueron más difíciles, puesto que tenía que encontrarse una solución para renovar los pagos de la antigua deuda inglesa. Una transacción era de interés para ambos países, porque por un lado Díaz tenía fe en el efecto estabilizador de su régimen y estaba tratando de obtener un nuevo préstamo extranjero; por otro lado los acreedores preferían recibir cuando menos un pago parcial sobre su préstamo en vez de nada. Fue así que la Gran Bretaña y México restablecieron relaciones normales en la segunda mitad de 1884. Manuel Dublán, nombrado hacia fines de año para que encabezara el ministerio de hacienda durante el segundo periodo de Díaz, logró un acuerdo con la Gran Bretaña en 1886. De acuerdo con los acreedores México debía más de £ 23 millones incluyendo intereses vencidos; ahora aceptaban una conversión como resultado de la cual el total de la deuda se reducía a menos de 15 millones<sup>19</sup>. En el acuerdo el gobierno mexicano se reservaba hasta fines de 1890 el derecho de redimir los bonos al 40 por ciento de su valor nominal. Después de la conversión, México negoció un préstamo por 10.5 millones en Europa occidental, cuyo producto se asignó a

rescatar los bonos de la deuda de Londres. Consecuentemente, la deuda exterior de México se redujo en 1890 a prácticamente el mismo nivel en que había estado a mediados del siglo.

Una vez restablecido su crédito, el gobierno mexicano podía ahora obtener fondos para el desarrollo económico. Un proyecto que se consideraba fundamental era la construcción de una línea de ferrocarril a través del Istmo de Tehuantepec. Por razones estratégicas obvias, México decidió que la línea debería ser propiedad del gobierno, en contraste con su política general de colocar a los ferrocarriles en manos de particulares, pero necesitaba dinero para la construcción. En 1889 se concedió un préstamo de 2.7 millones y los bonos otorgados como pago de la construcción fueron colocados en el mercado por los constructores. Al año siguiente, México obtuvo un préstamo de £6 millones—de bancos europeos—para rescatar los subsidios del gobierno con los que los ferrocarriles habían sido en parte financiados. De esta manera el total de la deuda extranjera de México aumentó a 19.2 millones. Entonces en 1891 el país fue afectado por una severa crisis económica producida en parte por la depreciación de la plata, el principal artículo de exportación de México. Al mismo tiempo el ministro de hacienda Dublán murió y fue sucedido dos años después por Limantour. Gracias en parte a la estabilización política y por lo tanto a menores gastos militares, Limantour pudo equilibrar el presupuesto e incluso obtuvo un superávit. Siguieron dos préstamos extranjeros más, con el resultado de que el total de la deuda pública exterior llegaba en 1911 aproximadamente a 30 millones<sup>20</sup>, excluyendo a los bonos ferroviarios. Con bancos europeos y norteamericanos, Limantour también negoció dos conversiones, tan favorables para México que la tasa real de interés sobre los préstamos disminuyó del 8 por ciento en 1888 a más del 4 por ciento en 1910<sup>21</sup>. La enorme deuda extranjera ciertamente no parecía excesiva cuando se comparaba con la expansión de la economía. En los treinta años de 1882 a 1911, la circulación de billetes aumentó de 2 millones a 116 millones y los depósitos a la vista de 0 a 76 millones de pesos; la circulación monetaria total aumentó en el mismo periodo casi diez veces, de 36 millones a 310 millones de pesos. El activo total de los bancos mexicanos se elevó

de 12 millones a 1,116 millones, lo que significa, tomando en consideración la devolución gradual del peso de plata a la mitad, un crecimiento de cincuenta veces en una generación<sup>22</sup>. Los créditos totales otorgados por todos los bancos aumentaron de 3 millones a 720 millones<sup>23</sup>. Para 1910 existían en el país alrededor de dos docenas de bancos cbn derecho de emitir billetes<sup>24</sup>. Todavía no había un banco central; cada institución tenía reservas en efectivo y en lingotes de metal. La influencia francesa en la banca mexicana era dominante; ciudadanos franceses controlaban el Banco Nacional de México y también el Banco de Londres y México, después de que el *London Bank of Mexico and South America* renunció al control de su sucursal bajo presión del gobierno mexicano y de un grupo de banqueros representado por Braniff<sup>25</sup>. La influencia mexicana era quizás mucho más extensa que lo que indicaría la sola propiedad de acciones, porque puede suponerse que cuando menos algunos de los franceses que vivían en México se preocupaban de los mejores intereses de México.

El aumento en la actividad bancaria fue acompañado por una mayor construcción de ferrocarriles y un incremento en la minería y en la producción industrial. Díaz, que por supuesto estaba primordialmente preocupado en asegurar su poder, alentó la construcción de una red ferroviaria y su complemento natural, las líneas telegráficas; juntas, éstas proporcionaron los medios con los que las tropas podían moverse rápidamente de una parte a otra del país y la información podía transmitirse de y a las zonas de peligro. Cortar los alambres del telégrafo al principio era castigado con la pena de muerte ejecutada por el ejército y, como Díaz explicó muchos años después en la entrevista antes mencionada: el ferrocarril “desempeñó un papel importante en la paz de México”. La centralización del poder, ya iniciada por Juárez como elemento integral del programa liberal para transformar a México en una nación moderna, fue continuada y terminada por Díaz. En 1908, al contemplar su largo periodo de gobierno, consideró al establecimiento del orden —que él llamaba “paz”—como el prerequisito necesario para el crecimiento industrial y cultural; sin embargo, al principio probablemente pensó poco en estas ramificaciones.

En 1876, Porfirio Díaz había heredado 640 kilómetros de líneas ferroviarias que casi exclusivamente consistían en el Ferrocarril Mexicano de propiedad británica<sup>26</sup>. Cuatro años después, México tenía 1,073 kilómetros de vías, excluyendo a las líneas urbanas y suburbanas. Siguiendo el precedente establecido por Juárez, México empezó a subsidiar a las compañías extranjeras, ahora principalmente norteamericanas, en mayor escala. En 1881-1884, el presidente González había otorgado concesiones a diestra y siniestra con el resultado de que al terminar su periodo México tenía 5,731 kilómetros de líneas de ferrocarril. Sin embargo, esta rápida expansión desequilibró a la hacienda pública y la construcción procedió a un ritmo ligeramente menor bajo Porfirio Díaz. Para 1898, México tenía 12,081 kilómetros y la red ferroviaria era básicamente la misma de hoy. El avance principal tuvo lugar en 1884 cuando se terminó la línea del Ferrocarril Central de la Ciudad de México a El Paso, Texas; cuatro años después, se terminó la línea México-Querétaro-Monterrey-Laredo de los Ferrocarriles Nacionales<sup>27</sup>. De allí en adelante, los mexicanos podían viajar por tierra a los Estados Unidos con relativa comodidad y los norteamericanos así mismo podían llegar a la Ciudad de México; como resultado los Estados Unidos comenzaron a ejercitar la influencia que tanto temía Lerdo y todos aquellos que no habían podido olvidar el año de 1848.

En 1910, México podía alardearse de tener 20,000 kilómetros de vías ferroviarias. Para esa época, sin embargo, la mayor parte de la red estaba en manos del gobierno. La idea de que la nación debería ejercer su influencia en los ferrocarriles era natural si se recuerda que la hacienda pública mexicana había subsidiado su construcción en una proporción que los historiadores de la economía calculan entre uno a dos tercios del costo total. Ya para 1868, Juárez había hecho que el gobierno comprara acciones del Ferrocarril Mexicano para asegurarse la representación en su junta de directores<sup>28</sup>. El ataque de Teodoro Roosevelt contra los monopolios ferroviarios e industriales hizo que fuera más fácil para Limantour arrebatar el control de la mayoría de los ferrocarriles mexicanos de manos extranjeras; "Limantour temía que los poderosos intereses ferrocarrileros, mineros y petroleros, la mayoría norteamericanos, podrían conspirar contra los intereses de la

economía mexicana y posteriormente tal vez contra la independencia mexicana. De aquí que en 1904 el gobierno mexicano, bajo la dirección de Limantour, comprara el control de los Ferrocarriles Nacional e Interoceánico y que, en 1908 adquiriera el Ferrocarril Central y fusionara todas estas líneas en los Ferrocarriles Nacionales de México. La nueva compañía tenía un capital total de 460 millones de pesos —230 millones de dólares— de los cuales más de la mitad pertenecía a la nación. De esta manera México adquirió el control sobre 13,744 kilómetros de vías ferroviarias, más de dos terceras partes del sistema ferrocarrilero mexicano. Aunque la primera compra se pagó con el producto de un préstamo extranjero, los años de 1907-1909 fueron años de crisis financiera y, puesto que México no tenía dinero para comprar el control mayoritario del Ferrocarril Central, garantizó las obligaciones de los Ferrocarriles Nacionales por más de 100 millones de pesos. Este fue el origen de la llamada deuda ferrocarrilera que había de provocar tantos dolores de cabeza a los estadistas mexicanos después de la Guerra Civil de 1910-1920<sup>29</sup>. El costo de la “mexicanización” fue elevado.

El impacto de los ferrocarriles en la economía mexicana fue revolucionario. En contraste con las naciones industriales del Atlántico del Norte —Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania y los Estados Unidos— México no tenía, debido a su geografía, ni vías fluviales -ríos o canales navegables— ni buenas carreteras. De hecho, los caminos eran, tan malos que todavía para 1877-1882 el tonelaje acarreado por recuas de muías excedía la cantidad de flete embarcado por carros en casi todas las rutas<sup>30</sup>. Como es bien sabido, el transporte cíe muías era costoso y durante siglos había sido un obstáculo efectivo para el desarrollo de la economía mexicana. Pero ahora los ferrocarriles proporcionaban transporte barato de productos pesados o voluminosos tales como los minerales. Las compañías ferroviarias cobraban tarifas más bajas a los exportadores de minerales y de esta manera aceleraron el crecimiento de la minería. La contribución de los ferrocarriles al desarrollo industrial y agrícola de México también estaba lejos de ser insignificante. La fundición de acero de Monterrey floreció gracias al transporte de mineral de fierro del distante Durango y del carbón, de una menor distancia, por ferrocarril. Y el alza espectacular

del cultivo de algodón en el distrito de La Laguna en el norte, del cultivo y el beneficio del henequén en Yucatán y de la producción de azúcar en el estado de Morelos, claramente se hizo posible por los ferrocarriles que comunicaban estas regiones con las líneas principales, o como en el caso de Yucatán, con los puertos. Los ferrocarriles también fueron un factor en el florecimiento de la industria textil en el centro de México, porque hacían costeable embarcar el excelente algodón del norte a través de una distancia de 1,000 kilómetros a las fábricas de la Ciudad de México<sup>31</sup>. En resumidas cuentas, el tonelaje acarreado por los ferrocarriles mexicanos aumentó cien veces entre 1873 (cuando se terminó el ferrocarril de Veracruz a la Ciudad de México) y 1910, y el número de toneladas de flete: transportado por kilómetro aumentó doscientas veces. México verdaderamente había saltado de la era de la recua de muías a la edad del ferrocarril.

Junto con los ferrocarriles llegaron las inversiones de los Estados Unidos en la minería. Las especulaciones británicas en los primeros días posteriores a la independencia habían fracasado en la mayoría de los casos. Por ejemplo, la famosa Compañía del Real del Monte que funcionó en sociedad con el Conde de Regla, sufrió una pérdida neta de 5 millones de pesos en un cuarto de siglo; en 1849 la empresa se vendió a un grupo de hombres de finanzas mexicanos <sup>32</sup>. La nueva compañía parece haber funcionado mucho mejor, pero la tecnología permaneció estancada; el capital mexicano no era suficiente para introducir cambios significativos. De modo que las minas fueron vendidas nuevamente a empresarios extranjeros y a ellos les tocó modernizarlas. Mientras que Porfirio Díaz estaba asegurando su poder en la década de 1880, la electricidad producida principalmente por fuerza hidráulica estaba siendo introducida a las minas. El proceso de cianuración para la extracción de plata y oro revolucionó a la metalurgia, convirtiendo en obsoleto el tradicional proceso de “patio” basado en el mercurio <sup>33</sup>. Así fue que de 1877 a 1910, la producción de plata aumentó de 607 a 2,305 toneladas. La extracción de oro fue todavía más espectacular; saltó de una a casi 40 toneladas. El régimen de Díaz presenció la expansión de la minería a metales casi inexplotados hasta entonces: en el periodo de 1891 a 1910 la extracción de plomo

aumentó de 38,000 a 120,000 toneladas y el cobre de 6,000 a 52,000 toneladas 34. La inversión naturalmente fue considerable: en 1911, el valor de las minas de propiedad norteamericana se calculaba en 223 millones de dólares y las fundiciones en 26 millones de dólares; las minas inglesas tenían un valor calculado en 44 millones de dólares. Sin embargo, el valor de las minas propiedad de franceses y mexicanos era relativamente insignificante<sup>35</sup>. La American Smelting and Refining Company, controlada por la familia Guggenheim, operaba varias minas y fue la primera en introducir procesos modernos de fundición en México; con sus cinco plantas, esta compañía estaba a la cabeza de la industria metalúrgica.

Al mismo tiempo la industria del petróleo se desarrolló con tal rapidez y se hizo tan lucrativa que pronto varias compañías estaban peleándose entre sí. Esto resultó en beneficio de México. El presidente Díaz pidió que Doheny, el propietario de la Compañía Petrolera de la Huasteca, no vendiera nunca sus valores a la Standard Oil sin notificar antes al gobierno mexicano para que éste pudiera adquirir la propiedad<sup>36</sup>. Díaz pudo haber sido un dictador, pero también era un buen y efectivo patriota. El y Limantour otorgaron las concesiones petroleras más valiosas a la Compañía *El Águila*, propiedad de ingleses. De esta manera, los Estados Unidos nunca tuvieron la influencia sobre la industria petrolera mexicana como la que tuvieron sobre la explotación minera. En 1911, la mitad de las inversiones extranjeras en el petróleo mexicano eran británicas, casi 40 por ciento norteamericanas y el resto francesas<sup>37</sup>.

La primera década del siglo XX también presenció el nacimiento de la siderurgia moderna; se construyó en Monterrey, importante centro ferroviario, a conveniente distancia de depósitos de carbón y fierro. En 1911, produjo más de 60,000 toneladas de acero, un logro impresionante<sup>38</sup>. El capital de la compañía era en parte francés, en parte mexicano<sup>39</sup>.

La tradicional industria textil del algodón estaba relativamente estancada a principios del régimen de Díaz. Sin embargo, hacia 1890 muchos industriales mexicanos vendieron sus fábricas a comerciantes franceses que las modernizaron y también construyeron nuevas, movidas por energía hidroeléctrica. Por ejemplo, las

instalaciones eléctricas en la nueva planta de Río Blanco en la cercanía de Orizaba, donde la lluvia y el agua de las corrientes montañosas son abundantes, se terminaron en 1897, cuatro años después de que se usó energía eléctrica por primera vez en una fábrica de hilados de algodón en los Estados Unidos.<sup>4</sup> Las empresas industriales francesas también poseían grandes almacenes en la Ciudad de México, donde sus productos eran uno de los principales artículos junto con mercancía importada de Francia. El crecimiento dinámico de la industria textil del algodón puede ilustrarse con dos conjuntos de cifras: el número de husos aumentó demás de 100,000 en 1845 a más de 700,000 en 1910; el número de piezas de telas de algodón subió de alrededor de un millón a mediados del siglo XIX a 3 millones en 1878, de donde entonces saltó a casi 19 millones en 1906.

La inversión total en la minería, producción de petróleo, ferrocarriles, industrias de transformación, servicios públicos, comercio y bancos alrededor de 1910 puede calcularse en 2 mil millones de dólares; de esta suma aproximada, los intereses extranjeros representaban más de dos terceras partes<sup>41</sup>; los mexicanos contribuían menos de un tercio del total. Sus inversiones se encontraban principalmente en bancos, industrias y comercio. Esto parece contradecir y de hecho contradice la impresión tradicional de que los mexicanos no se interesaban en los negocios modernos. Queda abierta la pregunta de dónde venía el capital mexicano para el desarrollo industrial, ya fuera de la banca y el comercio o de la agricultura y los bienes raíces o de otras fuentes. La cifra no incluye la inversión en tierras; esta esfera estaba dominada por mexicanos. El valor total de la producción mineral y metalúrgica —abrumadoramente para exportación— aumentó diez veces durante el régimen de Díaz, de 26 millones de pesos en 1877 a 270 millones en 1910<sup>42</sup>. La industria de transformación creció más lentamente, de 90 millones de pesos en 1892 a 205 millones en 1910. La producción agrícola total aumentó todavía más lentamente, alrededor de un alza del 50 por ciento en los quince años de 1892 a 1907. Sin embargo, debe hacerse una distinción entre materias primas industriales destinadas ya fuera a mercados nacionales o de exportación, por ejemplo el algodón, y productos alimenticios producidos para el consumo interno. Las primeras

aumentaron mucho más rápidamente que los segundos. Mientras que el cultivo del algodón en áreas tradicionales como Veracruz permaneció estancado, se desarrolló de la nada en el norte de México, donde el desierto en los alrededores de Torreón, al oeste de Monterrey, fue transformado mediante la irrigación; en resumidas cuentas, las cosechas de algodón casi se cuadruplicaron de 1892 a 1910. El cultivo del henequén en la península de Yucatán fue todavía más dinámico, pues aumentó diez veces durante el régimen de Díaz y prácticamente todo se exportó. Los cultivos restringidos a antiguas áreas de siembra y dedicados básicamente al consumo nacional, como la caña de azúcar, fueron menos espectaculares; aún así, las cosechas se duplicaron con exceso de 1892 a 1910 y la producción de azúcar se triplicó en el mismo periodo debido a mejoras tecnológicas. De esta manera, la agricultura tropical y semitropical corrió a parejas con el crecimiento industrial. Las inversiones extranjeras se hicieron conspicuas en las plantaciones de algodón y de café, entre otras. Sin embargo, no todos los extranjeros tuvieron ganancias. Muchos abandonaron a México después de sufrir pérdidas considerables; la historia de las ganancias fantásticas derivadas del suelo y la mano de obra mexicanos en general omite éstas bajas<sup>43</sup>. En las plantaciones de algodón, los hacendados mexicanos lograron mantenerse firmes; el hacendado algodonero progresista y sobresaliente del norte era Francisco I. Madero, que después llegaría a ser presidente de México. El henequén y la caña permanecieron principalmente en manos de hacendados mexicanos.

El cultivo de productos alimenticios en la zona templada tuvo menos éxito. De los dos productos más importantes, la producción de trigo aumentó alrededor de una tercera parte de 1892 a 1907 y de maíz sólo una quinta parte, si se hace la salvedad por el hecho de que las cosechas en 1892 fueron las más bajas de todo el periodo. Este aumento aparentemente bastó para alimentar a la población de México, que se elevó de 1893 a 1907 de 12 millones a más de 14 millones<sup>44</sup>; este incremento ocurrió principalmente en las masas consumidoras de maíz. En años malos, se importó algo de maíz —alrededor del 10 por ciento de la cosecha— y gracias a los ferrocarriles su precio se mantuvo dentro de ciertos límites de manera

que los pobres no sufrieran hambre; esta situación continuó hasta 1910<sup>45</sup>. Si se considera que la inmigración extranjera era relativamente insignificante, entonces las mayores cosechas de trigo (que no se exportaba) indican que el número de personas que comían pan en vez de maíz estaba aumentando; en otras palabras, una clase media estaba creciendo bajo el régimen de Díaz. Sin embargo, esta clase aún seguía siendo pequeña comparada con los pobres del campo y de la ciudad, consumidores de tortillas.

Alrededor de 1900 era obvio que el cultivo de maíz se estancaba en su país de origen; el maíz alcanzó precios más altos que en los Estados Unidos, a pesar del abismo entre los salarios de los trabajadores en ambos países. El científico Bulnes culpaba al suelo exhausto por el alto costo del maíz mexicano; su rendimiento podía aumentarse desde luego con fertilización e irrigación, pero los hacendados preferían dedicar su atención a otros cultivos tales como trigo, papas, chiles, arroz y vid, para todos los cuales estaba aumentando la demanda. La agricultura se estaba diversificando. Bulnes no había percibido esta nueva tendencia y por lo tanto culpaba a los hábitos y al comportamiento de los hacendados, prácticamente todos los cuales eran mexicanos, por el estancamiento. En realidad, algunos hacendados de la zona templada fueron casi tan modernos en sus perspectivas como sus colegas productores de algodón, en el Norte, y sus haciendas casi igual de lucrativas<sup>46</sup>. El progreso general de México, aunque pequeño comparado con normas actuales, pareció espectacular a los observadores contemporáneos; dio a las ciudades y a la industria mexicanas una apariencia moderna y empezó a transformar al sector rural conservador. Durante la primera década del siglo XX, parecía como si este desarrollo continuaría sin reveses ni interrupciones. Sin embargo, en 1906 signos amenazadores de sobreproducción aparecieron en el horizonte, junto con descontento de los trabajadores de la minería y la industria; hoy es imposible decir cuál vino primero. Como es común en la historia, los desastres rara vez ocurren solos: el descenso económico va junto con la tensión social y ésta, con la desintegración política y todo esto ocasionalmente se agrava con catástrofes naturales. En México los desastres empezaron el 31 de mayo de 1906 en Cananea,

en el lejano estado noroccidental de Sonora, cuando los trabajadores de las minas de cobre fueron a la huelga pidiendo mejores salarios a una empresa de los Estados Unidos, la Green Consolidated Copper Company; sus sueldos eran de tres pesos diarios, entre los más altos del país y ahora exigían cinco <sup>4?</sup>. En el motín que siguió murieron varios mineros y supervisores norteamericanos. Unos cuantos meses después, las ventas de los valores se derrumbaron, seguidas de un descenso en la producción general de cobre en México <sup>48</sup> y la aparición de un fenómeno nuevo, el desempleo, apenas conocido en un país donde el desarrollo económico había sido continuo hasta entonces. Medio año después, el mercado de textiles empezó a saturarse<sup>4 ^</sup>, mientras que un incremento de casi 300 por ciento en las exportaciones de algodón provocó un aumento en su precio. Los propietarios cerraron las fábricas mientras que los trabajadores exigían aumento de salarios y mejores condiciones de vida, especialmente en el área de Ori-zaba, donde las fábricas eran manejadas como cuarteles. Sus delegados incluso conferenciaron con el presidente Díaz y acordaron una transacción. Las plantas debían reabrirse el 7 de enero de 1907, pero durante un incidente en la fábrica de Río Blanco, la mayor de ellas, un empleado fue muerto y la tienda de la compañía saqueada y luego incendiada. La reacción del gobierno fue brutal: tropas federales mataron a varios cientos de personas y al día siguiente ejecutaron a varios miembros de la policía montada rural que habían rehusado disparar contra la multitud. Todo esto cayó en México como una bomba. El público de pronto se dio cuenta de que no todo marchaba bien con el régimen. Era cierto que Díaz aún podía mantener la ley y el orden, pero ¿a qué precio y durante cuánto tiempo?

En los Estados Unidos la crisis llegó a ser conocida como el Pánico de 1907 y no tuvo consecuencias serias pero en México afectó toda la economía. La producción textil del algodón declinó por primera vez después de una generación de crecimiento continuo: cayó de 19 millones de piezas en 1906 a 14 millones en 1909 y el número de obreros algodoneros disminuyó de 36,000 en 1907 a 32,000 dos años después. El comercio empezaba a mejorar en 1910, pero para esa época era

demasiado tarde para cancelar la tendencia. Mientras tanto habían ocurrido muchos sucesos decisivos.

Como se ha dicho antes, casi todos los bancos del país estaban organizados como bancos comerciales y los préstamos bancarios estaban restringidos legalmente a seis meses o menos; de aquí que no pudieran otorgar a los hacendados el crédito a largo plazo que necesitaban tanto para desarrollar la agricultura. Sin embargo, había forma de darle vuelta a este requisito: se llegaba a un acuerdo, tácito entre el banquero y el deudor en el sentido de que el préstamo a corto plazo se extendería indefinidamente. Esto se convirtió en práctica común, especialmente dado que los clientes pertenecían más o menos al mismo grupo social que la mayor parte de los banqueros. El sistema era reminiscente de los préstamos eclesiásticos de fines de la época colonial. En 1907, del total de créditos bancarios por 631 millones de pesos, más del 90 por ciento era legalmente a corto plazo, aunque muchos, tal vez la mayoría, eran de hecho préstamos a largo plazo otorgados a los terratenientes. No se sabe hasta qué punto los hacendados utilizaban los préstamos para mejoras agrícolas o para cubrir sus gastos personales y mantener un estilo de vida aristocrata; unos cuantos pueden haber destinado los fondos a la compra de bienes raíces urbanos o a inversiones productivas que no fueran en la agricultura, especialmente en la industria de transformación. Estos últimos ciertamente demostraron una previsión considerable, como se verá después. El subterfugio mediante el cual préstamos a largo plazo aparecían como a corto plazo, desde luego, representaba un peligro constante a la liquidez de los bancos; el Pánico de 1907 los llevó al borde de la bancarrota<sup>5</sup>. Restringieron el crédito cuando más se necesitaba y exigieron el pago de las crecidas deudas. Muchos agricultores se arruinaron o quedaron en peligro inminente de arruinarse; su vocero, Esquivel Obregón, un hacendado, escribió varios artículos en el periódico acusando a los bancos de mala fe; aunque obviamente exhibía su ignorancia acerca de la economía internacional, en la ya caldeada atmósfera su argumento habría de arraigar. El público descubrió una razón más para odiar a los científicos. Incluso los mayores terratenientes sintieron la presión; por ejemplo, la familia Madero en el norte, con intereses en la agricultura,

fábricas textiles, destilerías, minería y metalurgia, laminadoras y bancos, y con una fortuna combinada de casi 50 millones de pesos o 25 millones de dólares<sup>52</sup>. La crisis afectó especialmente las exportaciones de algodón de las propiedades del futuro presidente; se dice que para 1910 las deudas de la familia Madero a diversos bancos mexicanos importaban 8 millones de pesos.

En 1908, Limantour, ministro de hacienda, encontró una salida temporal haciendo que los tres bancos principales de México aceptaran formar junto con el gobierno la Caja de Préstamos para Obras de Irrigación y Fomento de la Agricultura. La nueva institución rápidamente obtuvo un préstamo extranjero de 25 millones de dólares, o 50 millones de pesos; su producto reabasteció las bóvedas de los bancos comerciales, los deudores pagaron nominalmente sus deudas a corto plazo y a cambio, hipotecaron sus haciendas al nuevo banco controlado por el gobierno. Dichos deudores pudieron salvar sus propiedades - -cuando menos por el momento-porque ahora la presión que ejercían los bancos sobre ellos se alivió. El consejo de administración del banco estaba controlado por los bien conocidos científicos; por lo tanto no es sorprendente que el banco haya ayudado realmente a menos de cien de los mayores deudores<sup>53</sup>. Esto no hizo sino agregar más leña al fuego.

Mientras hubo prosperidad, los hacendados y otros miembros de las clases alta y media no se opusieron abiertamente a tales manifestaciones de favoritismo; se daban por un hecho y se consideraban como el precio que tenía que pagarse por el desarrollo económico. Mientras la dictadura significaba progreso, se toleraba como mal menor. Cuando la prosperidad se convirtió en depresión, sin embargo, la utilidad del régimen comenzó a ser puesta en tela de : juicio. El llamado Partido Liberal, un pequeño grupo de periodistas radicales alrededor de Ricardo Flores Magón, había estado agitando en contra de Díaz durante años y recientemente, desde la ; publicación de su programa el 1º de julio de 1906 en los Estados : Unidos, había aumentado su influencia entre los jóvenes. Al mismo tiempo, la clase media, empobrecida por la crisis e incitada por los partidarios del general Reyes, apuntaba un dedo acusador a la camarilla de los científicos; ahora hasta las

clases superiores con estrechas relaciones con el gobierno empezaron a temer que el orden y la paz, tan elaboradamente construidos y sostenidos por el dictador, podrían desaparecer con él. La estabilidad dependía de una sola persona. Si esa persona muriese ¿regresaría México nuevamente al desorden? Era necesario seleccionar un sucesor, es decir, un vicepresidente que fuera tan hábil como Díaz pero que fuera civil, no militar, porque ahora el pueblo mexicano estaba listo para la democracia; un hombre que garantizara la paz y el orden que necesitaban las grandes empresas industriales, mineras<sup>53</sup> y mercantiles, así como libertad política. El vicepresidente Corral no era el hombre indicado para esa tarea.

Había otro factor importante: la diferencia de una o dos generaciones. Prácticamente todos los miembros del gabinete y casi todos los gobernadores estatales tenían más de sesenta años; la mayoría había estado en el poder durante más de un decenio. La mayoría de los científicos, los tecnócratas tenían más de cincuenta años. El régimen actual ofrecía pocas perspectivas de cambio, porque en caso de muerte del presidente, el vicepresidente Corral proseguiría con todo el resto de los científicos que ya eran considerados viejos por hombres de veinte a cuarenta años, que también tenían sus ideales, sus ambiciones de poder o riqueza o posición social<sup>54</sup>. Era infructuoso predicar las virtudes de la paz a estos jóvenes: para ellos la dictadura parecía ser el peor mal; a diferencia de sus padres, no habían crecido durante guerras civiles

Pero el presidente Díaz no había perdido su sentido político. Tal vez deseando sinceramente satisfacer el creciente descontento general y guiar a la nación a través del periodo de transición hasta el momento de su muerte, quizás sólo maniobrando con la expectativa de aplastar a sus enemigos a su debido tiempo, el general declaró a principios de 1908 que se retiraría en 1910, al final del periodo actual y que daría la bienvenida a la formación de un partido activo de oposición. "La nación está lista para su vida definitiva de libertad", declaró. La declaración causó sensación en México. Aquí el mismo dictador ofrecía terminar su dictadura y remplazarla con la libertad como prometía originalmente la Constitución de 1857; ésto parecía enter-

mente de acuerdo con las palabras de Bulnes de que "el sucesor de Porfirio Díaz debe ser la Ley".

Un hombre le tomó al general la palabra. Francisco Madero, miembro de una de las familias más ricas de México, había estudiando administración de empresas en París y economía agrícola en California. En el otoño de 1893, a los veinte años de edad, Madero regresó y dedicó los siguientes quince años al cultivo del algodón en las tierras de su padre, así como en otras propiedades que rentaba, mediante lo cual amasó una fortuna personal de más de 250,000 dólares<sup>55</sup>. Como muchos, si no la mayoría de los mexicanos de la época, sentía una sincera admiración por el presidente, pero tenía una fe igualmente sincera en la democracia y en la necesidad de introducir completa libertad como lo prometía la Constitución de 1857. En contraste con tantos otros mexicanos educados que sentían la necesidad de cambio, Madero era económicamente independiente; tenía tiempo y dinero, de modo que se sentó y escribió un libro, *La sucesión presidencial en 1910*. El libro, que se publicó a principios de 1909, reconocía los méritos históricos del régimen de Díaz y proponía un cambio pacífico mediante un arreglo: el general permanecería como presidente pero la vicepresidencia se otorgaría a un nuevo partido, el Partido Nacional Demócrata, que el autor estaba a punto de organizar<sup>56</sup>. El libro tuvo un tremendo éxito y su autor se convirtió de la noche a la mañana en el favorito de los grupos liberales y de oposición. Se hizo evidente, sin embargo, que Díaz y Corral estaban decididos a tener otra reelección; consecuentemente el gobierno comenzó a perseguir a la oposición. A su debido tiempo el presidente y el vicepresidente fueron por supuesto reelegidos y Madero ahora candidato presidencial del partido de oposición, fue encarcelado en San Luis Potosí. Pero la decisión de Díaz de echarse para atrás en su palabra produjo terribles consecuencias para su país. Madero se escapó de la cárcel, huyó disfrazado de ferrocarrilero a Texas y proclamó la revolución en un manifiesto fechado el 5 de octubre de 1910 en San Luis Potosí, el último día que estuvo en esa ciudad.

El Plan de San Luis Potosí declaraba nulas y sin valor las elecciones del presidente y vicepresidente, de magistrados de la Suprema Corte y de diputados y senadores;

Madero anunciaba que asumía la presidencia provisional "con todos los poderes necesarios para combatir el gobierno usurpador del General Díaz hasta que el pueblo elija su gobierno de acuerdo con la ley"<sup>57</sup>. El manifiesto también instaba a que el principio de no reelección fuera incluido en la constitución. La misma arma que Díaz había usado tan efectivamente primero contra Juárez y luego contra Lerdo, había de volverse contra él. Madero terminaba con un llamado a sus conciudadanos a tomar las armas y a derrocar al régimen de Díaz; la revolución iba a empezar el domingo 20 de noviembre.

Los revolucionarios estaban preparados; habían logrado acumular armas compradas en parte con el crédito de la familia Madero. Pero como había sucedido antes en la historia mexicana, era imposible derrotar al gobierno en la fuertemente guarneida región central de México. El dirigente local del movimiento revolucionario en Puebla, que estaba constituido en gran parte por trabajadores de la industria textil<sup>58</sup>, era Aquiles Serdán, propietario de una zapatería. Cuando la policía fue a registrar su casa dos días antes de lo previsto para que estallara la revolución, su hermano, esposa, hermana y madre, así como unos cuantos de sus más cercanos colaboradores resistieron con las armas en la mano con la esperanza de que los disparos sirvieran como señal para que sus partidarios atacaran los cuarteles del ejército. Sin embargo, esta esperanza no se realizó y los defensores perecieron en una lucha desigual contra las fuerzas del gobierno. Quizás Serdán estaba destinado para una muerte de mártir, porque era nieto del general Alatriste, un ex-gobernador liberal del estado de Puebla ejecutado por los conservadores medio siglo atrás. Alertado por los acontecimientos, el régimen apretó los controles y nada sucedió el 20 de noviembre. Sin embargo, cuando el ejército revolucionario bajo las órdenes de Pascual Orozco capturó la población fronteriza de Ciudad Juárez -donde Juárez había pasado algún tiempo durante la ocupación francesa de México— el 9 de mayo de 1911, el régimen se apresuró a negociar una rendición condicional mediante la cual Díaz y Corral renunciarían a fines de mes y un presidente interino convocaría a elecciones generales. Madero entró triunfante a la Ciudad de México el 7 de junio.

## LA ERA DE PORFIRIO DÍAZ 1876-1910

### Notas

1. J. F. Iturribarría, *Porfirio Díaz ante la historia* (México: Unión Gráfica, 1967) pp. 1-16.
2. R. de Zayas Enríquez, *Porfirio Díaz, la evolución de su vida* (Chicago: D. Appleton, 1908) fotografía enfrente de la p. 178.
3. Carleton Beals, *Porfirio Díaz, Dictator of México* (Westport, Greenwood Press: 1971) fotografía enfrente de la p. 178.
4. *Ibid.*, p. 174.
5. Frank Averill Knapp, Jr., *The Life of Sebastián Lerdo de Tejada 1823-1889* (Austin, Texas: University of Texas Press, 1951) p. 157.
6. Iturribarría, *Porfirio Díaz*, pp. 17-50.
7. Harry Bernstein, *Matiós Romero 1837-1898* (México: Fondo de Cultura Económica, 1873).
8. Knapp, *Sebastián Lerdo*, p. 136.
9. Entrevista con James Creelman reproducida en: Lewis Hanke, ed., *History of Latin American Civilization: Sources and Interpretations: II* (Londres: Methuen, 1969) pp. 256-266.
10. E. Gruening, *México and its Heritage* (Nueva York: D. Appleton-Century, 1940) p. 57.
11. Iturribarría, "La política de conciliación del general Díaz y el arzobispo Gillow", *Historia Mexicana*, XIV/1 (1964) pp. 81-101.
12. Luis González, "La era de Juárez", *La economía mexicana en la época de Juárez* (México: Secretaría de Industria, 1972) pp. 13-56.
13. F. Bulnes, *The Whole Truth about México* (Nueva York: M. Bulnes Book Company, 1916) pp. 89-90.
14. Ugarte, *Historia de México III*, p. 393.

15. *Ibid.*, p. 394.
16. P. J. Vanderwood, "Los rurales: producto de una necesidad social", *Historia Mexicana*, XXII/1 (1972) pp. 34-51.
17. En su libro: *El porvenir de las naciones Hispano-Americanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos* (México: Imprenta de M. Nava, 1899).
18. Charles A. Hale, 'Scientific Politics and the Continuity of Liberalism in México, 1867-1910", en J. Z. Vázquez, *Dos revoluciones: México y los Estados Unidos*, México: Jus, 1976, pp. 139-152.
19. E. Turlington, *México and Her Foreign Creditors* (Nueva York: Columbia University Press, 1930) pp. 209-219; Bazant, *Historia de la deuda exterior de México* (México: El Colegio de México, 1968) p. 123.
20. Turlington, *México*, p. 246.
21. Turlington, *Ibid.*, p. 345.
22. México cambió el patrón plata en 1905; el nuevo peso oro estaba valorado en medio dólar de los Estados Unidos.
23. F. Rosenzweig, "Moneda y Bancos", *Historia Moderna de México, El Porfiriato, La Vida Económica*, dirigida por D. Cosío Villegas (México: Editorial Hermes, 1965) pp. 789-886.
24. Los bancos hipotecarios eran comparativamente insignificantes.
25. D. Joslin, *A Century of Banking in Latin America* (Londres: Oxford University Press, 1963) pp. 209-211; L. N. D'Olwer, "Las inversiones extranjeras", *Historia Moderna de México, El Porfiriato, La vida económica*, dirigida por D. Cosío Villegas, Parte 2, pp. 1053-1063.
26. F. R. Calderón, "Los ferrocarriles", *Historia Moderna de México, El Porfiriato*, Parte 1 dirigida por D. Cosío Villegas, pp. 516, 539-540, 566, 625.
27. *The Mexican Year Book 1908* (Londres: Mexican Yearbook Publishing Company, 1908) pp. 333, 347.

28. *Memoria de Hacienda 1870* (México: Secretaría de Hacienda, 1870) p. 744; R. Vernon, *The Dilemma of Mexico's Development* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1963) pp. 35-40.
29. Bazant, *Deuda*, pp. 157-164.
30. J. H. Coatsworth, "The Impact of Railroads on the Economic Development of México, 1877-1910", tesis de doctorado, University of Wisconsin, 1972, pp. 107-115, 130, 154, 207-208.
31. D. Keremitsis, *La Industria Textil Mexicana en el Siglo XIX* (México: Sep-Setentas, 1973) pp. 160, 190.
32. R. W. Randall, *Real del Monte, a British Mining Venture in México* (Austin, Texas: University of Texas Press, 1972) pp. 73, 210-212.
33. M.D. Bernstein *The Mexican Mining Industry 1890-1950* (Nueva York: New York State University, 1964) pp. 42-44, 51, 75.
34. El Colegio de México, *Estadísticas económicas del Porfiriato, Fuerza de Trabajo y Actividad Económica por Sectores* (México: El Colegio de México) pp. 136-140.
35. Bernstein, *Mexican Mining*, p. 75; D'Olwer, "Las inversiones", p. 1154 proporciona cifras similares.
36. M. Rippy, "The Mexican Oil Industry", *Essays in Mexican History*, editado por T. E. Cotner (Austin, Texas: University of Texas Press, 1958) pp. 248-267.
37. D'Olwer, "Las inversiones", p. 1154; Desmond Young, *Member for México, A Biography of Weetman Pearson, First Viscount Cowdray* (Londres: Cassell, 1966) pp. 58-191.
38. Vernon, *Dilemma*, p. 47.
39. D'Olwer, "Las inversiones", p. 1119; F. Rosenzweig, "La industria", *Historia Moderna de México, El Porfiriato*, dirigida por D. Cosío Villegas, Parte 1, p. 102.
41. D'Olwer, "Las inversiones", pp. 1150-1155; Vernon, *Dilemma*, pp. 42-43.

42. En pesos de 1900; éstas y todas las cifras siguientes están tomadas de: *Estadísticas económicas del Porfiriato, Fuerza de Trabajo y Actividad Económica por Sectores* (Méjico: El Colegio de Méjico, sin fecha). Para la producción agrícola hay una serie continua de cifras de 1892 a 1907. Sin embargo, la información para 1877 no parece muy confiable.
43. Una experiencia de este tipo está descrita en: H. H. Harper, *A journey in South-eastern México* (Boston: De Vinne Press, 1910).
44. Secretaría de Economía, *Estadísticas sociales del Porfiriato 1877-1910* (Méjico: Secretaría de Economía, 1956) p. 8.
45. El Colegio de Méjico, *Estadísticas Económicas del Porfiriato, Comercio Exterior* (Méjico: El Colegio de Méjico, 1960).
46. Bazant, *Cinco haciendas mexicanas* (Méjico: El Colegio de Méjico, 1975) describe ambos tipos de hacendados.
47. Bernstein, *Mexican Mining*, pp. 58-86.
48. El Colegio de Méjico, *Estadísticas económicas, Fuerza de Trabajo*, pp. 47,140.
49. Keremitsis, *Industria*, p. 219.
50. Secretaría de Economía, *Estadísticas sociales*, p. 106.
51. V. N. Bett, *Central Banking in Méjico: Monetary Policies and Financial Crises 1864-1940* (Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Press; 1957) p. 11; Vernon, *Dilemma*, p. 55; J. D. Cockcroft, *Intellectual Precursor of the Mexican Revolution 1900-1913* (Austin, Texas: University of Texas Press, 1968) pp. 3-40, 62, 63; Rosenzweig, "La industria", p. 323.
52. S. R. Ross, *Francisco I. Madero, Apostle of Mexican Democracy* Nueva York: Columbia University Press, 1955) pp. 3-4, 11-12.
53. J. E. Sterret y J. S. Davis, *The Fiscal and Economic Condition of Méjico* (Nueva York: International Committee of Bankers on Méjico, 1928) p. 30.
54. Bulnes. *The Whole Truth about Méjico*, pp. 116-117; Cockcroft, *Intellectual Precursors*, pp. 44-46.
55. Ross, *Francisco I. Madero*, p. 12.

56. Las conclusiones del libro se reproducen en: M. León Portilla, ed., *Historia Documental de México*, II (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1964) pp. 423-425; Ross, *Francisco I. Madero*, pp. 4-12, 57-64.
57. El Plan de San Luis Potosí se resume en: J. W. Wilkie y A. L. Michaels, ed., *Revolution in México: Years of Upheaval, 1910-1940* (Nueva York: Knopf, 1969) p. 37.
58. Ross, *Francisco I. Madero*, p. 121.

Referencia bibliográfica:

BAZANT, Jan. “La era de Porfirio Díaz”. Breve historia de México, de Hidalgo a Cárdenas (1805-1940). México, 1981. Premia Editores, col. La Red de Jonás.p. 90-113.

## LOS CIENTÍFICOS Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Friedrich Katz Universidad de Chicago

Un viajero extranjero que en 1924 hubiera llegado a París sin conocer la situación de los taxis parisienses, al tomar un taxi a la embajada soviética, habría tenido una experiencia desgradable. Muy probablemente el taxista se habría rehusado a llevarlo y, quizás, lo habría echado a patadas del taxi. El motivo de este comportamiento habría sido que la gran mayoría de los chóferes de taxi, en aquel entonces, eran aristócratas rusos arruinados por la Revolución Bolchevique que se habían salvado emigrando a París. Aún así tuvieron suerte, pues una gran parte de sus compañeros habían muerto en la guerra civil rusa o habían sido exterminados por el terror Bolchevique.

Un viajero que en El Paso hubiera querido ir al Consulado Mexicano posiblemente también habría tenido alguna experiencia desgradable con chóferes mexicanos que habían huido de México. Sin embargo, podía estar seguro que ningún chofer sería un miembro de la aristocracia mexicana. Casi todos los miembros de la vieja clase dominante, que habían ejercido el poder político y económico en la época de don Porfirio, habían sobrevivido a la Revolución. En este sentido, la Revolución Mexicana era muy diferente tanto de la Revolución Rusa, como de la Revolución Francesa. Es un hecho revelador que, en tanto Francisco Madero, Emiliano Zapata, Pancho Villa, Venustiano Carranza y Álvaro Obregón murieron asesinados, José Yves Limantour, Olegario Molina, Luís Terrazas, Enrique Creel, Pablo y Miguel Macedo, todos murieron de muerte natural. No sólo sobrevivieron a la Revolución sino muchos recobraron por lo menos una parte de su riqueza y siguieron ejerciendo una influencia, aunque mucho menor que en la época porfiriana, en los asuntos de México después de la conclusión de la fase armada de la Revolución.

Este hecho hace que sea aún más interesante que en el caso de la Revolución Francesa o de la Revolución Rusa, saber cómo reaccionó esta antigua clase dominante ante el estallido de la Revolución. ¿Trataron o no de acomodarse a la Revolución, o participaron en movimientos contra-revolucionarios? Y ante todo, ¿cómo vieron sus propias responsabilidades en el estallido de la Revolución y cómo la interpretaron?

Trataré de contestar a estas preguntas, de manera parcial, basándome en la actuación y en las opiniones de tres hombres que jugaron un papel destacado en el llamado "Grupo Científico". No intentaré definir aquí a los Científicos, me limité a describir tres de sus características principales: era un grupo ideológico, profundamente ligado al positivismo de August Comte y al darwinismo social de Herbert Spencer. Económicamente, este grupo abarcaba lo que se podría llamar una nueva clase económica dominante, ligada en gran parte a la economía moderna y con el carácter ya nacional que se había formado en la época porfiriana. Eran banqueros, industriales y también hacendados que, en gran parte, producían para el mercado externo. Finalmente, constituían un partido político informal que había logrado tener profunda influencia no sólo en la burocracia nacional. El ministro de Hacienda, José Yves Limantour, era su dirigente y también abarcaba por lo menos a ocho gobernadores de los estados. Los tres miembros de este grupo cuyas reacciones a la Revolución este trabajo trata de analizar, son José Yves Limantour, Enrique Creel y Luís Terrazas.

Los tres en cierto modo eran "self-made men", hombres que ante todo por su habilidad rápidamente llegaron a la cumbre del poder económico o político en México. Terrazas y Creel eran dos de los hombres más ricos que tenía el México porfiriano y su riqueza estaba basada tanto en haciendas, como en la banca, ferrocarriles, minería y aún en la industria. Políticamente Terrazas y Creel controlaban su estado natal de Chihuahua, a comienzos del siglo XX, siendo primero Terrazas y después Creel los gobernadores del estado. Creel ocupó un papel decisivo también en la política nacional como embajador de México en los Estados Unidos y, finalmente, como secretario de Relaciones. Limantour, cuya

fortuna personal era mucho menor, era el arquitecto de lo que se podría llamar el auge económico del porfriato. Los tres eran admirados en el extranjero como grandes reformadores, pero los tres eran profundamente odiados por los revolucionarios mexicanos, que veían en ellos el símbolo de la dictadura porfiriana, de la represión y, sobre todo, de la desigualdad social que caracterizó al régimen.<sup>1</sup>

La Revolución los tomó por sorpresa pero, más rápidamente que Porfirio Díaz o la mayoría del cuerpo diplomático, entendieron que lo que estalló el 20 de noviembre era un movimiento muy profundo.

Al principio de la Revolución maderista, Limantour no la consideró un evento serio; pensó que los informes de la prensa francesa acerca de los acontecimientos en México eran exagerados y sensacionalistas. Una carta de Enrique Creel, secretario de Relaciones y ex-gobernador de Chihuahua, escrita a principios de diciembre, le hizo entender que la Revolución maderista era más peligrosa de lo que había creído, aunque casi no había rebasado los límites del estado de Chihuahua: "Las noticias que ha estado usted recibiendo de movimientos políticos en el estado de Chihuahua deben haberle causado alguna inquietud y con razón, porque se han presentado con esa forma tenaz y fanática, que tuvo aquel levantamiento de los Tomóchic, en el año de 1893.

La índole de los habitantes de ese distrito de Guerrero es muy parecida a las de los "boeros", pues son valientes, levantados y resueltos hasta el sacrificio. Son además hombres de campo en toda la extensión de la palabra, montan admirablemente a caballo, manejan sus armas con singular destreza, son físicamente fuertes y tienen una resistencia admirable para las fatigas y para las correrías por la sierra, cuya topografía conocen tan bien como el patio de su casa.

Esta gente ha desempeñado un papel de importancia en la historia de Chihuahua, prestando algunas veces buenos servicios en la persecución de los indios bárbaros y

---

<sup>1</sup> La biografía de Limantour es descrita y analizada en Alfonso de María y Campos Castelló: José Yves Limantour: Centro de Estudios de México, Condumex. México, 1998. La mejor biografía y análisis del poder político y económico tanto de Creel como de Terrazas es: Mark Wasser-mann, "Capitalists, Cacique, and Revolutions: The Native Élite and Foreign Enterprise in Chihuahua, México 1854-1911". University of North Carolina Press. Chapel Hill. Mark Wasserman, "Persistent Oligarchies Élites and Poliücs in Chihuahua". Duke University Press, Durham North Carolina, 1993

en apoyo del gobierno; y otras veces se han rebelado contra las autoridades causando muchas desgracias y muchos sacrificios para someterlos.

Es de sentirse que en esta vez se hayan colocado del lado de la revolución, porque son los que han venido a constituir el grupo más serio contra el gobierno.

De los Estados Unidos han recibido esta gente mucho dinero, armas y municiones. Se dice que don Francisco I. Madero ha proporcionado todos estos elementos la opinión mía es que este movimiento político ha sido mucho más serio de lo que parece y que no fué improvisado, sino que es el resultado de una labor tenaz de propaganda entre las clases bajas por los Flores Magón, y con posterioridad entre las clases media por otros dos grupos políticos".<sup>2</sup>

Por una parte, la descripción que hace Creel de las capacidades militares de la gente del distrito Guerrero de Chihuahua es muy acertada, pero por otra, olvida mencionar el papel decisivo que la actividad de su familia —que era la de Luís Terrazas—jugó en la mente de los revolucionarios. Sobre la responsabilidad de estas familias, otro informe que recibió Limantour de parte de Javier Arrangoiz, tesorero de la Federación, dio razones muy diferentes a las de Creel: "Mi amigo el General Don Ángel García Peña, persona honorabilísima que conozco hace muchos años, acaba de venirse a Chihuahua y me ha dado noticias desconsoladoras que con franqueza y energía de Ángel vio también el señor presidente, diciéndole que si no se cambia al gobierno local de Chihuahua, la revolución seguirá aumentando porque casi todo el estado se encuentra sobre las armas y hasta llegó a decir García Peña al caudillo que sino salía cierto lo que él le decía que le dieran cinco balazos o bien que mandara al señor Creel a que se encargara del gobierno de Chihuahua y entonces vería que no permanecía en el ni ocho días sin que lo asesinaran pues la exaltación de las pasiones contra él y la familia Terrazas es intensa. Le refirió casos en que hasta

---

<sup>2</sup> Archivo Limantour, Creel a Limantour, 19 de Diciembre de 1910. Centro de Estudios de México Condumex. Quiero expresar mi agradecimiento al Centro de Estudios de México Condumex, por haberme permitido consultar los Archivos de Limantour, Creel y Terrazas. Quiero también felicitar a este Centro por el magnífico trabajo que está realizando en bien de la historia de México.

las mismas señoras y niños de la familia Terrazas han sido injuriadas en la misma ciudad de Chihuahua".<sup>3</sup>

Otro informe de Arrangoiz debió haberle causado aún más inquietud cuando escribía: "Está muy lejos de encontrarse el país en paz pues por todas partes hay levantamientos de mayor o menor importancia y la gente de trueno ya se acostumbró a vivir sin trabajar y difícilmente cambiarán su vida actual para volver a laborar la tierra. Es muy fácil despertar voraces apetitos en la chusma pero es muy difícil apagarlos".<sup>4</sup>

Lo que debió haber inquietado aún más a Limantour era una carta de un hombre al que le tenía especial confianza, su subsecretario de Hacienda, Antonio Núñez: "Le aseguro a usted que si los movimientos únicamente han tenido lugar en Puebla y en Chihuahua especialmente, la verdad es que el país entero está agitado y que en un momento dado lo más fácil sería que todos se levantasen porque el descontento es general".

En contraste con Enrique Creel, que todo lo atribuía a la agitación de los Flores Magón, Núñez veía en el gobierno mismo la fuente de descontento. Escribía que: "es un hecho enteramente indubitable que el país está cansado de la administración actual, de todos sus gobernantes en general, y que en una forma u otra, por un motivo o por otro, la aspiración unánime es un cambio de gobierno. Si a esta situación se agrega el hecho desgraciadamente imposible de cambiar, de la edad del presidente de la República, agravado ahora con la persistente enfermedad de Don Ramón, usted comprenderá que estamos muy lejos de descansar sobre un lecho de rosas".

Un motivo aún mayor de inquietud para Limantour era la política de los Estados Unidos: "¿Serán los Yanquis los que ayudan a Madero?", preguntaba Núñez, "Relaciones, a la que constantemente he estado haciendo esa pregunta, invariablemente responde que no hay razón alguna para afirmarlo así; pero lo que no puede

---

<sup>3</sup> Archivo Limantour, Arrangoiz a Limantour, 28 de enero de 1911.

<sup>4</sup> Archivo Limantour, Arrangoiz a Limantour, 2 diciembre de 1911.

ponerse en duda, es que ofrecen hacer cuánto pudiera uno desear en contra de Madero y de los insurrectos y de hecho nada hacen, absolutamente nada.

Esto unido a la tradicional política de los Estados Unidos con las repúblicas de Centro y Sur América y con Cuba, hacen que los temores adquieran un fundamento extraordinario".<sup>5</sup>

Este temor fue reforzado por informes de Núñez (7 de enero), según los cuales el secretario de Relaciones le había dicho que había tenido noticia de que "capitalistas norteamericanos y aún algunos oficiales del gobierno apoyaban a los revolucionarios".<sup>6</sup> Si esta noticia por una parte inquietaba a Limantour, por otra no la podía entender: "Me he quedado con una gran curiosidad después del telegrama en que me anuncia usted, por encargo de Creel que hay noticias fidedignas de la complicidad de individuos y de autoridades americanas en los disturbios que hemos tenido. No es que el hecho en sí me sorprenda, sino que deseo saber como es natural qué clase de autoridades y de personas son las comprometidas en el asunto. Si se trata sólo de gente de baja esfera y radicada en Texas, Arizoria, Nuevo México, California, la averiguación no presenta una importancia capital; pero sí resulta que estas autoridades y estos individuos son de cierta categoría social o política, entonces sí debemos prepararnos a luchar con dificultades más serias y delicadas. Por más que busco qué personas conocidas pudieran tener interés en fomentar una revolución en México, no las encuentro o mejor dicho, mis sospechas carecen de base. Me inclino, sin embargo, a creer que sólo algunos americanos fronterizos que han adquirido terrenos de bastante extensión en el norte del país, son los únicos que pudieran, con una conciencia muy elástica, sembrar la discordia en México con la esperanza de que fructificarán más tarde las ideas anexionistas".<sup>7</sup>

Estas dudas que tenía Limantour acerca de los motivos de actitudes negativas en Estados Unidos hacia el gobierno de don Porfirio parecen haber desaparecido posteriormente. En sus Memorias escritas después de la Revolución anota: "En los Estados Unidos se fue formando desde muchos años la idea de que México debía

<sup>5</sup> Archivo Limantour, Núñez a Limantour, 30 de diciembre de 1910.

<sup>6</sup> Archivo Limantour, Núñez a Limantour, 7 de enero de 1911.

<sup>7</sup> Archivo Limantour, Limantour a Núñez, 17 de enero de 1911.

girar dentro de la órbita de influencia americana, la que acabaría por absorber todos los ramos de nuestra actividad, transformando el país en una dependencia económica e intelectual de aquella poderosa entidad".<sup>8</sup>



Francisco I. Madero, José María Pino Suárez, fotografía, Garduño, ca. 1911. Colección Fotografías sueltas, Fondo Reservado, Biblioteca Nacional, UNAM.

Limantour veía un motivo de hostilidad en la decepción que fue causando en Estados Unidos "la independencia con que venía moviéndose nuestro país en sus esfuerzos por conquistar su bienestar y prosperidad". Limantour enumeraba aquí una larga serie de hechos que mostraban el anhelo de México de mantener su independencia frente a su súper poderoso vecino norteño. Uno de ellos era el de "haber recobrado posesión de la Bahía de Magdalena", hasta "la serie de operaciones que consolidaron el poder de la compañía de los Ferrocarriles Nacionales, más de la mitad de las líneas férreas del país, arrancándolas del dominio de las compañías americanas que las poseían y explotaban".

También Limantour estaba convencido que "los Estados Unidos por todos los medios querían adquirir por la fuerza Baja California".<sup>9</sup>

<sup>8</sup> José Yves Limantour, *Apuntes sobre mi vida pública, 1892-1911*, Editorial Porrúa, México, 1965, p. 196.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 197.

La correspondencia de Limantour indica claramente las bases de la política que iba a seguir a su regreso al continente americano: buscar por todos los medios posibles un arreglo con Madero para impedir que la Revolución se hiciera incontenible e impedir de esta manera una posible intervención de Estados Unidos. La política que desarrolló Limantour desde su regreso al continente americano hasta la renuncia de Porfirio Díaz es bien conocida. Básicamente la política que impulsó, con el pleno apoyo de Porfirio Díaz, tenía dos lados: por una parte un cambio completo en la composición del gabinete reemplazando a todos los ministros (con excepción del Secretario de Guerra y de Limantour mismo) por gente que no pertenecía al grupo "Científico" y muchos de los cuales eran más jóvenes que los antiguos ministros. Al mismo tiempo un nuevo programa prometía la "No Reelección", por una parte el voto honrado y por otra finalmente el fraccionamiento de los grandes latifundios.<sup>10</sup>

Por otro lado Limantour entabló negociaciones con Madero con la esperanza de tener un acuerdo de pacificación, el cual no implicaría ni la destrucción del Estado porfiriano ni la renuncia de Díaz. La primera parte de la estrategia de Limantour fracasó. Ni el cambio de gabinete ni las promesas de grandes reformas pudieron convencer a la gran mayoría de la opinión pública. La segunda parte de la estrategia de Limantour, las negociaciones con Madero, para las cuales mobilizó parte de la familia del caudillo revolucionario, sí tuvo éxito con una excepción. Si bien por una parte Madero pidió y obtuvo la renuncia de Díaz, por otra parte Limantour obtuvo lo que más quería, el mantenimiento del Estado, de los funcionarios y ante todo del ejército porfiriano. En efecto, fue Limantour quien finalmente logró convencer a Díaz que renunciara. Muy pocos días después de Porfirio Díaz, Limantour también dejó México, se fue a Francia para ya no volver.

Con el exilio de Díaz el grupo "Científico" se dividió profundamente. Un grupo trató primeramente de cooperar con el gobierno provisional de De la Barra y después con el gobierno de Madero, en el cual dos de los ministros, Ernesto Madero (tío) y Rafael Hernández (primo), que siempre habían sido muy cercanos a los Científicos, les abrieron muchas puertas para seguir con sus negocios y cooperar con

---

<sup>10</sup> Limantour, *Apuntes*, op. cit., pp. 260-261.

el gobierno. Un segundo grupo cuyo representante era uno de los más destacados "Científicos", Rosendo Pineda, se propuso como tarea el derrocamiento de Madero a través de una enorme campaña de prensa. El periódico más anti-maderista, "El Mañana", fue de hecho organizado, pagado y dirigido por Pineda. Un tercer grupo, al cual pertenecían ante todo los Terrazas y Creel, parece haber recurrido a medidas más drásticas. Una parte de este grupo por lo menos parece haber apoyado a la rebelión de Orozco y también esperaban obtener una intervención norteamericana, según afirmaciones del cónsul americano en Chihuahua.<sup>11</sup>

Un cuarto grupo, al que pertenecía Limantour, se retiró de la política activa. La actividad de Limantour aparte de observar cuidadosamente los acontecimientos en México a través de cartas que muchos antiguos amigos y colaboradores le mandaban, consistía en salvaguardar tanto sus propiedades como su imagen. Lo segundo era muy difícil porque no sólo muchos revolucionarios veían en él al líder de los odiados "Científicos", sino que muchos de sus antiguos colaboradores o adictos lo consideraban un traidor. En una carta al antiguo vicepresidente, Ramón Corral, el destacado "Científico", Miguel Macedo escribía: "Desde que Limantour llegó a Nueva York, comprendimos que algo muy serio pasaba entre él y los Madero [...] respecto de lo que hizo una vez üegado a ésta, no podemos dudar de que no fue sino una serie de desaciertos que precipitó la caída del general Díaz y todos los males que estamos presenciando y que pueden llegar hasta la pérdida completa de la nación. Y como el señor Limantour fue el único director de la política del gobierno desde que llegó hasta la caída, yo no puedo vacilar en creerlo el único responsable; de nadie tomó consejo y a nadie oyó y cómo en todos sus actos aparecían el miedo y la debilidad quitó a Don Porfirio lo único que lo mantenía en el poder y lo entregó hasta el oprobrio de la plebe".<sup>12</sup>

Limantour era consciente de estos constantes ataques, que indirectamente llegaron a su conocimiento, y empezó a inquietarse seriamente de las consecuencias que pudieran tener para él, una vez que Madero cayera, y las antiguas fuerzas porfirianas

---

<sup>11</sup> Friedrich Katz, *Pancho Villa*, Ediciones Era. México, 1998. vol. I pp. 167-175.

<sup>12</sup> El Universal, Archivo de la Reacción, Miguel Macedo a Pablo Macedo, agosto 2 de 1911.

recuperaran el poder. Como Francisco León de la Barra, parecía ser uno de los hombres más importantes del nuevo gobierno, era secretario de Relaciones y quería postularse a vicepresidente de Félix Díaz, Limantour le escribió una larga carta justificando su conducta en las postrimerías de la dictadura porfiriana y pidiendo que comprobaran que no sólo Limantour, sino todo el gabinete, por motivos lógicos, habían pedido la renuncia de Díaz. En su carta Limantour pidió a De la Barra "el testimonio intachable de usted para hacer alguna vez uso de el si fuera necesario y dejar para siempre destruir estas injustas versiones que han corrido a este respecto [...] ¿No es cierto que el gabinete formado a fines de marzo de 1911 a raíz de mi regreso de Europa, fue de opinión a poco tiempo de haberse constituido que era necesario y urgente entrar en arreglos con Madero para conseguir cuanto antes la paz? [...] ¿No es cierto que estuvimos convencidos todos los ministros de la ineeficacia de las disposiciones militares para sofocar la insurrección y de la imposibilidad de poner remedio a esta deficiencia? [...] ¿No es cierto también que el manifiesto del señor presidente a la nación fue discutido conciudadamente en consejo de ministros, que tuvo lugar en la casa de Cadena y que uno de los párrafos cuya redacción se cuidó con mayor esmero fue el relativo a la renuncia del señor presidente? [...] ¿No fue evidente que la Nación lejos de responder al llamamiento del señor general Díaz siguió al contrario mostrándose cada día más hostil al gobierno? [...] ¿No es cierto que a los pocos días de publicado el mencionado Manifiesto adquirimos la convicción de que era absolutamente necesaria la renuncia a fin de evitar mayor derramamiento de sangre y sobre todo la intervención de Estados Unidos?".<sup>13</sup>

En contraste con Limantour, que durante su estancia en París podía analizar y contemplar la Revolución desde lejos, para Terrazas y Creel la Revolución representaba un peligro inminente. Aunque Creel se encontraba en la ciudad de México como secretario de Relaciones, su hijo y su hermano estaban en la ciudad de Chihuahua, junto con Luís Terrazas y su familia. Al principio de la Revolución, Terrazas todavía era optimista. En una carta a Creel, (que escribió Terrazas seis días después del estallido de la Revolución), decía: "Como es probable que vengan más

---

<sup>13</sup> Archivo Limantour, limantour a Francisco León de la Barra, 5 de marzo de 1913.

fuerzas federales, se abriga la esperanza de que en poco tiempo queden dispersados los sedisiosos y vuelva a restablecerse el orden".<sup>14</sup> Menos de tres semanas después, el 6 de diciembre, Terrazas veía la situación de un modo mucho más serio, de hecho declaró a Creel que la mayoría de la población del estado estaba en contra del gobierno: "Aquí en esta ciudad cuentan entre la clase artesana y la clase popular con bastante simpatía y estamos en el eminent peligro que si por cualquier circunstancia el General Navarro sufre alguna seria derrota o por falta de municiones se ve obligado a rendirse, los revoltosos marchen sobre esta ciudad y la tomen, lo cual sería un verdadero desastre [...] en los demás distritos del estado están ahora tranquilos; pero si los revoltosos como es de temerse toman esta capital, entonces todo el estado se levantaría para ayudarles".<sup>15</sup>

Tanto Creel como Terrazas estaban de acuerdo en su juicio sobre los revolucionarios: "Tiene usted mucha razón, —le escribió Terrazas a Greel— en el juicio que se sirve emitir respecto de la clase de gente que forma el núcleo sedicioso, pues son todos individuos no sólo de ideas socialistas, sino comunistas, y con sus teorías descabelladas halagan y fanatizan a gente ignorante que lo sigue sin principio ninguno de orden, en el fondo de su programa y sólo buscando la rapiña y el apoderamiento de la propiedad ajena".<sup>16</sup>

Ni Terrazas ni Creel en ningún momento concibieron, como sí hizo de manera muy limitada Liman-tour, alguna posibilidad de que no todo se debió a la propaganda sedicosa: "Si la propaganda se hubiera evitado a tiempo de las ideas antes referidas, no se verían las filas de los sedisiosos tan engrosadas como lo están ahora".<sup>17</sup>

Luís Terrazas creía que una gran parte de la responsabilidad de esta insatisfacción recaía sobre los hombros de Silvestre Terrazas, lejano miembro de la familia Terrazas que editaba el periódico de oposición, *El Correo de Chihuahua*.<sup>18</sup>

<sup>14</sup> Archivo Creel, Centro de Estudios de México Condumex, Terrazas a Creel, 26 de noviembre de 1910.

<sup>15</sup> Terrazas a Creel, 6 de diciembre de 1910.

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> *Ibid.*

<sup>18</sup> Archivo Creel, Terrazas a Creel, 1 de diciembre de 1910.

En contraste con Limantour, las ideas de conciliación no entraban en la mente ni de Terrazas ni de Creel, lo que revela muy claramente su reacción, al primer intento de compromiso con los revolucionarios que tuvo lugar en Chihuahua.

A principios de diciembre de 1910, un chihuahuense que estaba fuera del ámbito de los Terrazas y Creel, Amador González, tomó la iniciativa para llevar a cabo una política de conciliación con los revolucionarios. Viajó a México, tuvo una entrevista con Porfirio Díaz y lo convenció de que los revolucionarios no se oponían a él y a su gobierno, sino a las autoridades locales. Como la revolución se había limitado al estado de Chihuahua, esperaba convencerles con una amnistía y promesas de cambios en las autoridades locales de que depusieran las armas. El gobernador Sánchez, muy opuesto a esta iniciativa, no tuvo otro remedio que permitir a Amador González y a otros acompañantes viajar en un tren especial al distrito Guerrero, a negociar con los revolucionarios. Las negociaciones fracasaron pero el simple hecho de haber negociado con los revolucionarios enfureció tanto a Terrazas como a Creel: "¿Qué acaso se puede conferenciar con bandidos profesionales?" —le escribió el hijo de Creel, Enrique, a su padre— "Para ellos no hay más que un remedio, y cueste lo que cueste debe emplearse acabando con ellos. Costará mucha sangre pero es la obligación del gobierno acabar con ellos y el deber de todo ciudadano ver que se haga justicia".<sup>19</sup>

Luís Terrazas abogó porque se estableciera el estado de sitio en Chihuahua. Por orden de Enrique Creel, el secretario de Gobierno, Guillermo Porras, decretó el 8 de diciembre: "Los revoltosos tomados con las armas en la mano, deberán ser juzgados militarmente".<sup>20</sup> Eso significó en la práctica la ejecución de todos los revolucionarios que fueron tomados prisioneros. Al mismo tiempo Terrazas sugirió a Creel que se estableciera una censura sobre todos los libros, folletos y periódicos publicados en Chihuahua.

---

<sup>19</sup> Archivo Creel, Enrique Creel a Creel, 3 de diciembre de 1910.

<sup>20</sup> Archivo Creel, Decreto de Porras, 8 de diciembre de 1910.

El hombre que trató de llevar a cabo esta política de represión, junto con las tropas federales, fue el nuevo gobernador de Chihuahua, el hijo de Luís Terrazas, Alberto Terrazas.

Al nombrar a Alberto Terrazas como gobernador de Chihuahua, Porfirio Díaz esperaba que el clan Terrazas-Creel, utilizaría los enormes recursos que tenían para sofocar la Revolución. Esperaba que por una parte mobilizaran a sus peones y, por otra, pagaran voluntarios para ayudar al ejército federal en el combate contra los revolucionarios.

Porfirio Díaz no se había equivocado sobre la determinación de los Terrazas de sofocar la Revolución. En lo que sí se había equivocado era en su estimación de los recursos de los que disponían y, aún más, en el grado de odio que existía hacia los Terrazas en Chihuahua.

No sólo Alberto Terrazas sino también su padre y Enrique Creel tuvieron que darse cuenta muy pronto de que la estrategia que habían elegido para defender su poder y sus intereses estaba al borde del colapso. Esa estrategia descansaba en cuatro columnas: las autoridades estatales y municipales que ellos habían nombrado; los miles de peones de sus haciendas a quienes pensaban armar para defender sus intereses; los hombres que podían contratar para que pelearan por ellos, principalmente miembros de aquellas facciones de los pueblos y las colonias militares a quienes Terrazas había favorecido o que se habían beneficiado con la ley agraria de Creel de 1905, y finalmente, los hacendados del estado, todos ellos vinculados por matrimonio o económicamente con el clan. La primera de esas columnas resultó extremadamente débil; las otras tres se vinieron abajo.

Aunque unos pocos funcionarios estatales y municipales, como el presidente municipal de Namiquipa, presentaron pelea, la mayoría simplemente huyó. "Desde el principio de la situación estoy haciendo esfuerzos por armar gente de mis haciendas", —escribía con tristeza Terrazas a Creel el 20 de enero de 1911, sólo ocho semanas después del estallido de la Revolución— pero con franqueza vuelvo a manifestar a usted que los mismos sirvientes están muy contaminados y solamente se cuenta con un reducidísimo número que son leales. Armar a los desleales, como

usted percibirá, sería enteramente contraproducente, porque se pasarían al enemigo armados y equipados".<sup>21</sup>

La esperanza que tenía Terrazas de reclutar mercenarios y voluntarios, sobre todo en aquellas facciones de los pueblos y las colonias militares favorecidas por las medidas de Creel, resultó igualmente vana. "Ni ofreciendo pagar a la gente dos pesos diarios, y montarla y armarla por mi cuenta, he podido conseguirla"<sup>22</sup> —se quejaba Terrazas—. Aquellos que sí se unieron a las fuerzas auxiliares terracistas —Alberto Terrazas informaba con satisfacción en enero de 1911 que había reclutado a 1175 hombres— en el momento de la verdad rehusaron pelear. Terrazas se quejaba de que cuando un comandante rebelde, Práxedes Guerrero, atacó la ciudad déjanos con sólo ventisiete hombres, el presidente municipal y unos cuantos leales tuvieron que luchar solos contra ellos, ni la gente de la población, ni los miembros de la policía local participaron en la defensa.<sup>23</sup>

Ni siquiera los demás miembros de la oligarquía estatal, especialmente los hacendados, tan íntimamente vinculados con los Terrazas por lazos familiares y financieros, vinieron en su defensa. Amargamente, Creel se quejaba de "un egoísmo increíble entre los hacendados". El gobierno del estado les había pedido armar a algunos de los sirvientes de sus haciendas para protegerlas, y había ofrecido sufragar el costo. Pero los hacendados se negaron, temiendo que los revolucionarios tomaran represalias contra ellos, "matando a sus semovientes y destruyendo sus haciendas". Con gran indignación, Creel escribía que "ante este temor, por remoto que aparezca, se mueren los sentimientos de patriotismo y los de dignidad personal [...] y dejan de comprender estas pobres gentes que con esa actitud indiferente están contribuyendo directamente para la destrucción de lo que constituye su ideal o sea su fortuna". La pasividad de los hacendados reflejaba ante todo su esperanza de que, sino se les oponían activamente, los revolucionarios concentrarían su odio en Terrazas y Creel.<sup>24</sup>

---

<sup>21</sup> Archivo Creel, Terrazas a Creel, 20 de enero de 1911.

<sup>22</sup> *Ibid.*

<sup>23</sup> Friedrich Katz, *Pancho Villa*, vol. I. pp. 103-104.

<sup>24</sup> *Ibid.*

Sólo dos meses después de que Alberto Terrazas asumió el poder en Chihuahua, Díaz lo obligó a dimitir y lo reemplazó con Miguel Ahumada, entonces gobernador de Jalisco y que, anteriormente, había sido gobernador de Chihuahua.

Esta decisión de Porfirio Díaz se debió no sólo al fracaso de la estrategia de los Terrazas, sino también a que se dio cuenta del profundo odio que la población tenía a los Terrazas y de que este odio repercutía, muy negativamente, en su propia popularidad. No hay duda de que los informes de su comandante militar en Chihuahua, el general Hernández, jugaron un papel importante en la actitud de Porfirio Díaz: "Creo mi deber informar a usted, —escribía Hernández— de un modo claro que las cuestiones que aquí se han suscitado y que tanta sangre están costando, no reconocen otro origen que el descontento general que existe en los habitantes del estado, desde que el gobierno está en poder de personas de la familia Terrazas, familia a quien aborrecen y como se cree que estos gobernantes sólo pueden sostenerse con el apoyo de usted, a usted lo hacen responsable de esta situación".<sup>25</sup>

Ni los esfuerzos conciliadores de Hernández y Ahumada —por ejemplo, los dos resolvieron liberar de su encarceramiento al periodista de oposición, Silvestre Terrazas, a quien Greel había mandado a encarcelar—, lograron pacificar al estado. Sólo con los acuerdos de Ciudad Juárez una paz relativa y breve volvió al estado de Chihuahua.

Con la firma de los acuerdos de Ciudad Juárez, tanto Limantour como la oligarquía porfiriana, habían esperado salvar al Estado porfirista y, sobre todo, a su ejército. También esperaban que estos acuerdos llevaran a la disolución de la mayor parte del ejército revolucionario.

Con el apoyo decisivo de Madero no sólo sobrevivió sino se fortaleció el ejército federal, y se mantuvo el antiguo aparato judicial y policiaco de Porfirio Díaz. En el sur y centro de México también se disolvió a la mayor parte del ejército revolucionario con la excepción muy importante de Morelos y sus alrededores, donde Zapata y sus hombres no accedieron al licenciamiento y desarme.

---

<sup>25</sup> Friedrich Katz, *Pancho Villa*, vol. I, p. 107.

Los gobernadores nombrados o elegidos con el apoyo de Madero, en gran parte, procedían de la clase media, tenían relativamente poca simpatía hacia los revolucionarios y utilizaban frecuentemente al ejército federal para sofocar la resistencia de los antiguos maderistas.

En el norte, sin embargo, imperaba una situación muy diferente. En los tres estados norteños que habían sido la cuna de la Revolución, Chihuahua, Sonora y Coahuila, los gobernadores que habían participado en la Revolución tenían el poder y el ejército federal se había retirado de estos estados. El poder militar lo ejercían rurales controlados por los gobiernos compuestos de antiguos revolucionarios.

Para los Terrazas y para Creel se vislumbraba una situación sumamente difícil. No podían recurrir al ejército federal, y las únicas fuerzas militares en el estado estaban bajo el mando del antiguo jefe de los revolucionarios, Pascual Orozco. El gobernador del estado, Abraham González, era un enemigo acérrimo de los Terrazas.

No es sorprendente que Enrique Creel fuera mucho más pesimista que Limantour acerca de la situación que imperaba en México después de los acuerdos de Ciudad Juárez: "No puedo resignarme —escribió a Díaz— a la gran desgracia que ha sufrido nuestro país, a la ingratitud del pueblo mexicano, a la enorme injusticia, a la deslealtad de algunos hombres y a tantas cosas que han pasado en este país, tan inexplicables, tan inesperadas, tan inútiles y perturbadoras como un terremoto que en un instante destruye el trabajo de muchos años [...] la situación general del país es muy mala, no hay respeto a la constitución, a la propiedad privada, a los derechos políticos y al libre sufragio, sino que tenemos más bien el gobierno de la fuerza bruta, de las clases bajas armadas con rifles, llenas de pasión, con ideas comunistas y llenas de odio contra las clases superiores. Se siguen produciendo levantamientos en muchos estados [...] muchas haciendas están en poder de los revoltosos".<sup>26</sup>

Los temores que abrigaban tanto los Terrazas como Creel acerca de la situación que imperaba en Chihuahua se vieron confirmados de tres maneras diferentes.

Por una parte, los ex-revolucionarios, licenciados, sin que hubieran obtenido nada como resultado de sus sacrificios durante la Revolución, empezaron a apropiarse

---

<sup>26</sup> Friedrich Katz, *Pancho Villa*, vol. I, p. 159.

ganado de las haciendas terraceñas, y los rurales estatales —que constituían el principal poder militar en el estado—, hicieron muy poco para perseguirlos y disuadirlos.

En todo el estado hubo una oleada de huelgas que afectaron a las empresas mineras e industriales, muchas de las cuales estaban controladas por los Terrazas. Sin embargo, éstas fueron medidas tomadas por Abraham González, el cual despertaba más resentimiento entre los Terrazas y la oligarquía estatal.

"Muy poco después de ocupar el cargo —informaba el cónsul estadounidense en Chihuahua— [González] anunció que iba a encargarse de que se aprobara una ley que fijaría impuestos progresivos para los grandes latifundios, de modo que uno no pudiera permitirse tener más de 20 mil, 30 mil acres". Aunque esas medidas sólo tendrían efecto a largo plazo, y aunque les parecieran insuficientes a los campesinos despojados que querían la devolución inmediata de sus propiedades, así como a los jornaleros sin tierras que necesitaban acceso inmediato a ellas, la oligarquía no las aceptó. "Es fácil de entender —continuaba el cónsul— que esa medida no le atraerá el apoyo de personas que poseen un millón o más de acres, como ocurre con varios ricos individuos del estado".<sup>27</sup>

El plan habría beneficiado principalmente a la clase media agraria, que tenía los medios financieros para comprar parcelas. Las medidas que González en realidad tomó contra la oligarquía fueron menos radicales de lo que hacían esperar sus primeros pronunciamientos, pero fueron con todo suficientes para suscitar una ola de odio contra él. En vez de aumentar la tasa fiscal, González simplemente llevó a cabo una apreciación más realista del valor fiscal de las haciendas, aunque sin llegar a su verdadero valor. "Las propiedades de Luís Terrazas, en su justa valorización —escribió González a Madero— fluctúan entre cincuenta y cien millones de pesos, y el estado actualmente se las tiene calificadas en \$9,156,610. 80, que como usted ve es mucho menos que la quinta parte de su justo valor. Antes del triunfo de la

---

<sup>27</sup> Friedrich Katz, *Pancho Villa*, vol. I. p. 156.

Revolución de 1910, estaban calificadas sus propiedades en la suma de 11,702,438.00".

Abraham González pensaba que en realidad había hecho una gran concesión a Luís Terrazas al no revaluar totalmente y de inmediato sus propiedades, y sólo aumentarle un tanto los impuestos".<sup>28</sup>

Al mismo tiempo un juez en Chihuahua tenía la intención de hacerle un proceso a Enrique Creel por un acontecimiento que había tenido lugar aún en la época porfiriana. En el Banco Minero, que pertenecía a los Creel, hubo un robo de \$200 mil pesos. La opinión pública estaba convencida de que se trataba de un auto-robo. Juan Creel, se decía, había perdido mucho dinero por la adicción al juego y ahora quería explicar esta pérdida por la actividad de ladrones. Se arrestó a una serie de empleados del Banco Minero y se les acusó del robo. El periodista independiente, Silvestre Terrazas, empezó a investigar el asunto y pudo comprobar que los presuntos autores del robo estaban en un lugar muy diferente del banco y que no hubieran podido participar en dicho robo. De hecho, declararon que fueron torturados y que no vieron otra manera que confesar su culpabilidad para evitar la tortura. Fueron finalmente liberados. Un juez ahora quería investigar si los Creel habían participado en el robo y qué papel tenían en la tortura de estos acusados inocentes. Creel recurrió a Madero, el cual a pesar de constantes declaraciones que no iba a intervenir en asuntos judiciales, removió al juez, diciendo que era imposible que los Creel hubieran robado su propio dinero. Para obtener la disminución de sus impuestos, Terrazas trató de sobornar a Abraham González, a través de un amigo común, lo que González rechazó con mucha indignación. Finalmente, hay indicios de que una parte de la familia Terrazas (pero no Luís Terrazas y Enrique Creel), estaban involucrados de alguna manera en la sublevación de Pascual Orozco contra el gobierno de Madero. Con excepción de la remoción del juez por Madero, ninguno de estos intentos tuvo éxito, pero con el derrocamiento de Madero, tanto Terrazas como Creel esperaban que sus problemas finalmente terminarían.

---

<sup>28</sup> Archivo General de la Nación, México, D.E, Fondo Madero, González a Madero, 7 de noviembre de 1912.

Tanto Terrazas como Limantour se mostraron satisfechos por la caída de Madero: "Mucho celebro —escribió el 8 de Marzo de 1913 Terrazas a Creel— que según se sirvió usted informarme el nuevo gobierno tenga unánimes simpatías en esta capital, y que las noticias que en ella se reciben, de varias partes de la República sean satisfactorias, esperándose que pronto se someta el Gobernador Carranza y que se terminen de una manera satisfactoria los arreglos con Orozco y con el Lie. Don Emilio Vázquez Gómez".<sup>29</sup>

En una carta al magnate petrolero Cowdray, Limantour ofreció apoyar al nuevo gobierno, ayudando, aunque no tomando la dirección de gestiones con los bancos, para proporcionarles un empréstito.<sup>30</sup>

Sin embargo, con el avance de la Revolución constitucionalista, tanto Limantour como Terrazas y Creel se vieron profundamente desilusionados en sus esperanzas de que se restableciera pronto el viejo orden en México. Para ellos, el principal culpable de esta situación era el presidente Wilson, por la ayuda, y después reconocimiento, que proporcionaba a los revolucionarios.

La desesperación de ambos hombres, pero también la manera en que veían a la Revolución, en el año 1915 se expresó de manera muy clara en dos memorándums que mandaron a dos personalidades norteamericanos. En este año la guerra civil entre las fuerzas de la convención y las de Carranza había llegado a su apogeo. Tanto Creel y Terrazas como Limantour habían sufrido enormes pérdidas económicas. En los territorios dominados por Villa, sus propiedades habían sido intervenidas y sus recursos utilizados tanto para financiar la Revolución como para dar comida y ayuda a la gente más desheredada. Pero aún en los territorios dominados por Carranza habían sido confiscados o, como se decía en aquel entonces, intervenidas las propiedades de Limantour y Creel.

"La revolución nació principalmente del malestar provocado en algunos Estados de la Federación por la permanencia prolongada de ciertas autoridades que fueron útiles en un tiempo, pero que después se volvieron 'undesirable'; pero la cuestión

---

<sup>29</sup> Archivo Creel, Terrazas a Creel, 8 de marzo de 1913.

<sup>30</sup> British Science Mnseum, Papcrs of Lord Cowdray.

agraria, de que tanto se ha hablado, sólo fue suscitada a última hora, para servir de pretexto a la rebelión, y sin que respondiese a ningún movimiento de la opinión pública que la hubiese precedido de tiempo atrás. Es de notarse que en ningún plan revolucionario figura una queja concreta contra el sistema de impuestos del Gobierno Federal.

Los hombres que dominan hoy la situación en México, en las diversas regiones de la República, son en su gran mayoría, verdaderos bandidos que no atienden más que a sus intereses personales y a quienes nada importan las libertades ni el bienestar del pueblo, ni menos los principios de la democracia. El buen éxito que han tenido en sus operaciones militares se debe exclusivamente a la libertad que han dado a sus tropas para saquear y robar y al apoyo resuelto que han recibido de los EEUU.

Los elementos sanos del país, (los que tienen juicio, ideas de orden y son honrados) no han podido luchar por el restablecimiento de la paz, por falta de organización, por haber sido desposeídos de sus recursos, y especialmente, por la oposición tan fuerte que han encontrado de parte de los círculos oficiales americanos, de muchos hombres de negocios, y numerosos periódicos de aquel país, que han considerado a los mencionados elementos mexicanos como gente cruel y depravada, que ha obtenido su fortuna de mala manera, que oprimió y maltrató al pueblo.

Para remediar la espantosa situación actual (cosa ya muy difícil por la destrucción casi completa del edificio social y la dispersión y aniquilamiento de la gente buena), no hay otro medio que emplear que el diametralmente contrario al seguido hasta la fecha; esto es, procurar constituir un partido restaurador progresista, con todos los hombres de buenos antecedentes, cualquiera que sea el antiguo partido político a que hayan pertenecido, y que Washington le proporcione las mismas facilidades y los mismos alientos que dio a los revolucionarios. El gobierno Americano puede hacer mucho cerca del mundo bancario y de la prensa para que le presten su apoyo al nuevo movimiento, y si por otra parte prohíbe el envío de armas y pertrechos de guerra destinados a las tropas de los actuales cabecillas, la revolución" tiene que acabar por falta de dinero y de municiones que no se pueden obtener hoy en

Europa. Para que los buenos mexicanos trabajen con ánimo en el sentido indicado es indispensable que los E.E.U.U. declaren que prestarán su ayuda sin exigir a México ningún sacrificio de soberanía, ni de dignidad, ni de independencia económica".<sup>31</sup>

En su memorándum para House, lo que de hecho estaba proponiendo Limantour era su apoyo a una intriga llevada a cabo bajo la dirección del antiguo jefe de la policía de Huerta y uno de los dirigentes del Partido Católico Mexicano, Eduardo Iturbide. Lo que Iturbide proponía era que los americanos apoyasen a un ejército dirigido por él, el cual con el apoyo norteamericano restablecería más o menos el antiguo orden y además haría extensas concesiones a los petroleros norteamericanos. No es claro si Limantour conocía las verdaderas implicaciones del Plan de Iturbide.

En el mismo año, de la misma manera que Limantour se dirigía al coronel House, Greel también mandó a un funcionario norteamericano, Hugh H. Hanna, su análisis de la Revolución mexicana.

En tanto que Limantour tenía una crítica aunque leve, de algunas condiciones que imperaban bajo el régimen de Díaz, para Creel todo había sido perfecto en los años del porfiriato. Empieza diciendo que no había ninguna razón por la cual estalló la Revolución maderista de 1910, el país estaba en las mejores condiciones. Las clases pobres se encontraban en las mejores condiciones posibles y las autoridades del país les daban completa protección. Los salarios habían progresado en 300 por ciento durante la administración de Díaz y las clases obreras estaban satisfechas.

Mencionaba los avances financieros, el crédito de México, el sistema bancario, como otros puntos donde México había hecho grandes avances.

Insistió Greel que no había nada nuevo en la plataforma de Madero: su demanda para el sufragio efectivo, la no reelección del presidente, pues todo estaba incluido en la Constitución de 1857. Declaró que el asesinato de Madero y Pino Suárez constituyan una gran tragedia pero dudaba de que Huerta fuese responsable. El verdadero problema de México es el no reconocimiento de Huerta por parte de

---

<sup>31</sup> Archivo Limantour, Memorándum hecho para Lord Cowdray el 8 de mayo de 1915, con motivo de una entrevista que iba a tener Gowdary con el coronel House.

Woodrow Wilson: "Si Huerta hubiera sido reconocido por los Estados Unidos, hubiera podido destruir la revolución. Este hecho lo saben los americanos y mexicanos".

Creel también se refirió al problema agrario. Declaró que nunca hubo intento de quitar la tierra a los indígenas. Es un hecho que algunos indígenas vendieron sus tierras, lo que no hubieran debido hacer. Según Creel, los indígenas poseían el 5% de la tierra al declararse la Independencia y hoy tienen el 4%. "Esta pequeña diferencia de 1% no justifica una revolución y tampoco la acción muy humanitaria del Presidente Wilson". Por otra parte declaró Creel que "se han creado pequeños ranchos por la división de grandes haciendas, de terrenos públicos, así que si las clases pobres perdieron un por ciento de sus tierras originales, estas mismas clases obtuvieron el 20% de la tierra de otras fuentes".

Creel concibía la existencia de un problema agrario que sólo se podía resolver a largo plazo con obras de riego, bancos agrícolas, inmigración y profundo respeto por la propiedad privada y declaró que "los grandes propietarios no sólo no objetan a este tipo de reforma, sino están completamente de acuerdo con ella y quieren vender o subdividir sus propiedades".<sup>32</sup>

La desesperación que había caracterizado tanto la visualización de Limantour como de Creel de la revolución de 1915 empezó a cambiar con la victoria de Carranza. La administración carrancista, después de la victoria, empezó a devolver las propiedades a sus antiguos propietarios. Uno de los primeros que fueron beneficiados fue Limantour. Tardó más tiempo en devolverle sus propiedades a Greel, pero en 1918 le fueron devueltas sus propiedades urbanas y en 1919 Carranza tomó la decisión, aunque no llegó ya a realizarla, de devolverles sus haciendas tanto a Terrazas como a Creel.<sup>33</sup>

En 1919 en una serie de cartas intercambiadas entre ellos, Creel y Terrazas trataron de hacer un balance de la Revolución; Creel describió las pérdidas que él y Terrazas habían sufrido. Calculó que el valor de todo lo que perdió Terrazas durante la

---

<sup>32</sup> Archivo Greel, Carta a Hugh & Hanna, febrero 12, 1915.

<sup>33</sup> Friedrich Katz, *Pancho Villa*, vol. I. pp. 243-249.

Revolución era de 30 millones de pesos y que él mismo había sufrido pérdidas de 6 millones de pesos.<sup>34</sup>

En una carta escrita en París el 29 de abril de 1919, Limantour mandó una serie de preguntas muy concretas a Creel acerca de la situación en México: "Considerando en conjunto, las condiciones de seguridad personal y de la propiedad en el país, ¿puede decirse que van mejorando? La organización de los partidos políticos de que habla la Prensa, ¿es seria o sigue siendo puramente personalista? ¿Qué significación tiene la tendencia a la conciliación que aparenta el gobierno; es la de un sincero deseo de concordia, la del interés bien comprendido o de la necesidad ineludible?"<sup>35</sup>

Creel le contestó un mes más tarde: "Tal parece que el Señor Carranza desea la conciliación; pero no sucede lo mismo con los jefes militares. Éstos resueltamente se oponen y prefieren la división, la austeridad y el desorden".<sup>36</sup> Creel sólo veía partidos personalistas, ante todo en lo que se refiere a Álvaro Obregón.

En contraste con Creel, cuya visión no pasaba de México ni de los Estados Unidos, Limantour tenía una opinión más global que, en parte, se debía al hecho de que habiendo estado en Europa durante la Primera Guerra Mundial y habiéndola vivido en Francia, veía cambios muy profundos en todo el mundo: "Debemos convenir, querido amigo, que nuestro planeta está pasando por la crisis más brusca y formidable que registra la Historia. El eje de las ideas que han regido al mundo desde siglos está variando rápidamente de dirección y encaminándose por un rumbo desconcertante y pavoroso. Los cimientos de la sociedad encuéntranse ya minados, y sólo faltan cartuchos de dinamita que los hagan volar. En el orden espiritual, los principios de justicia proclamados por multitud de generaciones ya no son respetados, la libertad no existe, la concepción del bien anda completamente descarrilada; en el orden material, la propiedad se ha vuelto un mito, el trabajo es considerado como un mal necesario que debe limitarse lo más posible y la igualdad de fortunas, un rasero con el que se pretende ponerse a todos al nivel del más incapaz, del más vicioso y más miserable de los hombres. Si en las nuevas ideas

---

<sup>34</sup> Archivo Limantour, Creel a Limantour, junio 14, 1919.

<sup>35</sup> Archivo Limantour, Limantour a Creel, 29 de abril de 1919.

<sup>36</sup> Archivo Limantour, Creel a Limantour, 12 de julio de 1919.

existiese cierta coordinación que mereciese el nombre de sistema, escuela o teoría, no serían tan alarmantes; pero no tienen de común más que el espíritu de destrucción y la negación de todos los grandes ideales que han movido a la humanidad en todos los tiempos.

Lo singular para nosotros los mexicanos es que por orden de fechas nuestros revolucionarios pueden reclamar el honor de ser los precursores de este movimiento de ideas puesto en práctica. En esto como en muchas otras cosas han tenido una suerte increíble que les ha permitido dar el nombre de partido político a lo que sabemos muy bien que no ha sido más que una aventura o bandidismo. Se quiere legitimar como en Rusia y demás pasiones que siguen ese camino, la destrucción del antiguo orden de cosas por la elevación del proletariado al Gobierno sin 'control' ni leyes de todos los pueblos. Lo que antes se habría calificado de crimen hoy es acción heroica y libertadora; los despojos, el destierro, las persecuciones y las arbitrariedades se consideran actos meritorios".<sup>37</sup>

Después de esta enumeración de la situación terrible en que se encontraba el mundo, Limantour llega a dos conclusiones sorprendentes. La primera es la comparación de la Revolución Mexicana con la Rusa: "Decir que tomados en conjunto, nuestros Bolshevikas no han resultado tan malos como sus sucesores en otros países". Más sorprendente aún es la admiración de Limantour por el Socialismo: "No nos queda otro camino que amoldarnos a las circunstancias en cuanto no pugne con nuestras ideas tradicionales sobre el honor y la justicia; y como no podemos aceptar la violencia en ninguna de sus formas, debemos esforzarnos en encarrilar las innovaciones por el camino de la evolución, único medio de prevenir las revoluciones. Con el vivísimo deseo que siempre he tenido de mejorar lo más posible la condición de las clases trabajadoras y menesterosas, no me parecen inconciliables muchas de las ideas que cacarean los Socialistas. El gran obstáculo por vencer consiste en el modo de realizarlas. El fraccionamiento de la propiedad rural, la limitación del derecho de testar, la nacionalización de ciertos intereses, los impuestos progresivos y otras muchas panaceas de moda, no me asustan en el fondo, y aún creo que puedan tener algo de

---

<sup>37</sup> Archivo Limantour, Carta de Limantour a Creel, julio 22 de 1919.

bueno, siempre que se busque la manera de aplicarlas con prudencia y equidad. ¿Será esto realizable sin sacudimientos?"<sup>38</sup>

## Conclusiones

La simpatía de Limantour por el Socialismo, sin embargo, debió haber sido muy breve pues en sus "Memorias" escritas más tarde, ya no lo vuelve a mencionar.

Limantour nunca regresó a México, aunque hubiera podido hacerlo pues todos sus bienes le habían sido devueltos y no se hablaba de ninguna represalia contra él.

Luís Terrazas murió antes de que terminara la fase armada de la Revolución, pero Enrique Creel y la familia Terrazas sí regresaron a Chihuahua. Volvieron a adquirir algunas de sus haciendas, estuvieron de nuevo muy activos en la economía de Chihuahua donde jugaron un papel muy importante aunque menor que antes de la Revolución.

Quiero volver ahora a las preguntas iniciales de este ensayo: ¿Por qué en contraste con lo que pasó en la Francia revolucionaria y en Rusia, logró la mayor parte de la antigua oligarquía no sólo sobrevivir físicamente sino también económicamente?

Una diferencia muy profunda entre la Francia y la Rusia revolucionarias, por una parte, y el México revolucionario, por la otra, fue que la localización de los eventos contribuyó mucho a la sobrevivencia de la oligarquía. En Francia y en Rusia, el centro de la revolución estuvo localizado en las grandes ciudades: París en Francia, San Petersburgo, Moscú y otras ciudades en Rusia, ciudades donde radicaba una gran parte de la oligarquía. Como resultado, esta gran parte de oligarquía quedó atrapada en las ciudades y no lograron escapar. En México, la Revolución tuvo lugar en el campo y la mayor parte de la oligarquía o vivía en las ciudades o se refugió en las ciudades y cuando se aproximaban los revolucionarios lograron escapar. Sin embargo esta diferencia no es suficiente como explicación.

---

<sup>38</sup> Archivo Limantour, Carta de Limantour a Creel, julio 22 de 1919.

Tanto en Francia como en Rusia, el periodo más sangriento de la Revolución, cuando hubo un terror sistemático en contra de la vieja oligarquía, ocurrió cuando ésta se sublevó en contra de la Revolución y tuvo enorme apoyo de grandes potencias extranjeras que intervinieron directamente en el conflicto. La gran época del "terror francés" coincidió con la invasión de las monarquías europeas para restaurar el poder absoluto del rey en Francia. En Rusia, los aliados Francia, Inglaterra y Estados Unidos, mandaron tropas a Rusia para sofocar la Revolución.

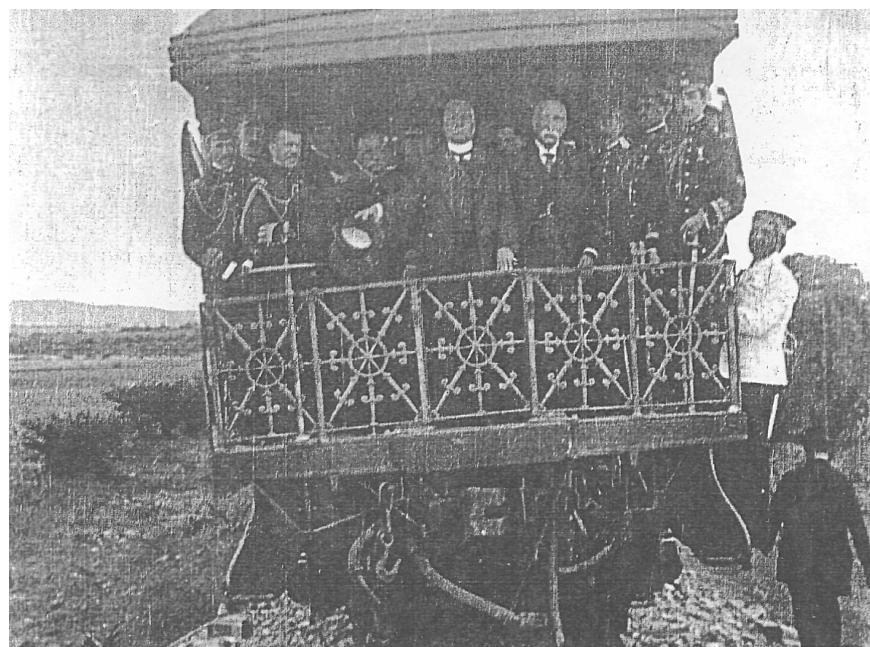
En México, también hubo una contra-revolución, apoyada en gran medida por la vieja oligarquía: el gobierno de Huerta. Sin embargo, en contraste con lo que pasó en Rusia o en Francia; en México, la única gran potencia que podía influir directamente en los asuntos eran los Estados Unidos, que inicialmente apoyaron el golpe de Huerta, pero que después cambiaron completamente de actitud y terminaron por aliarse con los revolucionarios.

Como resultado, las principales facciones revolucionarias, los villistas y los carrancistas, llegaron a depender más y más del suministro de armas y municiones de Estados Unidos. Como resultado tenían que tomar en cuenta tanto la opinión pública norteamericana como la actitud del gobierno norteamericano, que se hubiera opuesto muy fuertemente a una masacre de la oligarquía. En la Revolución Mexicana, en contraste con la Revolución Francesa, y la rusa, nunca se organizó un partido político, como los Jacobinos en Francia o el Partido Bolchevique en Rusia, que preconizara la eliminación total de la antigua clase dominante. Aunque Zapata, en una carta a Villa, había hablado de llevar a cabo un 93 (se refería al "terror francés" en 1793), de hecho cuando los zapatistas llegaron a la ciudad de México, casi no llevaron a cabo represalias. Los villistas eran más feroces, pero aún el llamado "terror villista" solamente abarcó a 300 personas y, en la mayoría de los casos, no eran fusilados sino secuestrados y si pagaban rescate, eran liberados.

Finalmente, después de la derrota de las facciones campesinas de Villa y Zapata, la facción triunfante de la Revolución quería una reconciliación con la vieja oligarquía. Esto no sólo se debió a la persona de Carranza, que era un hacendado relativamente conservador, sino también al hecho de que Carranza y muchos de sus

seguidores estaban convencidos de que sólo con el regreso de la vieja clase alta podía recuperarse la economía de México. Así devolvieron la mayoría de sus propiedades que villistas y zapatistas habían confiscado a sus antiguos dueños.

La sobrevivencia económica de la vieja oligarquía también se puede atribuir, en parte, al hecho de que muchas de sus inversiones tuvieron lugar en el extranjero o en compañías extranjeras que invertían en México y que los revolucionarios, por miedo a represalias norteamericanas, no tocaron.



Despedida del general Porfirio Díaz rumbo al exilio, 1911, fotograma tomado de una película filmada por los hermanos Alva durante el periodo revolucionario. Colección Edmundo Gabilondo, Filmoteca UNAM.

#### Referencia bibliográfica:

KATZ, Friedrich. "Los científicos y la Revolución Mexicana". *Méjico en tres momentos: 1810-1910-210*. Instituto de Investigaciones Históricas. Comisión Universitaria para los Festejos del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana. *Dos Siglos de Historia (1810-2010)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México. 2007, pp. 303-316.



## **DIPLOMADO EN ESTUDIOS MEXICANOS**

### **Módulo III**

#### **Nación e Identidad**

---

##### **5. 2      Arte**

LECTURAS OBLIGATORIAS: EGUIARTE, Ma Estela. “1877-1910”. Uribe, Eloisa., coord. Y todo... por una nación. Historia social de la producción plástica de la ciudad de México, 1861-1910 . México: INAH, SEP, 1987; pp. 185-204.



## **“1877-1910”**

El presente trabajo tiene como objetivo plantear los primeros lineamientos y problemática de la producción plástica en el periodo comprendido por los años del régimen porfirista, 1877 a 1910. Esta aproximación a la plástica pretende el análisis de la vinculación del fenómeno artístico y de su forma de producción con las relaciones sociales que se desprenden de situaciones políticas, ideológicas y económicas fundamentales durante el régimen.

Las mediaciones entre el campo artístico-ideológico y las condiciones sociales se encuentran matizadas a niveles distintos, para cada ramo de la producción artística, de acuerdo con el grado de relación que exista entre el campo estructural y superestructural en que se desarrollan. (1)

Es importante considerar que si no se profundizan o depuran las mediaciones existentes entre los niveles estructurales y superestructurales de la sociedad, existe el riesgo de caer en una interpretación esquemática simplista.

Por otra parte, este periodo no constituye un bloque histórico unitario. Los intereses de los individuos y grupos en el poder varían y se vuelven complejos conforme avanza el régimen. Son estos intereses los que marcan los niveles de influencia de las relaciones sociales en la superestructura ideológica de la producción plástica. Por esta razón, la producción de las artes durante esa etapa nos remite a considerar que existen grupos diversos que apoyan opciones culturales distintas aun dentro del mismo bloque en el poder. La controversia cultural se acentúa a finales del siglo XIX, -no sólo entre grupos del gobierno y la sociedad civil, sino entre sectores opuestos dentro de la misma sociedad política del régimen porfirista. Es esta complejidad la que regula en gran medida las relaciones sociales que definen la producción plástica del momento y es dentro de esta complejidad donde se encuentran insertas las variables que explican su desarrollo. .

Las variables que se proponen para explicar la producción plástica durante el régimen de Díaz no pretenden agotarla, sino ser un eje de referencia sobre el cual

adquiera sentido un intento de interpretación de la misma. De acuerdo con el nivel de relación entre la estructura social, y el campo de producción plástica, estas variables inciden de manera distinta en cada ramo de la plástica. Por otra parte, el carácter de planteamiento de problemas y lineamientos para su interpretación de esta investigación se encuentra limitado por la información y tipo de fuentes que hasta el momento ha sido posible obtener. Estas se concentran básicamente en las dos últimas décadas del siglo XIX y primeros años del XX. Queda por investigar la información fuera de los canales oficiales de la cultura del momento. La amplitud del periodo y la complejidad de las relaciones sociales que se dieron en él de limitan los alcances de este trabajo a una primera aproximación a la plástica porfiriana con su vinculación social.

La consolidación de un Estado fuerte, centralizado en manos del ejecutivo, la conciliación de los intereses derivados de relaciones de grupos del bloque dominante, la necesidad de un rescate histórico en apoyo a la ideología del régimen y de los grupos sociales hegemónicos, los esfuerzos por la unificación y centralización de un sistema nacional de educación son variables que intervienen en diferentes niveles y, de acuerdo con el proceso histórico de cada momento del periodo en estudio, en el desenvolvimiento de la producción plástica.

Con relación al desarrollo urbano y arquitectónico, estas variables explican las prioridades que se manejaron en cuanto a los tipos de construcción y funcionamiento de los mismos. La ciudad se reforzó como centro principal de atención para los proyectos de urbanización y construcción. Hacia 1889, los puntos prioritarios de comunicación en la ciudad considerados por la prensa fueron las estaciones de ferrocarriles, la aduana, el rastro y el centro manufacturero de la Ciudadela. De esta manera, la industria, el comercio interno y externo el abastecimiento de alimento y materias primas, así como su manufactura, regularon en gran parte las ampliaciones y transformaciones de la ciudad (2) Es sin embargo necesario profundizar el sentido de dicha transformación. Dentro de ésta las nuevas colonias de empresarios acaudalados, el trazo de jardines y grandes calzadas rodeadas de

monumentos contribuyeron a formar la imagen que de la ciudad del siglo XIX se tiene actualmente.

El centralismo y consolidación de una burguesía industrial, así como la necesidad del régimen de enfatizar la imagen de, la prosperidad que la capital adquiría (imagen en gran parte necesaria para dar apoyo a la inversión extranjera), trajo aparejado el crecimiento de la ciudad y la necesidad de atender con mayor urgencia que antes las condiciones de salubridad, comodidad y belleza de la misma. Dentro de este desarrollo se conjugan intereses tanto de carácter público como privado.

En 1894, "la inversión de los excedentes tuvo como aspecto prioritario las obras públicas (14 millones 358 mil pesos), su remozamiento (771 mil), obras portuarias (25 millones), beneficencia social (21 millones 279 mil pesos) y educación (8 millones)".(3) De esta manera las obras públicas y su remozamiento, así como la beneficencia social atañían directamente al desarrollo urbano y constituyán el más alto porcentaje de la inversión. Proliferaron las colonias(4) y con ellas los proyectos de infraestructura: entubación de agua potable, extensión del desagüe del Valle reparación, ampliación y embellecimiento de los paseos públicos.

El interés por el saneamiento y la asistencia pública de la ciudad se encaminó también a la construcción de hospitales, patrocinados tanto por particulares, como es el caso de San Juan Bautista (donativos de funcionarios, empleados y particulares), como por el gobierno, cuyo ejemplo sería el Hospital General inaugurado en 1905. Atendiendo a fines semejantes se crearon asilos como el de mendigos en 1879 y el Buen Retiro en 1906, baños públicos (en la Lagunilla en 1897) y el manicomio de la ciudad de México en 1910. Los panteones que quedaban dentro del área urbana fueron extinguidos (el de Santa Paiula y San Pablo), abriéndose el de Guadalupe y Dolores. Se crea además, el panteón de la colonia española, el Panteón Español, entre 1891-1892. (5)

El desarrollo de una burguesía , empresarial vinculada al capital extranjero propició en gran medida la, proliferación de residencias particulares (sobre todo a partir de 1890) donde se establecieron las familias que formaban parte de este grupo social, en las nuevas colonias de Reforma, Americana y Condesa, a fines del

siglo XIX, y la Roma, Juárez y Cuauhtémoc, a principios del siglo XX. De la misma manera el capital extranjero intervino en la venta, lotificación y urbanización de colonias como la Roma, financiada por la firma Karl P. Cook, y la Cuauhtémoc, por la compañía de Kansas City. (6)

El desarrollo de la infraestructura urbana, de la ciudad se engalanó con el trazo de nuevos jardines, kioscos, fuentes y monumentos que animaron, en las nuevas colonias, los paseos de las "familias bien" de la época. Se proporcionó a la ciudad, con todas estas reformas, el boato necesario para dar la imagen de prosperidad que en un nivel ideológico convenía al desarrollo económico de los grupos dominantes en la capital. El, bosque de Chapultepec fue objeto de remo delaciones y levantamientos de fuentes y monumentos también, en tanto su condición de residencia oficial.

El trazo urbano y el tipo de construcción -en su carácter de copia de las ciudades y construcciones europeas- tenían como objetivo lograr una homogeneidad y armonía que hablara de una ciudad tan bella y próspera como las grandes metrópolis que se intentaba imitar. De ahí que el gobierno se interesara en los proyectos de arquitectos extranjeros así como ,de que arquitectos de la Academia fueran a Europa constantemente, para realizar estudios sobre el tipo de construcciones, desarrollo urbano, métodos y teorías de la arquitectura "moderna", pues se pensaba que si la ciudad adquiría la misma imagen urbana y arquitectónica que implicaba el desarrollo económico de las ciudades europeas, propiciaría seguridad ala inversión extranjera necesaria para el desarrollo del comercio. La confianza en un país próspero en donde la paz y el orden aseguraban los capitales invertidos, fue respaldada visualmente por el desarrollo urbano y arquitectónico de la ciudad.

La reconstrucción y remodelación de casas y edificios públicos propició la destrucción del carácter colonial de las construcciones "se raspaban los adornos de las claves y los anagramas religiosos; se cortaban las prolongaciones de las jambas, detalle tan propio de la ciudad de México; se quitaban las gárgolas; se encalaban los muros tapando el tezontle; se derrumbaban los pretils y los copetes y se vendía el hierro forjado de los barandal es por la ración correspondiente de hierro colado",

(7), Todo esto con la idea de darle un aspecto de modernidad a la ciudad, lacra que sufrirán un siglo después las mismas construcciones porfirianas.

El auge económico alcanzado entre 1896 y 1906, así como el fortalecimiento del poder político del Estado con el consecuente desarrollo administrativo, propició el incremento en la remodelación y ampliación de edificios gubernamentales como las realizadas en el Palacio Nacional, en el Castillo de Chapultepec, el Palacio del Ayuntamiento (1907) y en la Escuela Nacional Preparatoria. Asimismo, la construcción de nuevas y suntuosas oficinas para Secretarías de Estado fue resultado de las necesidades administrativas del Estado que se consolidaba en el poder. Ejemplos de esto fueron el edificio de Dirección de Calzada (1880) frente al monumento a Colón, el Palacio de Comunicación y Obras Públicas (1902), el edificio de Administración de Correos (1902), la Secretaría de Relaciones Exteriores, el edificio para Inspección de Policía (1906-1908), la Cámara de Diputados (1910), los proyectos para el Palacio Legislativo del arquitecto Emilio Dondé (1808-1902), que no se llegó a realizar, y el del arquitecto Emile Bernard (1903-1904), que quedó interrumpido al inicio de la Revolución de 1910.

La unificación, centralización y control del ejecutivo en materia educativa significó una medida necesaria para la consolidación del Estado por medio del consenso ideológico. Ejemplo de esto fueron el uso de facultades extraordinarias que se otorgó al ejecutivo para legislar en materia de enseñanza (1901-1903, incluyendo lo relativo a la Escuela de Artes y Oficios); los congresos de instrucción (1889a 1891), cuyo interés en el control y centralización de la Instrucción en todas sus ramas culminó con la elaboración de la Ley Reglamentaria de Instrucción Obligatoria de 1892, que a su vez hizo posible la creación de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes en 1905, como un organismo que dirigiera desde la capital la educación del país mediante el control de sociedades científicas, museos, instituciones educativas y la formación de maestros. El objetivo de los congresos consistió en lograr la "uniformidad de la instrucción primaria, obligatoria, gratuita y laica"(8) para alcanzar una verdadera unidad nacional, quedando la Secretaría encargada de llevarla a efecto. La Escuela de Bellas Artes recibió en ese momento el apoyo de

Justo Sierra por mediación de la Secretaría, alcanzando la posición que constituía desde años atrás la polémica cultural dentro del régimen porfirista y que se señalará más adelante.

La importancia de la educación y la instrucción, tanto elemental y profesional como técnica e industrial (más que artesanal), repercutió en la arquitectura, en cuanto la necesidad de reconstruir, adaptar y mejorar edificios que cumplían con este fin; "la conservación de los edificios directa o indirectamente destinados a la instrucción pública, aun aquellos que acaso sufrieran cambios radicales, como la Biblioteca Nacional, las escuelas normales y superiores, las especiales de Agricultura y de Bellas Artes, etc., es objeto de especialísimo cuidado de parte del gobierno como quedará puntualizado en las memorias respectivas. No sólo se amplían y transforman los edificios realizando trabajos importantes de adaptación a necesidades que crecen y todos deseamos sigan creciendo, sino que los planteles se organicen con útiles de trabajo intelectual y artístico, en cuanto hasta hoy es posible. Así la Biblioteca Nacional ha aumentado su existencia de libros; el Conservatorio recibirá pronto una regular cantidad de instrumentos musicales y el Museo un valioso monetario; y la Academia de Bellas Artes ha adquirido obras notables de artistas mexicanos".(9)

Las obras en el exconvento de San Lorenzo (1880), establecimiento de la Escuela Nacional de Artes y Oficios, tendían a resolver los problemas de hundimiento del plantel y de instalaciones adecuadas para la preparación técnica que requería el proceso industrial; "no está lejana la época en que se pueda contar con un plantel que provisto con los elementos de la industria moderna, de los frutos ,en bien de la enseñanza, para recogerlos más tarde de manos de obreros instruidos y honorables que desarrollen una de las fuentes más importantes de la riqueza de un pueblo, la industria nacional".(10) En el informe de gobierno de 1904 se hace énfasis en las adaptaciones que se han hecho a los edificios de acuerdo con " las exigencias de los métodos y a la necesidad de volver a cada momento más práctica la enseñanza".(11) La construcción de nuevas escuelas de instrucción primaria, secundaria y normal, se incrementó hacia finales del siglo XIX y principios del XX. De ,la misma manera, el

Interés por casas de estudio superiores e instituciones científicas que respaldaran el adelanto del país en este sentido, se concretó en el Instituto Geológico (1900-1906), en el proyecto para la Escuela de Medicina y el proyecto para el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología (1910).\*

La política de conciliación, de intereses de los diferentes grupos del bloque dominante, y la necesidad de cohesión social permitieron una tolerancia a la libertad de práctica religiosa en la enseñanza y el culto; "si quisiéramos imprimir el carácter sectario a la instrucción obligatoria veríamos levantarse delante de nosotros el sentimiento religioso, católico o protestante, es decir, a la mayoría de la nación que opondría a nuestras miras un muro inexpugnable".(12) Justo Sierra consideraba que si bien el Estado tenía el deber de establecer la educación laica en las escuelas oficiales y exigir la básica en las particulares, no podía abolir la instrucción religiosa en, estas últimas.

Esa posición posibilitó quede manera amplia y segura se continuara durante todo el periodo con la construcción de edificios religiosos en las nuevas zonas urbanas y la remodelación y restauración de los ya existentes; así, se hicieron reparaciones al templo de Santo Domingo (1877), trabajos en la Catedral (1882-1884), construcción de la capilla del panteón Español (1880) y del Francés (1891-1892), construcción de la iglesia de San Felipe de Jesús

(1886-1897), de la iglesia de Martínez de la Torre (1887-1902), de la iglesia de la Sagrada Familia de los Josefinos (1901-1906), templo Metodista Episcopal (1900), Templo de la Colonia Teja (1901), iglesia de la Sagrada Familia (1910-1912).

El bloque dominante constituido básicamente por un grupo de hacendados tradicionales, grupo ligado a intereses extranjeros o regionales bajo el predominio de un grupo urbano (representado en el poder por "Los científicos"), ligado a actividades como la banca, el comercio interno y la industria,(13) marcó en el desarrollo económico y cultural una contradicción con respecto a grupos de trabajadores y campesinos marginados de la situación de progreso que el régimen planteaba. La necesidad de consenso e incorporación de estos grupos fue clara en la política educativa. Por otra parte, "si bien la religión católica serviría para educar y

así mantener sujeto al trabajador del campo, en su mayoría de origen indígena, era necesario que a nivel ideológico se le rescatara como representante de un pasado histórico, lejano del conflicto real... El rescate de una tradición prehispánica respondió a esta incorporación ideológica de la realidad indígena"(14)

El interés por el mundo indígena se dejó sentir en todos los campos de la cultura. Desde el rescate arqueológico, su reglamentación y conservación por parte del gobierno, hasta la producción de monumentos, edificios y pinturas con temas indígenas e imitación de los estilos de las culturas prehispánicas. En arquitectura, los proyectos y pabellones de México para algunas exposiciones internacionales, como es el caso del pabellón en la exposición de París de 1889, respondían a esta necesidad. Seguían ,la misma línea algunos de los arcos del triunfo de carácter temporal mandados hacer para las fiestas patrias y en honor del presidente Díaz. Ejemplo de esto fue el arco del estado de Yucatán, construido en 1889 en la avenida Juárez, en la desembocadura de "las calles de Humboldt" con motivos prehispánicos, y el de Oaxaca "imitando los palacios de Mitla", dirigido por Alfredo Chavero, quien lo dedicó a Díaz durante las fiestas de septiembre de 1899.

La injerencia paulatina que tuvo el Estado en el control de la cultura conforme avanzaba el régimen repercutió en la enseñanza arquitectónica dentro de la Escuela de Bellas Arte. La importancia de este establecimiento, en la producción, distribución y consumo de la plástica se consolidó, debido al incremento del control estatal por conducto de las secretarías de Fomento y de Justicia e Instrucción Pública. Al mismo tiempo, se dio una situación de contradicción debida al enfrentamiento de intereses culturales e ideológicos de los distintos grupos que se relacionaban de alguna manera con la Academia.

El debate entre una opción cultural académica tradicional y una tendencia modernista y sus respectivas formas de producción plástica, incidió en el replanteamiento de la eficacia de dicha institución ante la demanda de un proceso artístico distinto, fenómeno que no sólo afectó al ramo de la arquitectura sino a las demás artes plásticas, como se verá más adelante. Las posibilidades técnicas formales e iconográficas iban resultando insuficientes, con el surgimiento de nuevos intereses,

para responder a una forma de producción, distribución y consumo del arte distinta a la de la Academia. La enseñanza arquitectónica se desarrolló entre dos tendencias, una apoyada en los avances tecnológicos constructivos logrados por la ingeniería y ligada a un desarrollo urbano, y otra en donde la importancia del ornamento y las formas arquitectónicas seguían siendo prioritarias.

Por una parte la reglamentación de las clases de arquitectura en la Academia, desde 1877, realizada mediante decretos presidenciales, tenía por objeto darle a los cursos un carácter más técnico ligado a los estudios propios de la escuela de ingenieros; el gobierno tenía un interés en encontrar, por medio de la Secretaría de Instrucción pública, la „solución de los problemas urbanos, para lo cual, creía, se debían estudiar los métodos de construcción, urbanización y enseñanza de las principales ciudades europeas; debido a las razones ideológicas ya analizadas; los concursos de "arquitectura legal" que organizó la escuela se refirieron en gran parte a solución de "problemas urbanos concretos",<sup>(15)</sup> como eran los relativos a las estaciones de ferrocarriles, construcción de establecimientos de carácter popular (como el caso de la "Biblioteca Popular" de Tacubaya), así como de casas particulares en donde se pretendía resolver problemas de carácter técnico y funcional. Pero, por otra parte, seguía siendo importante la adquisición de modelos arquitectónicos copiando los estilos clásicos; con el fin de enriquecer el Museo de Arquitectura de la escuela, se propuso en 1904 mandar traer de París un modelo de tamaño natural del Partenón.<sup>(16)</sup> La mayor parte de los cursos se encaminó al estudio de los "estilos del pasado" (grecorromano y renacentista principalmente) y a su asimilación en la construcción arquitectónica académica.

Esas tendencias dentro de la Academia de Bellas Artes se conjugaron en algunas construcciones en donde se emplearon procedimientos y materiales modernos en su estructura con elementos clásicos en el exterior. Representaban los intereses ligados a un desarrollo técnico e industrial y otros que preservaban la importancia de la arquitectura ornamental y que se manifestaron en la enseñanza de la Academia. Reflejaba caminos distintos para conformar una ciudad equiparable, en su desarrollo arquitectónico y urbano, con las más importantes metrópolis del mundo occidental.,

Con la promoción de los adelantos técnicos y funcionales en la construcción y la solución de servicios públicos al mismo tiempo que una arquitectura ornamental, la ciudad de México adquirió durante ese periodo la imagen urbana que representaba el "progreso del país".

En cuanto a la producción escultórica, ésta también se encontró inserta tanto en el interés que el Estado tenía por la proliferación de obras de carácter público, como en el que presentaban grupos particulares en el patrocinio y producción de la escultura pública y privada. En el primer caso, el interés respondía a necesidades ideológicas específicas, como eran el rescate de la historia liberal, del pasado prehispánico y la imagen del país "culto" y "avanzado", que reforzaron el régimen en el poder; en el segundo caso, a las necesidades ideológicas de individuos "pertenecientes a grupos dominantes" (comerciantes, industriales, propietarios), para reafirmar una situación de prestigio social avalada por el apoyo de su desarrollo económico. De ahí que estos últimos propiciaran el desarrollo no sólo de escultura de carácter privado para su uso en residencias y jardines, sino de obras de carácter público apoyando las necesidades plástico-ideológicas que el régimen planteaba.

El gobierno intervino en la producción escultórica por dos canales Principales, en la organización y regulación de monumentos públicos, por parte de comisiones centrales formadas por individuos con cargos públicos importantes, militares.- retirados o empresarios acaudalados, de las cuales Díaz era presidente;(17) y mediante la injerencia dentro de la Academia de Bellas Artes, en cuanto a organización, autorización de presupuestos, lineamientos temáticos e ideológicos que debían seguir la enseñanza y los proyectos escultóricos, y en el patrocinio y adquisición de obras.

En el primer caso, existía un intento de hacer coincidir los intereses centralistas del Estado con los intereses regionales. Para lograrlo se hizo participar a los estados de la república en el patrocinio y producción de obras materiales que representaran sus intereses ideológicos. Ese fue el caso del proyecto escultórico puesto en práctica, sobre todo a partir de la última década del siglo XIX, en el Paseo de la Reforma y que pretendía embellecer el paseo principal de acuerdo con el trazo de las ciudades

europeas y dejar representada la historia en esculturas de personajes liberales. Cada estado quedaba representado por "dos hijos suyos" declarados "beneméritos" por sus distinción en las armas, las letras o la política, por decreto de las respectivas legislaturas. Los intereses de los grupos regionales se concretaron de esta manera en un proyecto que enfatizaba la importancia de la capital del país. Es decir, los estados subvencionaron y participaron en un proyecto que ponía de manifiesto los intereses del centralismo, apoyado por un grupo urbano dominante interesado en enaltecer a intelectuales, políticos y militares, ligados a una tendencia liberal. Como ejemplo se encuentran las esculturas del general Esteban Coronado (liberal que participó en la guerra de 1847) que patrocinó el estado de Chihuahua, la de López Cotilla (liberal que impulsó la educación como síndico del Ayuntamiento y regidor en 1828-1834), por el estado de Jalisco, la del Lic. Ponciano Arriaga (abogado y militar que apoyó la educación popular gratuita), por el de San Luis Potosí, y la de Antonio Rosales (militar, poeta liberal) por el de Sinaloa.

La escultura realizada en los estados fue controlada también por el gobierno federal, tanto en su patrocinio como en su organización por medio de una Comisión Central. (18)

El interés de particulares y grupos políticos por fortalecer los aspectos ideológicos que sustentaban hizo participar a éstos junto con el gobierno en el patrocinio de la escultura. En 1887, el grupo de la Convención Radical de la República, del partido liberal (cuyo presidente era el coronel Enrique Knight, su secretario, José Ma. González, y que contaba entre sus miembros más importantes con el general Sóstenes Rocha y con el general Villada), organizó la suscripción para el monumento a Juárez. Esta suscripción se llevó a cabo en dos formas, "una de carácter nacional recaudada por la Convención Radical Obrera, y otra que podemos llamar privada". (19) En esta última participaron los generales Rocha, y Villada.

En 1906, el gobierno tomó a su cargo la erección de este monumento conforme al plan general que para "monumentos conmemorativos de la Independencia, la lucha contra la intervención francesa y el Imperio, en la Calzada de la Reforma" (20) se llevaba a cabo. La Comisión Nacional del Monumento a Juárez,

formada por José Landero y Cos, el ingeniero Gabriel Mancera, el licenciado Carlos Rivas, el arquitecto Carlos Berrera y el ingeniero León de la Barra, organizó los eventos necesarios para formar las comisiones calificadoras del concurso de proyectos de este monumento, en la Academia de Bellas Artes. El gobierno, de esta manera, continuaba con el proyecto que apoyara años anteriores dicha asociación política.

En la Academia, la injerencia del gobierno en los asuntos internos aumentó conforme, avanzaba el periodo, por mediación de las secretarías de Fomento y de Instrucción Pública. En el ramo de la escultura, este control puede entenderse en tres sentidos, en el control administrativo y económico, en los lineamientos formales e iconográficos de la enseñanza, y en la regulación del mercado y apropiación de la producción escultórica. Esta intervención no fue homogénea ya que existió un sector del gobierno interesado en conservar los lineamientos tradicionales en los aspectos arriba señalados, al mismo tiempo que se fue dando una posición modernista respaldada por la política cultural que sustentaba Justo Sierra.

En cuanto al control administrativo, esas secretarías autorizaron los presupuestos para pensionados de las clases de escultura, adquisiciones de modelos traídos del extranjero y compras de obras para la escuela. En relación con la enseñanza, existió un apoyo a la tendencia que dentro de la institución basaba los estudios en la copia de modelos clásicos preferentemente, lo cual implica que la mayor parte de la producción escultórica en la Academia, continuaba en los primeros 20 años del porfiriato ligada a un tradicionalismo académico(21) Sin embargo existió un paulatino reconocimiento a las esculturas cuya temática y forma plástica se vinculaban más al modernismo europeo que el clasicismo tradicional académico. Los escultores pensionados por la Secretaría de Instrucción Pública hacia 1906, Fidencio Nava, Enrique Guerra y Arnulfo Domínguez, la promoción de su obra en exposiciones fuera y dentro del país, así como la adquisición de las obras de Jesús Contreras y Agustín Acampo por dicha Secretaría marcan la influencia del sector progresista encabezado por Justo Sierra, y enfatizan la disparidad de tendencias en

que se desenvolvía la producción escultórica, según fueran los intereses culturales del grupo que apoyaba su desarrollo.

La intervención estatal en el patrocinio y el interés por la apropiación de las obras se manifestaron en las convocatorias de concursos que el gobierno propuso a la Academia para la erección de monumentos, así como en la adquisición de obras para la escuela con presupuesto de la Secretaría de Fomento y autorización de la de Instrucción Pública. La convocatoria del gobierno en 1886, dirigida a profesores y alumnos de la Academia para el monumento a Hidalgo en el Paseo de la Reforma, expresaba la importancia que el régimen dio a la dirección de las obras; "deseando el presidente de la República que se lleve a debido efecto el establecimiento en el Paseo de la Reforma de monumentos conmemorativos que sean testimonio digno de la gratitud del pueblo mexicano para sus libertadores, ha dispuesto que en la glorieta situada al oeste de la que ocupará próximamente la estatua heroica de Cuauhtémoc, se erija un monumento votivo al inmortal Hidalgo y los demás caudillos que se distinguieron en la guerra de insurrección y conquista de la Independencia de nuestra patria, por sus virtudes cívicas, valor y acendrado patriotismo".(22) Entre las bases de la convocatoria resaltaban, para nuestro interés, el hecho de que la Secretaría de Fomento nombrara a los miembros del jurado, los cuales debían ser peritos ajenos al concurso, y la preferencia que se daba a la parte artística, teniendo que informar la decisión final a la Secretaría; el ganador tenía por premio la dirección de la obra y los honorarios correspondientes, pasando el proyecto a ser de la "exclusiva propiedad del gobierno".(23) Es decir, con estas convocatorias queda claro que el Estado regulaba la construcción de monumentos y se consideraba depositario de la cultura.

La idea de conmemorar a héroes insurgentes, aunada al problema que presentó la conservación de los restos de los mismos en la capilla de San José, en la Catedral, dio como resultado final la erección de la Columna de la Independencia, inaugurada junto con el monumento a la corregidora Josefa Ortiz de Domínguez (en la plaza de Santo Domingo), durante las fiestas del Centenario en 1910. Esto: nos remite nuevamente a una pretendida identificación de un régimen totalitario centralista,

dependiente económica y culturalmente de países más desarrollados, con momentos históricos y políticos que intentaron una liberación de ataduras coloniales. Junto con los héroes liberales y reformistas, la figura de Porfirio Díaz como militar y símbolo de paz y progreso se presentó no sólo en los arcos triunfales que se construían para las festividades, sino en esculturas hechas en la Academia, como la de Gabriel Guerra, en 1891, y en proyectos para monumentos, como el organizado por el Gran Círculo de Amigos del general Porfirio Díaz (1890), cuyo objetivo era rendir el tributo de "la patria agradecida al caudillo de la paz. (24)

El rescate histórico, importante para el consenso ideológico en la educación visual, lo encontramos también en relación con el mundo prehispánico. El monumento a Cuauhtémoc, de Francisco M. Jiménez y Miguel Noreña (1887), dos estatuas que representan "tipos aztecas" (25) (posteriormente llamados Indios Verdes, los cuales fueron realizados para la Exposición Internacional de París de 1890 por el escultor Casarín y colocados en un principio en el Paseo de la Reforma); las esculturas de "tipos indígenas", que Noreña dirigió en 1892 en la Academia para enviar a la Exposición Colombina en Madrid, eran un intento de superar, a partir de una ideología en imágenes, la contradicción que la realidad histórica del porfiriato no resolvía con respecto a la población indígena del país. La respuesta a esta necesidad no sólo consistió en levantar monumentos a la raza indígena o utilizar elementos de su producción plástica (recuérdense los pabellones, arcos triunfales y proyectos de monumentos como el de Juárez en 1891" con elementos zapotecas, para la plaza de San Fernando en sustitución del de Vicente Guerrero); la importancia dada al rescate de piezas prehispánicas y su envío a las exposiciones internacionales significaban la afirmación ante el mundo civilizado de la "asimilación" del pasado prehispánico al progreso democrático y liberal, que el régimen planteaba. "El elemento campesino era básicamente de origen indígena y, si bien constituía el porcentaje mayor de la población y de la fuerza de trabajo, carecía de representatividad política y era constantemente reprimido y sojuzgado. Fue necesario incorporarlo de manera inofensiva a la nación en desarrollo, por lo que a nivel ideológico se le rescató en las figuras del pasado prehispánico;"así .el indio

muerto pasó a la categoría de símbolo y al vivo se le mantuvo en el anonimato sin posibilidad de expresión política". (26)

El interés del gobierno por 'la adquisición de obras presentó una modalidad distinta a las anteriores, en la última década del porfiriato. Tanto la escultura pública que respondía a un rescate de la historia liberal como la que se encontraba ligada a un pasado prehispánico se insertaron en su concepción plástica en un tradicionalismo académico. Sin embargo, en 1902, la Secretaría de Instrucción Pública hizo dos importantes compras para la Academia, *Desespoir*, de Agustín Ocampo (1900), y *Malgre' Tout*, de Jesús Contreras (1897-1902). (27) Estas esculturas representan una tendencia moderna diferente a la producción promovida generalmente por la Academia: Es importante esta variable en tanto permite detectar nuevamente que existió un sector que apoyó una tendencia formal e iconográfica tradicional y otro que se interesó por el desarrollo de una escultura ligada a nuevas técnicas y formas plásticas. Esta línea modernista tanto en escultura como en pintura adquirió mayor importancia a principios del siglo XX, respaldada por la posición que Justo Sierra representó culturalmente dentro del régimen.

La escultura en el porfiriato no sólo se explica por el control de los diferentes grupos que constituyen el bloque en el poder sobre esta forma plástica de producción y la necesidad de rescate de la historia. Los grupos e individuos que formaron parte de la sociedad civil intervinieron en ella también de manera directa. Ejemplo de esto son las esculturas para fuentes y jardines de residencias particulares encargadas por empresarios y militares las cuales de carácter público como son las de Hidalgo y Juárez mandadas hacer a Roma por el señor César Orsini, las esculturas y monumentos que las colonias de extranjeros patrocinaron en México como la escultura de Pasteur por representantes de la colonia francesa y el monumento franco-mexicano inaugurado en 1901, el proyecto para la escultura de Gabino Barreda que propuso la Sociedad de Antiguos Preparatorianos en 1896, (28) el proyecto de modelos de caballos alados para sustituir esculturas aztecas a la entrada del Paseo de la Reforma (29) que el general Francisco Z. Mena, Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, mandó hacer a la Fundación Artística, el

proyecto de monumento a Héroes Olvidados en la plazuela de Santiago Tlatelolco, costeado por suscripción militar voluntaria entre jefes y oficiales de la guarnición, (30) la convocatoria del proyecto "para la construcción del gran monumento en honor del general Porfirio Díaz", que en 1890 elaboró el Gran Círculo de Amigos del general Díaz.

Estos grupos e individuos se interesaron en la producción de monumentos y esculturas para ser vistas públicamente. Las esculturas que patrocinaron respondieron a las necesidades ideológicas que por su posición de clase coincidían en ocasiones con las de algún sector del gobierno. Tal es el caso de las esculturas de Hidalgo y Juárez que, costeadas por un particular, formaban parte de la iconografía que el gobierno utilizó. El monumento que con letras de oro llevaría impreso "La patria agradecida al Caudillo de la Paz" en apoyo absoluto al régimen de Díaz, promovido por el grupo que formaba el Círculo de Amigos del general, convocaba a que participaran en el patrocinio "todos los mexicanos patriotas y agradecidos...sin distinción de ideas religiosas ni políticas". (31)

La intervención tanto del sector público como del privado en la producción escultórica definió su desarrollo al responder a la necesidad de establecer lenguajes plásticos que apoyaran, por un lado, los intereses culturales de los distintos sectores del régimen y, por otro, los intereses de los particulares dentro de éste. De ahí que la apropiación de la cultura, en nuestro caso concreto las artes plásticas, regulara los canales de la producción y difusión de las mismas.

La forma de producción pictórica en los primeros veinte años del porfiriato estuvo regulada dentro de la Academia técnica, formal, y temáticamente, de acuerdo con valores clásicos y académicos en manos de profesores como Pina, Rebull y Parra.

Los cambios más significativos se empezaron a dar hacia finales del siglo XIX y principios del XX. Un paulatino descontento con la forma de enseñanza académica encontró canales de expresión en proyectos de cambio de planes de estudio y en la injerencia progresista del gobierno por conducto de Justo Sierra.

Con la llegada de éste al ministerio que manejaba los aspectos culturales del país, se tomaron medidas en la Academia; "la contratación y llegada de Antonio Fabrés

ala escuela, por octubre de 1902, la expedición de un nuevo plan de estudios y el cambio de Director, en enero de 1903, constituyen en conjunto las medidas tomadas en principio por la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, para dar cumplimiento a esa voluntad renovadora". (32)

El descontento que se veía dando en la Academia por parte de algunos estudiantes y maestros por la inoperancia de su organización y métodos de enseñanza" se manifestó en la protesta de Jesús Contreras en 1895 ante el presidente, en la que proporcionaba un programa de reestructuración que suprimía la mayoría de las clases en México y abría un establecimiento en París para pensionados, intentando con esto terminar con la tradición de la enseñanza pictórica de la escuela. "Contreras parece haberse constituido en una especie de abanderado del progreso en la enseñanza del arte en un núcleo irradiador de inquietudes y descontento".(33) Por esa razón, cuando se tuvo la intención de modernizar la enseñanza pictórica, Contreras fue comisionado por el gobierno para entrevistarse en París en 1900 con el maestro catalán Antonio Fabrés, para que éste viniera a impartir clases en la Academia.

Si bien la llegada de Fabrés a la escuela significó un intento de apertura a nuevas técnicas y formas de representación, los problemas que éste tuvo para ser aceptado por el director de la escuela, el Arq. Antonio Rivas Mercado, anticiparon su salida de la misma e impidieron que la influencia de su enseñanza alcanzara una mayor repercusión. Por otra parte las posibilidades de modernismo en Fabrés fueron superadas, como veremos, tanto por el grupo que se ligara a las revistas Moderna y Savia Moderna y al pintor Gerardo Murillo, como dentro de la misma Academia: "cuando se hizo consciente el problema de las enseñanzas de Fabrés y su posible influencia artística, definida como conservadora, no faltó quien argumentara con conocimiento y buenas razones. Había que orientar a los alumnos hacia un mayor interés por la realidad cambiante y viva, no estática como en una fotografía [método que proponía Fabrés] y "había que relegar los temas a segundo lugar, representaran o no un mundo conocido e idealizado".(34) La supuesta modernidad de Fabrés no sólo fue cuestionada dentro de la Academia; fuera de ésta la crítica al

maestro catalán se personificó en la figura del Dr. Orage, en constantes artículos periodísticos.

Después de su estancia en Europa y de haber participado en la Exposición Universal de París en, 1900, Gerardo Murillo regresó a México en 1903, "familiarizado, durante su estancia en Roma con las teorías políticas de avanzada: conocía el anarquismo, había colaborado en un diario socialista; .venía empapado, en fin, de ideas revolucionarias tanto en lo social como en lo artístico".(35)

A partir de la labor de Murillo, las exposiciones que se organizaron fuera de la escuela (en 1906 y 1908, por ejemplo) representaron los intereses de artistas que intentaron desligarse de los canales oficiales de producción y difusión de la plástica.

Durante el porfiriato, los artistas plásticos se constituyeron como grupo cohesionándose gracias a los intereses culturales que sustentaron. En ese periodo, "el artista plástico se manifestó ya como un sector de la sociedad con sus demandas propias".(36) La confrontación de opciones plásticas distintas -académicas y modernistas- dio como resultado que los grupos de artistas se definieran cada vez más claramente, ligándose los modernistas a literatos y poetas que optaron por caminos semejantes de renovación en la práctica artística, cada vez más alejados de la académica que seguía en mucho respetando las reglas tradicionales de creación como copia de modelos y repetición de temas, por ejemplo. La Revista Moderna (1898-1911) representó precisamente una forma de aglutinar a un grupo de intelectuales progresistas. Tanto literatos como artistas plásticos se reunieron gracias al financiamiento del poeta Jesús E. Valenzuela y del mecenazgo de Jesús Luján. Entre los pintores colaboradores de la revista se encontraron Julio Ruelas, Roberto Montenegro, Leandro Izaguirre, Alfredo Ramos Martínez, Germán Gedovius, Angel Zárraga, Jorge Enciso y Alberto Fuster. El predominio del subjetivismo y la libre expresión sobre la racionalización de la regla académica caracterizaron la obra de los artistas ligados a esta revista en donde "la modernidad en el arte, radicaba precisamente en esa libertad y diversidad de opciones expresivas". (37)

Algunos de estos artistas participaron en las exposiciones que organizó la Secretaría de Instrucción Pública fuera de los locales de la Academia, como las llevadas a cabo

en París en 1906 y 1907, se ligaron al pintor Gerardo Murillo, que regresó de Europa en 1903 y que trajo consigo ideas plásticas de vanguardia, y más adelante se reunieron en la revista *Savia Moderna* bajo la dirección de Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón, ayudados por Justo Sierra.

*Savia Moderna* fue resultado de las inquietudes de un grupo de intelectuales relacionados con la Revista *Moderna* que "aún ligado con la minoría de los redactores de aquélla quería tener feudo propio, para afirmar sus convicciones".(38) En la exposición que este grupo organizó en 1906, con base en proposiciones propias en torno a Murillo en lugar de; ser una actividad que organizara la Academia, participaron Germán Gedovius, Joaquín Clausell, Francisco de la Torre, Gonzalo Argüelles Bringas. Diego Rivera, Saturnino Herrán, Jorge Enciso, Antonio y Alberto Garduño, Sóstenes Ortega, Benjamín Coria y Armando García Núñez, entre otros; se dieron en ella propuestas formales y temáticas distintas, basadas preferentemente en el paisaje. La exposición se realizó fuera de la escuela, pero asistió el subsecretario de Instrucción Pública, Ezequiel Chávez, señalando la importancia de ser "la primera exposición independiente que se celebra en México", (39) y la cual contaba desde luego con la aceptación del gobierno.

Gómez Robelo en relación con la obra pictórica de la Exposición de *Savia Moderna* en 1906, se refirió al carácter innovador de los artistas, "al contemplar sus obras, nace la fruición de asistir a renovaciones de pintura: rotos los cercos académicos con plausible valor, revelan el heroico esfuerzo por definir la percepción de Belleza animada en sus ojos, apartando velos tradicionales, buscando la luz entre la penumbra de la cátedra inerte, y como ninfas en el capullo ansiado las olas y los bellos colores y el chupar la miel, la belleza y la vida de las flores encadenadas a la tierra" .(40) La visión de este crítico, redactor de la revista *Savia Moderna*, permite ver la situación de ruptura con las formas tradicionales que caracterizó a este grupo.

Las necesidades planteadas para la práctica artística y la difusión del arte iban paralelas a la importancia que la misma Secretaría dio a las exposiciones que, en 1906 y 1907, fueron organizadas por la delegación cultural de México en París, a cargo de Juana Cabrié de Fernández. Participaron pintores que pueden considerarse

de vanguardia por los temas y técnicas que utilizaban (entre ellos, Montenegro, Ramos Martínez, Rosas, J. Ruelas, J.Téllez), escultores (A. Domínguez, E. Guerra y F. Nava) y el grabador Manuel H. Hernández. Las exposiciones se llevaron acabo en uno de los salones destinados a estas exhibiciones, aunque no era de los más concurridos.

Lo anterior refuerza la idea de que., si bien existió un intento de modernización en la Academia impulsado por Justo Sierra, existieron grupos fuera de ésta más radicales que la cuestionaron y propusieron nuevas formas de organización en la producción y difusión de la plástica pictórica y que se apartaron del academicismo formal y de dicha institución como canal para difundir su obra.

En 1910, la Sociedad de Pintores y Escultores Mexicanos, siguiendo esta línea, organizó una exposición de artistas independientes como muestra de descontento por la exposición de pintura española que se estaba organizando para las fiestas del Centenario de la Independencia. Algunos de los participantes habían intervenido en la exposición de 1906; entre ellos estaban Saturnino Herrán, Jorge Enciso, Joaquín Clausell y Roberto Montenegro.

Fue nombrado comisionado nuevamente el pintor Gerardo Murillo, quien consiguió subvención del gobierno por conducto de Sierra. La prensa consideró ésta como "la primera ocasión que se reúnen los artistas mexicanos para hacer una obra de común acuerdo y una obra colectiva".(41) La presión de esta sociedad significó nuevamente un intento de organización que no partía de la directiva de la escuela sino de un grupo de artistas inconformes con su organización.. Se obtuvo una vez más apoyo no sólo económico del grupo que representó Justo Sierra en el poder, sino la posibilidad de trabajar para el gobierno en el Anfiteatro de la Preparatoria; "No es este un premio acordado por el Ministerio para alentar a los artistas mexicanos, aunque así lo pareciera; sino la declaración de que el gobierno contará de hoy en adelante para sus trabajos con los mexicanos que cultivan las artes pictóricas y escultóricas".(42) Se logró además la posibilidad de organizar .de distinta manera la premiación de las obras, ya que el jurado de la exposición de 1910 estuvo formado por los mismos artistas exponentes; además" los canales de producción Y

difusión no partieron de la institución, si bien se gestaron dentro ella y acogieron la exposición dentro de sus salones.

El nuevo proceso seguido por la producción pictórica fuera de la Academia respondió a los intereses de artistas ligados a corrientes culturales modernistas y supone un incipiente mercado de arte de carácter privado que iba adquiriendo importancia, en la medida que existió un grupo social interesado en concurrir a salones donde se realizaran exposiciones individuales, apoyadas económicamente por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, y que fueron posibles gracias a la vinculación de Justo Sierra con estas corrientes modernistas. Ejemplo de esto es la exposición que en 1908 se realizó en el estudio del pintor Murillo. De aquí partió la idea de establecer un salón permanente para exponer pintura, escultura y cerámica. Un año después se inauguró el Salón Ars, en Gante 1, con obras del paisajista Jorge Enciso. En este caso fue posible la exposición por el patrocinio de la Secretaría de Instrucción Pública, pero también "gracias a los esfuerzos del señor Galván" (43) quien representaba intereses particulares.

Es muy probable que debido también ir la relación cultural que se tuvo con Europa por mediación de los becarios y artistas que vinieron a formar parte del contexto pictórico de fin y principios de siglo en México (por ejemplo Murillo), se planteara la necesidad de establecer esta forma de difusión de la producción pictórica ajena a los canales oficiales, dándose importancia a los salones de exposición y al surgimiento de interesados en difundir la plástica fuera de la Academia.

Con relación a la crítica de arte, hacia el final del siglo XIX y principios del XX, los valores que la Academia se empeñó en llevar adelante fueron cuestionados también, tanto por una tendencia modernista de la crítica de arte, como por artistas inconformes con lineamientos tradicionales.

Gutiérrez Nájera, en su crítica a las artes plásticas realizadas entorno a la exposición de pinturas en el Hotel Jardín en 1888, manifestó que "se advierte la presencia de algo, que todavía no ha logrado entrar en la Academia....Hasta en los marcos de los cuadros puede notarse esta supremacía o cuando menos esta

novedad... Esta exposición es un verdadero día de campo. Hay en ella talento y parece mentira, mujeres que no están vestidas de monjas, ni terciopelo rojo y que se atreven a mostrar...algo de busto..."(44)

Al tradicionalismo académico basado en cánones de belleza clásica, donde la proporción y armonía son elementos de primera importancia en la composición, se contrapuso un formalismo basado en perspectivas nuevas y colorido natural; a la temática religiosa, mitológica y aun histórica se contrapuso una iconografía fundamentalmente de paisaje, retrato y naturaleza muerta. En 1891, Velasco Gibbo - crítico del momento- consideraba a José Ma. Velasco como el único que salvaba la pintura "tan decaída entre nosotros" y apuntaba que los artistas "deberían inspirarse menos en la Academia y más en la naturaleza". (45)

La misma inclinación por la aceptación de un arte no académico planteaban Gerardo Murillo y el grupo de artistas que encabezó; calificaban las obras que formaban la galería de la Academia de "ábigarradas; caramelosas, con carácter esencialmente teatral, amanerado, convencional"; juzgaron inútil perder el tiempo tratando de hacer crítica de las obras. "La única crítica que puede dictar en este caso, 'no ya un riguroso criterio artístico, sino simplemente un buen sentido moral es hacer desaparecer -y para siempre toda esta producción ridícula, falsa, ignominiosa". (46)

Los anteriores son, sólo algunos ejemplos de la crítica de arte que pueden considerarse acordes con la posición de desacuerdo con el tradicionalismo pictórico y que, junto con la práctica artística que plantearon los grupos de la vanguardia cultural, constituyeron en elemento de cambio en la transformación de la producción pictórica.

En cuanto a las artes gráficas, su desarrollo se ubica en una variable distinta a las tratadas anteriormente, en tanto que la política cultural oficial dominante del régimen no las consideraba como parte de las "artes mayores" y, como tal, no formaban parte del acervo cultural que el gobierno o grupos dominantes dentro de éste estuviera interesado en regular por conducto de la Academia. Fuera de la

Academia, el medio en donde se desarrolló la gráfica estuvo formado por grupos empresariales ligados a la industria y por grupos de oposición al régimen.

El desarrollo de la gráfica fuera de los canales oficiales es lo que nos permite entender la producción de ésta, en su forma más general. El carácter artesanal 'que se sería dando a las artes gráficas reguló una política por medio de la cual se restringió el desarrollo de la enseñanza en la Academia y amplió las facilidades para su desenvolvimiento en la Escuela de Artes y Oficios. Mientras que desde 1877 el ejecutivo ordenó a la Escuela de Bellas Artes hacer entrega de materiales y objetos necesarios para la realización de la litografía a la Escuela de Artes y Oficios, las clases de grabado dentro de la Academia fueron suspendidas frecuentemente a lo largo de todo el periodo. En 1903, Manuel G. Revilla, secretario de la Academia, afirmaba que la clase de grabado era propia "para formar simples artesanos y no artistas, por cuanto que no aprenden a componer nada que sea original y la mente del Supremo Gobierno es que se formen en esta Escuela verdaderos artistas".(47) Por lo tanto, la escuela de artesanos se convertía en la más adecuada para el desarrollo de la gráfica.

Por otra parte, los alumnos de grabado de la Academia generalmente no terminaban sus estudios debido a la demanda de grabadores en establecimientos que el desarrollo del comercio propiciaba, sobre todo en el campo de la publicidad. La introducción de un "arte nuevo, el anuncio",(48) abarcó parte de la litografía finisecular, debido a que grupos de industriales se percataron del impacto visual que éste tenía ya en París y Nueva York, en donde el diseño gráfico y el desarrollo del cartel habían dejado ya sentir sus primeros efectos. La opinión de la prensa favoreció esta producción, considerando que "las revistas europeas, están llenas de muestras acabadas de esta cuidadosa tarea. Lo decorativo nos sugestiona, nos arrastra, excita nuestra atención, metiéndose como comúnmente se dice, por los ojos. .."(49) De esta manera, las artes gráficas como medio masivo de información "coadyuvaron a este desarrollo empresarial, tanto nacional como extranjero, a través de los anuncios ilustrados con sugerentes litografías y más tarde fotografiados que inducían al público progresista y moderno a obtener maquinaria extranjera para las nacientes industrias; a las damas de buen gusto, se les ofrecía toda clase de

artículos para el hogar y para su arreglo personal con lo que estarían a la altura de la moda de las grandes capitales".(50)

Dentro de la prensa, se continuó con la tradición gráfica en cuanto que constituía un medio visual masivo de información. En términos generales, la gráfica se desarrolló en torno a la difusión en tres líneas. Una línea ilustrativa de noticias, eventos, anuncios, o bien ilustración de cuentos y poemas en periódicos y revistas, que no implicaba una controversia política o eran parte de la prensa oficial; otra línea conformada por la sátira de la caricatura política en la prensa de oposición al régimen; y, por último, la llamada prensa "de a centavo", que siguió una tendencia narrativa, informativa, en ocasiones con crítica política y social, y que recogió un lenguaje básicamente popular, conformándolo en imágenes visuales.

Mientras que la línea ilustrativa mantuvo un desarrollo constante en litografías de eventos, personajes históricos y libros, en los cuales trabajaban conocidos caricaturistas políticos como Santiago Hernández y José María Villasana, la represión que sufrió la prensa durante ese periodo explica que la gráfica de oposición disminuyera hacia 1891, debido a la reducción del número de periódicos. Entre 1900 y 1910, sólo tres periódicos tuvieron caricatura, en 1903, "cuando se preparaban las elecciones para el año siguiente, reiterándose la vinculación política de esta expresión";(51) sin embargo, existe ciertamente un lenguaje crítico al régimen porfirista en periódicos como El Hijo del Ahúizote (1885-1903), El Cementerio Político, de franca oposición a partir de la reforma en 1887 a los artículos de la Constitución que "legalizaba" la reelección, la Gaceta Callejera (1892-1894) y el Colmillo Público (fundado en 1903), que continuaron esta tradición en sus ilustraciones. Jesús Martínez Camón, quien participaba en la revista Savia Moderna, Daniel Cabrera, Eugenio Olvera, Jesús Alamilla y José Guadalupe Posada formaron parte del grupo de ilustradores de periódicos con esta tendencia, los cuales trabajaron indistintamente con el grupo de editores que abrían nuevos periódicos de oposición al serles clausurados los que dirigían.

La gráfica narrativa adquirió una significación distinta al distribuirse de manera popular en forma de volantes de "a centavo". La presión ejercida por el gobierno a

la prensa y la facilidad y economía de la impresión litográfica produjeron esta prensa que consistió en una serie 'de pequeños volantes -de 16 por 12 cm, de cuatro a seis páginas que constituyeron un medio de información popular, barato y claro para una población en su mayoría analfabeta y acostumbrada a este tipo de imágenes en los corridos populares. A pesar de que estos volantes contenían ilustraciones de crítica social y política, el carácter polémico de la caricatura de la prensa de oposición fue más radical que el de estas publicaciones; "debido a su importancia en la escena periodística en la capital -la prensa de a centavo- se apartaba del sentido estrictamente satírico y creaba su propia identidad dentro de la tradición narrativa. ...a la cual Posada ayudó a conformar"(52) y en la que trabajaron Figueroa, Olvera, Manilla, Zubieta y los Enmberg. De esta manera, la gráfica como medio masivo de información cumplió con fines y lenguajes plásticos distintos de acuerdo con los grupos que la patrocinaron y al público al que fue dirigido. Debido a esto, la diversificación de la gráfica y la pluralidad de públicos a que fue dirigida en tanto se alejaba de los canales estrictamente oficiales de producción, permiten considerar a esta forma plástica con mayores alcances, desde el punto de vista de su difusión, que cualquiera de las otras artes dentro del régimen porfirista. El estudio de los grupos sociales, sus intereses ideológicos y su inserción dentro de las relaciones sociales del periodo, permitirá entender los diferentes lenguajes plásticos que conformaron la gráfica durante estos años.

El objeto de estudio de esta investigación, la producción plástica de 1877 a 1910, se inscribe en un periodo que corresponde a una delimitación de acuerdo a un acontecimiento político que constituye el régimen del general Díaz. Es decir, la demarcación en el tiempo se está dando aparentemente desde "afuera" del problema y no a partir de la coyuntura de tipo cultural o artística, que sería la más adecuada para fundamentar una periodización a partir del objeto de estudio. La carencia de una cronología dentro del periodo se debe al carácter de la investigación, en cuanto a que es una primera aproximación a los problemas de la plástica de 1877 a 1910, que se sabe tiene características específicas durante este

periodo, y que no necesariamente se inician y terminan en las fechas consideradas aquí como límites.

La amplitud del tema y el nivel de desarrollo del mismo no permitió -un recorte a partir de las condiciones de la plástica, sino en función de un periodo establecido de antemano por la historia política del siglo XIX en México. Si bien esta periodización repercute en la especificidad del problema de estudio, esta última se rescató señalando variables que abarcan las mediaciones entre las relaciones sociales y la instancia cultural en que se encuentra inserto el arte, en el momento en estudio.

Antes de precisar dichas variables, cabe volver a señalar que la complejidad de los procesos culturales en estos años, significó que el periodo "no constituye un bloque histórico unitario. Los intereses de los individuos y grupos en el poder varían y se vuelven complejos conforme avanza el régimen". Aunque los grupos no se llegan a precisar dentro de este análisis, se esboza sin embargo, la existencia de diferentes sectores dentro del bloque en el poder que apoyan propuestas culturales distintas. "Son estos intereses a nivel cultural los que marcan los niveles de influencia de las relaciones sociales en la superestructura ideológica de la producción plástica", (53) A partir de este planteamiento se puede establecer entonces otro tipo de recorte en el tiempo dentro de la periodización más amplia que da un acontecimiento político(1877-1910). Este consiste en delimitar la realidad ya no dentro de una dimensión de tiempo lineal sino a partir de un espacio cultural, el cual se constituye a partir de los diferentes intereses culturales que apoyan distintos grupos sociales del mismo bloque en el poder. De esta manera la "arbitrariedad" de un recorte en el tiempo largo de periodización, realizado a partir de acontecimientos "externos" al objeto de estudio, se supera en el momento en que un "espacio cultural" incide en la linealidad temporal de ese recorte y se construye a partir de variables que se relacionan directamente con la producción plástica que constituye aquí el objeto de estudio; la "controversia cultural se acentúa a finales del siglo XIX, no sólo entre grupos del gobierno y la sociedad civil, sino entre sectores opuestos de la misma sociedad política del régimen porfirista. Es esta complejidad la que regula en gran medida las relaciones sociales que definen la producción plástica del momento y es

dentro de esta complejidad donde se encuentran insertadas las variables que explican su desarrollo".(54) Esta controversia y disparidad de intereses constituye una coyuntura cultural necesaria para explicar la diversidad de tendencias artísticas durante el porfiriato, El apoyo de Justo Sierra a grupos modernistas, el cambio de dirección en la Academia de Bellas Artes y, la introducción de nuevos planes de estudio, así como la organización de grupos de artistas con propuestas plásticas fuera de la Academia, constituyen una forma de controversia y cambio en el proceso de producción plástica, que marca una nueva etapa a partir de 1902-1903. Las etapas anteriores en que se divida el periodo del porfiriato estarán definidas por las coyunturas culturales que afecten a cada ramo de la producción plástica y cuyo análisis queda abierto a investigaciones posteriores.

Las variables que se proponen para ser un eje de interpretación, sin que se pretenda con ello agotar la explicación de la producción plástica, intentan ser una mediación entre el campo de la estructura social y el nivel de la superestructura ideológica. Estas son "la consolidación de un Estado fuerte, centralizado en manos del ejecutivo, la conciliación de los intereses derivados de relaciones de grupos del bloque dominante, la necesidad de un rescate histórico en apoyo a la ideología del régimen y de los grupos sociales hegemónicos, los esfuerzos por la unificación y centralización de un sistema nacional de educación [los cuales]...intervienen...en diferentes niveles y de acuerdo al proceso histórico de cada momento del periodo en estudio..."(55) en el desarrollo de la producción plástica.

El centralismo que se dio durante el régimen trajo como consecuencia un creciente desarrollo urbano. Las demandas de salubridad y belleza, así como de servicios públicos de una ciudad que intentaba equipararse a las metrópolis europeas, repercutieron en la proliferación de construcciones de edificios y monumentos que respondieron a necesidades prácticas, de uso y de función, e ideológicas, tanto de los diferentes grupos urbanos (empresarios, industriales, extranjeros, etcétera), como del grupo en el poder.

Las necesidades ideológicas de los diferentes grupos sociales se manifestaron tanto en la imagen visual que la ciudad adquiría en su desarrollo urbano y arquitectónico

como en el rescate de la historia y en la vinculación con la cultura europea. La historia prehispánica fue rescatada como origen común de todos los mexicanos y como salvaguarda de la contradicción social que vivía el elemento indígena; el Estado dictatorial se vinculó a una tradición liberal por medio de su historia. Ambas historias se manifestaron en todos los ramos de la plástica aunque a lo largo del trabajo se trataron sólo en cuanto a la arquitectura y a la escultura. La vinculación con la cultura europea tradicional o de vanguardia, según fuera la posición cultural del grupo social de que se tratara (tradicional o modernista), constituyó un apoyo ideológico importante para el desarrollo de la plástica que estos grupos patrocinaron, difundieron y consumieron.

La existencia de grupos sociales que se relacionaron de alguna manera con la plástica durante el porfiriato, si bien no queda definida en cuanto a individuos concretos en todos los casos, sí permite explicar la diversidad de opciones plásticas que se dieron en el periodo. Precisamente ante las proposiciones de un grupo de artistas interesados en un cambio en el proceso artístico, se modificó hacia 1906 la práctica pictórica en su forma de producción, difusión y consumo.

La unificación y control del régimen totalitario del general Díaz, repercutió en la producción plástica, en tanto que el gobierno reguló el patrocinio, producción, difusión y consumo del acervo cultural por conducto de diversas secretarías, así como directamente en la enseñanza de la plástica dentro de la Academia de Bellas Artes. La intervención del gobierno en la Academia, en tanto aprobación de presupuestos, maestros y métodos de enseñanza, introdujo a principios de siglo, una vía de modernidad por mediación de Justo Sierra y el grupo de artistas e intelectuales a quienes apoyó. Es decir, las propuestas de vanguardia se dieron tanto dentro de algunos grupos que constituyeron la sociedad civil como de la sociedad política.

Las mediaciones que regulan la vinculación entre las relaciones sociales y la producción de la cultura, y dentro de ésta las artes plásticas, se dan a diferentes niveles en cada ramo de la plástica en que se divide su análisis. La arquitectura y el urbanismo se analizan básicamente en cuanto a la función de edificios y su relación

con la situación social. Dentro de la escultura predomina el estudio del patrocinio y la apropiación de dicha producción pública o privada. En la pintura, se considera la transformación en la producción, difusión y mercado de ésta, en cuanto a los diferentes intereses culturales de los grupos que se relacionaron con la producción pictórica. La litografía es analizada en cuanto a la difusión cultural que recibió, derivada del uso que se dio a su producción.

La producción plástica considerada en este periodo es la correspondiente a la cultura dominante. Las fuentes consultadas no permiten una aproximación a una cultura alternativa; sólo existió esta posibilidad en el caso de la litografía.

Los ejes de análisis propuestos, si no agotan la explicación como ya quedó aclarado en la introducción del trabajo, sí logran un acercamiento objetivo con la práctica artística del momento. La necesidad de incorporar en trabajos posteriores las obras, producidas tanto por la cultura oficial que no hayan sido consideradas aquí como aquellas resultantes de una cultura subalterna, pueden plantear nuevos ejes o variables que amplíen los ya existentes ir para la explicación de dicha producción, dentro de la complejidad cultural.

Este trabajo se propone abrir la posibilidad de análisis no sólo de la producción plástica del periodo 1877-1910, sino de su difusión y consumo, lo cual implica el conocimiento del arte en su proceso total inserto en la sociedad en que se origina.

## NOTAS

- 1 El orden que se sigue en el análisis de los diferentes ramos de la producción plástica en este trabajo no debe considerarse en cuanto a un orden de relación estructura-superestructura. En este caso sólo Se pretende resaltar que las variables de estudio afectan de diferente manera a cada ramo de acuerdo con el nivel de relación de las estructuras sociales.
- 2 Se construyen los rastros de San Lucas.( 1893-1895), de Peralvillo (1902-1905), comercios y mercados en estructura de fierro: en 1888 se inauguraron los mercados de San Cosme, San Lucas y Loreto, en 1890 el de la Merced, en 1895 el de Martínez de la Torre, y en 1905 el de la Lagunilla.
- 3 Escobar, Saúl, et al., *Formación de clase y Estado en México, 1850-1924*, p. 86.
- 4 Maza, Francisco de la, *Del neoclásico al art nouveau*, p. 57. Colonias de San Rafael (1882), Morelos (1886), del Rastro (1889), de la Candelaria y Limantour (1891), la de Díaz de León y Maza (1894), la Viga (1905), del Valle y Juárez (1906), Romero Rubio (1907), Escandón (19;09), Tuxpan y Santa Julia (1910).
- 5 La colonia Española tuvo gran injerencia en el patrocinio de monumentos y pinturas, así como en la organización de exposiciones de obras de artistas españoles en México.
- 6 Maza, op. cit., p. 68.
- 7 Ibid., p. 62.
- 8 Vázquez de Knauth, Josefina, *Nacionalismo y Educación en México*, p. 81.

9 Informe presidencial 1901.Citado en Justo Sierra, La Educación Nacional, p. 438.

10 Publicación de la Escuela Nacional de Artes y Oficios, pp. 41-42, septiembre de 1880.

11 Sierra, Justo, oí.; cit., :p. 449. Aquí mismo se señalan las obras de reparación en la Escuela de Artes y Oficios para mujeres y las relativas a la Biblioteca nocturna, anexa a la Naciona.

\* El desarrollo del Museo Nacional volvió insuficiente el edificio de la calle de Maneda y en 1903 el Lic. Alfredo Chavero, como subdirector de esta institución, propuso la separación de la sección de Historia Natural, cuyas colecciones se trasladaron al pabellón de hierro en las calles del Chopo para constituirse más adelante como su museo.

Para el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, se pensó construir un nuevo edificio desde 1906, para lo cual se presentó un proyecto del Arq. Michel Deglane en 1910. Esther Acevedo, Catálogo del Retrato del Siglo XIX en el Museo Nacional de Historia, p. 16. .

12 Sierra, Justo, op: cit., p. 241.

13 Cardoso, Ciro, et al, La clase obrera en a historia e México, p. 38.

14 Uribe, Eloísa, Apoyo Histórico para el Guión del Museo Nacional de Historia, p. 6.

15 Archivo de la Academia, folio 7645; 1886.

16 Archivo de la Academia, folio 51, 1904.

17 Comisión del monumento a Juárez en 1906, Lic. Félix Romero, Lic. Rosendo Pineda, Lic. Carlos Rivas (Secretario y Gobernador del D.F., en régimen de Manuel González), Gral. Jesús Alonso Flores, Ing. Gabriel Mancera, Diputado Trinidad

García, Lic. Ramón Prida (yerno y Secretario particular de Juárez en 1906 Diputado Federal por Tamaulipas, Presidente de la Cámara de Diputados en 1910, empresario teatral).

18. Comisión Central para construcción de monumentos de los Estados 1891: Presidente Porfirio Díaz, Manuel González Cosío, Lic. Ignacio Mariscal (Secretario de Relaciones Exteriores en 1885.), Gral. Pedro Hinojosa (Secretario de Guerra y Marina 1884-1896), Benito Gómez Farías (Ministro de Hacienda 1891-1892), Gral. Manuel González, Gral. Juan Méndez, Grai. Miguel Anza, Gral. Ignacio Mejía (retirado).

19 El Monitor Republicano, 25 de junio de 1896.

20 El Imparcial, 7 de abril de 1906.

21 En 1903, los modelos pedidos a Europa por petición del profesor y escultor Alciati son en su mayoría figuras, relieves y ornatos de obras grecorromanas y renacentistas.

22 Archivo Academia 4e San Carlos, folio 7582, 1886.

23 Ibid.

24 Archivo Academia de San Carlos, folio 7984, 1890.

25 El Monitor Republicano, 5 de septiembre de 1891.

26 Uribe, Eloísa, op. cit., p. 10.

27 Esta última con un costo de cuatro mil pesos.

28 El Monitor Republicano, .12 de febrero de 1896.'

29 El Monitor Republicano, 24 de diciembre de 1895. ","

30 El Imparcial, 3 de abril de 1879.

31 Archivo Academia de San Carlos, folio 7984, 1890.

\* Lascuráin, Director desde 1877, fue sustituido por el Arq. Antonio Rivas Mercado.

32 Ramírez, Fausto, Tradicionalismo y Modernidad en la Escuela Nacional de Bellas Artes 1903-1912, p. 9.

33 Ibidem, p. 8.

34 Salvador Moreno, El pintor Antonio Fabrés, p. 22.

35 Ramírez, Fausto, op. Cit., p. 46.

36 Uribe, Eloísa, "Los ciudadanos en busca de un rostro propio", p. 20.

37 Ramírez, Fausto, op. cit., p. 18.

38 Monteverde, Francisco, Prólogo en Savia Moderna, edición del F.C.E., p. 11.

39 El Imparcial, 8 de mayo de 1906.

40 Góniez Robelo, "Notas", Revista Savia Moderna. mayo de 1906.

41 El Imparcial, 21 de agosto de 1910.

42 El Imparcial, 15 de octubre de 1910

43 El Imparcial, 12 de enero de: 190~.

44 Citado en Fernández, "El Hombre: estética del arte moderno y. contemporáneo, Estética del Arte Mexicano, p. 84.

45 Ibid., p. 88.

46 Citado en Acevedo, Esther y Eloísa Uribe, Escultura en el siglo XIX, Catálogo de colecciones de la Escuela Nacional de Bellas Artes, manuscrito de Manuel G.Revilla. p 87.

47 Archivo Academia de San Carlos, folio 24, 1903.

48 El Imparcial, l4 de septiembre de, 1899.

49 Ibid.

50 Acevedo, Esther, Guión para el Museo Nacional de Historia, p. 2.

51 Ibid.

52 Bailey W., Joyce, The tinker index of illustrated satirical periodical r with political content, México Cíty, 1845-1915.

53 Véase la introducción de este periodo.

54 Ibid.

55 Ibid.

Referencia bibliográfica:

EGUIARTE, Ma Estela. “1877-1910”. Uribe, Eloisa., coord. Y todo... por una nación. Historia social de la producción plástica de la ciudad de México, 1861-1910. México: INAH, SEP, 1987; pp. 185-204.

## **DIPLOMADO EN ESTUDIOS MEXICANOS**

### **Módulo III**

#### **Nación e Identidad**

---

##### **5. 3 Literatura**

LECTURA OBLIGATORIA: GUTIÉRREZ Nájera, Manuel. “La Duquesa Job”, “Non Omnis Moriar” y “Para entonces”. Pacheco, José Emilio, presentación y selección de notas. Poesía Mexicana I (1821-1914). México: Promexa, 1985; pp. 204-209.

TABLADA, José Juan. “Misa negra”, “Quinta avenida” y “Jaikais” (“El pavo real”, “Mono”, “Sapo” y otros). Pacheco, José Emilio, presentación y selección de notas. Poesía Mexicana I (1821-1914). México: Promexa, 1985; pp. 309-312.

NERVO, Amado. “Andrógino”. Pacheco, José Emilio, presentación y selección de notas. Poesía Mexicana I (1821-1914).. México: Promexa, 1985; pp. 256-257.

DÍAZ Mirón, Salvador. “La nube” y “Ejemplo”. Pacheco, José Emilio, presentación y selección de notas. Poesía Mexicana I (1821-1914).. México: Promexa, 1985; pp. 192- 194.

OTÓN, Manuel José. “Idilio salvaje”. Pacheco, José Emilio, presentación y selección de notas. *Poesía Mexicana I (1821-1914)*.. México: Promexa, 1985; pp. 221-225.

REYES, Alfonso. “Pasado Inmediato”. *Obras completas*. Vol. XII. México: FCE, 1983; pp. 182- 216.

## **MANUEL GUTIERREZ NAJERA (1859-1895)**

Gutiérrez Nájera nació y murió en la ciudad de México. Sus únicos viajes fueron a Querétaro y a Veracruz. No tiene mas biografía que su trabajo disperso a lo largo de 22 años en casi todos las publicaciones de su época. Empezó a escribir a los 13 años; a los 15 ya era periodista profesional en La Iberia, La Voz de México, El Federalista y El Porvenir. Dentro del periodismo hizo de todo: crónicas frívolas, sucesos del día, crítica literaria y teatral, cuadros de costumbres, textos políticos, gacetillas, páginas de humor, que en su conjunto forman una gran crónica de la vida capitalina entre 1876 y 1896.

En la prosa que Martí y Nájera comenzaron a publicar en los periódicos mexicanos anteriores a 1880 se ha visto el comienzo del modernismo. Para los modernistas fueron decisivos los cuentos de Gutiérrez Nájera, sus poemas, su actividad como editor, aliado de Carlos Díaz Dufou, de la Revista Azul.

Después de 'La Duquesa Job' (1884), el primer poema hispanoamericano en que frívolamente aparece lo que entonces era el mundo moderno, la poesía de Nájera expresó una desesperanza cada vez más honda que contrasta con la alegría aparente de sus crónicas. Tuvo la certeza de que su inmensa labor periodística le impedía escribir lo que realmente le interesaba. No pudo imaginarse que ahora apreciaríamos aún más que sus poemas la excelente literatura de urgencia. con que iluminó los periódicos mexicanos del sombrío porfiriato. Francisco González Guerrero editó en dos volúmenes las Poesías completas de Gutiérrez Nájera (1954). La UNAM ha publicado tres tomos de sus obras en prosa, de acuerdo con la guía que dejó E.K. Mapes y que identifica prácticamente todos los textos que firmó con sus innumerables pseudónimos, entre los que destaca 'El Duque Job'.

## LA DUQUESA JOB

A Manuel Puga y Acal

En dulce charla de sobremesa,  
mientras devoro fresa tras fresa  
y abajo ronca tu perro Bob,  
te haré el retrato de la duquesa  
que adora a veces el Duque Job.

No es la condesa que Villasana (62)  
caricatura, ni la poblana  
de enagua roja, que Prieto (63) amó;  
no es la criadita de pies nudosos,  
ni la que sueña con los gomosos  
y con los gallos de Micoló (64).

Mi duquesita, la que me adora,  
no tiene humos de gran señora:  
es la griseta de Paul de Kock (65).

No baila Bastan, y desconoce  
de las carreras el alto goce,  
y los placeres del five o'clock.

Pero ni el sueño de algún poeta,  
ni los querubés que vio Jacob,  
fueron tan bellos cual la coqueta  
de ojitos verdes, rubia griseta,  
que adora a veces el Duque Job.

Si pisa alfombras, no es en su casa,  
si por Plateros alegre pasa  
y la saluda Madam Marnat (66),  
no es, sin disputa, porque la vista;  
sí porque a casa de otra modista  
desde temprano rápida va.

No tiene alhajas mi duquesita.  
pero es tan guapa, y es tan bonita,  
y tiene un cuerpo tan v'lan, tan pschutt (67);  
de tal manera trasciende a Francia  
que no la Igualan en elegancia  
ni las clientes de Hélène Kossut (68)

Desde las puertas de la Sorpresa (69)  
hasta la esquina del Jockey Club, (70)  
no hay española, yanqui o francesa,  
ni más bonita, ni más traviesa  
que la duquesa del Duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo  
en las baldosas! ¡Con qué meneo  
luce su talle de tentación!  
¡ Con qué airecito de aristocracia  
mira a los hombres, y con qué gracia  
frunce los labios -¡Mimí Pinsón! (71)

Si alguien la alcanza, si la requiebra,  
ella, ligera como una cebra,  
sigue camino del almacén;

pero iay del tuno si alarga el brazo!  
inadie le salva del sombrillazo  
que le descarga sobre la sien!

iNo hay en el mundo mujer más linda!  
Pie de andaluza, boca de guinda,  
esprit rociado de Veuve Clicquot;  
talle de avispa, cutis de ala,  
ojos traviesos de colegiala  
como los ojos de Louise Théo! (72)

Agil, nerviosa, blanca, delgada,  
media de seda bien restirada,  
gola de encaje, corsé de icrac!,  
nariz pequeña, garbosa, cuca,  
y palpitantes sobre la nuca  
rizos tan rubios como el coñac.

Sus ojos verdes bailan el tango;  
inada hay más bello que el arremango  
provocativo de su nariz!  
Por ser tan joven y tan bonita,  
cual mi sedosa, blanca gatita,  
diera sus pajes la emperatriz.

Ah! tú no has visto cuando se peina,  
sobre sus hombros de rosa reina  
caer los rizos en profusión!

Tú no has oído qué alegre canta,  
mientras sus brazos y su garganta  
de fresca espuma cubre el jabón!

¡Y los domingos!... ¡Con qué alegría  
oye en su lecho bullir el día  
y hasta las nueve quieta se está!  
¡Cuál se acurruga la perezosa,  
bajo la colcha color de rosa,  
mientras a misa la criada va!

La breve cofia de blanco encaje  
cubre sus rizos, el limpio traje  
aguarda encima del canapé;  
altas, lustrosas y pequeñitas,  
sus puntas muestran las dos botitas,  
abandonadas del catre al pie.

Después, ligera, del lecho brinca.  
¡Oh quién la viera cuando se hinca  
blanca y esbelta sobre el colchón!  
¿Qué valen junto de tanta gracia  
las niñas ricas, la aristocracia,  
ni mis amigas de cotillón ? (73)

Toco; se viste; me abre; almorzamos  
con apetito los dos tomamos  
un par de huevos y un buen bistec,  
media botella de rico vino,  
y en coche juntos, vamos camino  
del pintoresco Chapultepec.

Desde las puertas de la Sorpresa  
hasta la esquina del Jockey Club,  
no hay española, yanqui o francesa,  
ni más bonita ni más traviesa  
que la duquesa del Duque Job!

### **Non omnis moriar**

¡ No moriré del todo, amiga mía!  
De mi ondulante espíritu disperso,  
algo en la urna diáfana del verso,  
piadosa guardará la poesía.

¡ No moriré del todo! Cuando herido  
caiga a los golpes del dolor humano,  
ligera tú, del campo entenebrido  
levantarás al moribundo hermano.

Tal vez entonces por la boca inerme  
que muda aspira la infinita calma,  
oigas la voz de todo lo que duerme  
icon los ojos abiertos en mi alma!

Hondos recuerdos de fugaces días,  
ternezas tristes que suspiran solas;  
pálidas, enfermizas alegrías  
sollozando al compás de las violas...

Todo lo que medroso oculta el hombre  
se escapará, vibrante, del poeta,  
en áureo ritmo de oración secreta  
que invoque en cada cláusula tu nombre.

Y acaso adviertas que de modo extraño  
suenan mis versos en tu oído atento,  
y en el cristal, que con mi soplo empañó,  
mires aparecer mi pensamiento.

Al ver entonces lo que yo soñaba,  
dirás de mi errabunda poesía:  
era triste, vulgar lo que cantaba...  
¡mas qué canción tan bella la que oía!

Y porque alzo en tu recuerdo notas  
del coro universal, vívido y almo;  
y porque brillan lágrimas ignotas  
en el amargo cáliz de mi salmo;

porque existe la Santa Poesía  
y en ella irradas tú, mientras disperso  
átomo de mi ser esconda el verso,  
ino moriré del todo, amiga mía!

## **Para entonces**

Quiero morir cuando decline el día,  
en alta mar y con la cara al cielo;  
donde parezca sueño la agonía,  
y el alma, un ave que remonta el vuelo.

No escuchar en los últimos instantes,  
ya con el cielo y con el mar a solas,  
más voces ni plegarias sollozantes  
que el majestuoso tumbo de las olas.

Morir cuando la luz, triste, retira  
sus aureas redes de la onda verde,  
y ser como ese sol que lento expira:  
algo muy luminoso que se pierde.

Morir, y joven: antes que destruya  
el tiempo aleve la gentil corona;  
cuando la vida dice aún: soy tuya,  
aunque sepamos bien que nos traiciona.

Referencia bibliográfica:

GUTIÉRREZ Nájera, Manuel. “La Duquesa Job”, “Non Omnis Moriar” y “ Para entonces”. Pacheco, José Emilio, presentación y selección de notas. Poesía Mexicana I (1821-1914). México: Promexa, 1985; pp. 204-209.

## **JOSE JUAN TABLADA**

(1871-1945)

Nace en la ciudad de México en 1871 y muere en Nueva York en 1945. Modernista a ultranza (colabora en la Revista Azul y promueve la Revista Moderna), cultiva el «exotismo al grado de ampliar, en un medio represivo, el concepto de espiritualidad amorosa» entremezclando lo sexual y lo religioso. No sin consecuencias: a Tablada se le reprime literariamente por los aspavientos de la esposa de Porfirio Díaz, escandalizada con el poema ‘Misa negra’ (1898). En 1900, Tablada viaja a Oriente y de Japón trae la moda del haikú, la imagen única que es un poema abierto. Su vanguardismo no le impide, celebrar públicamente a don Porfirio y, en los años de la lucha armada, atacar soezmente a Francisco I Madero asustarse ante la barbarie zapatista. y apoyar a Victoriano Huerta. En el exilio, prosigue su búsqueda experimental y se radicaliza con los poemas ideográficos cuyo sentido le explica a López Velarde:

La ideografía tiene, a mi modo de ver la fuerza de una expresión  
«simultáneamente lírica y gráfica.., a reserva de conservar el secular  
carácter ideofónico. Además, la parte gráfica sustituye ventajosamente  
la discursiva o explicativa de la antigua poesía, dejando los temas  
literarios en calidad de “poesía pura” como lo quería Mallarmé. Mi  
preocupación actual es la síntesis, en primer lugar porque sólo sintetizando creo  
poder expresar la vida moderna en su dinamismo y en su multiplicidad.

A la magnífica producción “ideográfica”, le siguen poemas nacionalista, en imitación de López Velarde. La UNAM ha publicado su poesía completa y su sátira, Obras principales: El Florilegio (/899), Al Sol y bajo la Luna (1918), Un día (1919), Li-Po y otros poemas (1920), El jarrón de flores (1922), La Feria (1928). Memorias: La feria de la vida (1937).

## **Quinta Avenida**

¡Mujeres que pasáis por la Quinta Avenida  
tan cerca de mis ojos, tan lejos de mi vida!...

¿Soñáis desnudas que en el baño os cae  
áureo Jove pluvial, como a Danae,  
o por ser impregnadas por de un tesoro,  
al asalto de un toro de oro  
tendéis las anca como Parsifae?

¿Sobáis con perversiones de cornac  
de broncíneo elefante la trompa metálica  
o transmutáis, urentes, de Karnak  
la sala hipóstila en fálica?

¡Mujeres tire-proof a la pasión inertes,  
hijas de la mecánica Venus made in America  
de vuestra fortaleza, la de las cajas fuertes  
es el secreto... idéntica combinación numérica!

*Al Sol y bajo la luna*

**Jaikais**

**EL SAUZ**

Tierno saúz  
casi oro, casi ámbar  
Casi luz...

**EL BAMBU**

Cohete de larga vara  
el bambú apenas sube se doblega  
en lluvia de menudas esmeraldas.

**EL PAVO REAL**

Pavo real, largo fulgor,  
por el gallinero demócrata  
pasas como una procesión...

**EL RUISEÑOR**

Bajo el celeste pavor  
delira por la única estrella  
el cántico del ruiseñor.

**LA LUNA**

Es mar la noche negra;  
la nube es una concha;  
la luna es un perla.

### **LOS SAPOS**

Trozos de barro,  
por la senda en penumbras  
saltan los sapos

### **LA ARAÑA**

Recorriendo su tela  
esta luna clarísima  
tiene a la araña en vela.

Un día

### **UN MONO**

El pequeño mono me mira...  
¡Quisiera decirme  
algo que se le olvida!

### **HEROISMO**

Triunfaste por fin, perrillo fiel,  
y ahuyentado por tu ladrido  
huye veloz el tren...

### **PECES VOLADORES**

Al golpe del oro solar  
estalla en astillas el vidrio del mar.

### GARZA

Garza, en la sombra,  
es mármol tu plumón,  
móvil nieve en el viento  
y nácar en el sol.

### SANDIA

¡Del verano, roja y fría  
carcajada,  
rebanada  
de sandía!

### EL INSOMNIO

En su pizarra negra  
suma cifras de fósforo.  
El Jarro de Flores

### NOCTURNO ALTERNO

Neoyerquina noche dorada  
*Fríos muros de cal moruna*  
Rector's champaña fox-trot  
*Casas mudas y fuertes rejas*  
Y volviendo la mirada  
*Sobre las silenciosas tejas*  
El alma petrificada  
*Los gatos blancos de la luna*

Como la mujer de Loth  
y sin embargo  
es una  
misma  
en New York  
y en Bogotá  
La Luna...!

*Li-Po y otros poemas.*

Referencia bibliográfica:

TABLADA, José Juan. “Misa negra”, “Quinta avenida” y “Jaikais” (“El pavo real”, “Mono”, “Sapo” y otros). Pacheco, José Emilio, presentación y selección de notas. Poesía Mexicana I (1821-1914).. México: Promexa, 1985; pp. 309-312.

## **Andrógino**

(Lubricidades tristes)

Por ti, por ti clamaba, cuando surgiste,  
infernal arquetipo, del hondo Erebo,  
con tus neutros encantos, tu faz de efebo,  
tus senos pectorales, y a mí viniste.

Sombra y luz, yema y polen a un tiempo fuiste,  
despertando en las almas el crimen nuevo,  
ya con virilidad de dios mancebo,  
ya con mustios halagos de mujer triste.

Yo te amé porque, a trueque de ingenuas gracias,  
tenías las supremas aristocracias:  
sangre azul, alma horaña, vientre infecundo;  
porque sabías mucho y amabas poco,  
y eras síntesis rara de un siglo loco  
y floración malsana de un viejo mundo.

Referencia bibliográfica:

NERVO, Amado. “Andrógino”. Pacheco, José Emilio, presentación y selección de notas. Poesía Mexicana I (1821-1914). México: Promexa, 1985; pp. 256-257.

## **La nube**

*¡Qué te acongoja mientras que sube  
del horizonte del mar la nube,  
negro capuz?  
Tendrán por ella frescura el cielo,  
pureza el aire, verdor el suelo,  
matiz la luz!  
No tiembles. Deja que el viento amague  
y el trueno asorde y el rayo estrague  
campo y ciudad;  
tales rigores no han de ser vanos...  
¡Los pueblos hacen con rojas manos  
la Libertad!*

## **Ejemplo**

En la rama el expuesto cadáver se pudría,  
como un horrible fruto colgante junto al tallo,  
rindiendo testimonio de inverosímil fallo  
y con ritmo de péndola oscilando en la vía.

La desnudez impudica, la lengua que salía,  
y alto mechón en forma de una cresta de gallo,  
dábanle aspecto bufo; y al pie de mi caballo  
un grupo de arrapiezos holgábase y reía.

Y el fúnebre despojo, con la cabeza gacha,  
escandaloso y túmido en el verde patíbulo,

desparramaba hedores en brisa como racha,  
mecido con solemnes compases de turíbulo.  
y el sol iba en ascenso por un azul sin tacha,  
y el campo era figura de una canción de Tíbulo.

Referencia bibliográfica:

DÍAZ Mirón, Salvador. “La nube” y “Ejemplo”. Pacheco, José Emilio, presentación y selección de notas. Poesía Mexicana I (1821-1914).. México: Promexa, 1985; pp. 192-194.

## **En el desierto. Idilio salvaje**

A Alfonso Toro

A fuerza de pensar en tus historias  
y sentir con tu propio sentimiento,  
han venido a agolparse al pensamiento  
rancios recuerdos de perdidas glorias.

y evocando tristísimas memorias,  
porque siempre lo ido es triste, siento  
amalgar el oro de tu cuento  
de mi viejo román con las escorias.

¿He interpretado tu pasión? Lo ignoro,  
que me apropio al narrar, algunas veces,  
el goce extraño y el ajeno lloro.

Sólo sé que, si tú los encareces  
con tu ardiente pincel, serán de oro  
mis versos, y esplendor sus lobregueces.

### I

¿Por qué a mi helada soledad viniste  
cubierta con el último celaje  
de un crepúsculo gris?.. Mira el paisaje,  
árido y triste, inmensamente triste.

Si vienes del dolor y en él nutriste  
tu corazón, bien vengas al salvaje  
desierto, donde apenas un miraje  
de lo que fue mi juventud existe.

Mas si acaso no vienes de tan lejos  
y en tu alma aún del placer quedan los dejos,  
puedes tornar a tu revuelto mundo.

Si no, ven a lavar tu ciprio manto  
en el mar amarguísimo y profundo  
de un triste amor o de un inmenso llanto.

## II

Mira el paisaje: inmensidad abajo,  
inmensidad, inmensidad arriba;  
en el hondo perfil, la sierra altiva  
al pie minada por horrendo atajo.  
Bloques gigantes que arrancó de cuajo  
el terremoto de la roca viva;  
y en aquella sabana pensativa  
y adusta, ni una senda, ni un atajo.  
Asoladora atmósfera candente  
do se incrustan las águilas serenas,  
como clavos que se hunden lentamente.  
Silencio, lobreguez, pavor tremendos  
que viene sólo a interrumpir apenas  
el galope triunfal de los berrendos.

### III

En la estepa maldita, bajo el peso  
de sibilante grisa que asesina,  
irgues tu talla escultural y fina  
como un relieve en el confín impreso.

El viento entre los médanos opreso  
canta como una música divina,  
y finge, bajo la húmeda neblina,  
un infinito y solitario beso.

Vibran en el crepúsculo tus ojos  
un dardo negro de pasión y enojos  
que en mi carne y mi espíritu se clava;  
y destacada contra el sol murierite,  
como un airón, flotando inmensamente,  
tu bruna cabellera de india brava.

### IV

La llanada amarguísima y salobre,  
enjuta cuenca de océano muerto,  
y en la gris lontananza, como puerto,  
el peñascal, desamparado y pobre.

Unta la tarde en mi semblante yerto  
aterradora lobreguez, y sobre  
tu piel, tostada por el sol, el cobre

y el sepia de las rocas del desierto.

Y en el regazo donde sombra eterna,  
del peñascal bajo la enorme arruga,  
es para nuestro amor nido y caverna,

las lianas de tu cuerpo retorcidas  
en el torso viril que te subyuga  
con una gran palpitación de vidas.

V

¡Qué enferma y dolorida lontananza!  
¡Qué inexorable y hosca la llanura!  
Flota en todo el paisaje tal pavura  
como si fuera un campo de matanza.

Y la sombra que avanza, avanza, avanza,  
parece, con su trágica envoltura,  
el alma ingente, plena de amargura,  
de los que han de morir sin esperanza.

Y allí estamos nosotros, oprimidos  
por la angustia de todas las pasiones,  
bajo el peso de todos los olvidos.

En un cielo de plomo el sol ya muerto,  
y en nuestros desgarrados corazones  
¡el desierto, el desierto... y el desierto!

## VI

¡Es mi adiós!... Allá vas, bruna y austera,  
por las planicies que el bochorno escaldá,  
al verberar tu ardiente cabellera,  
como una maldición, sobre tu espalda.

En mis desolaciones ¿qué me espera?..  
-ya apenas veo tu arrastrante falda-  
una deshojazón de primavera  
y una eterna nostalgia de esmeralda.

El terremoto humano ha destruido  
mi corazón, y todo en él expira.  
¡Mal hayan el recuerdo y el olvido!

Aún te columbro y ya olvidé tu frente:  
Sólo, iay! tu espalda miro, cual se mira  
lo que huye y se aleja eternamente.

VII

Envío

En tus aras quemé mi último incienso  
y deshojé mis postrimeras rosas.

Do se alzaban los templos de mis diosas  
ya sólo queda el arenal inmenso.

Quise entrar en tu alma, y iqué descenso!  
¡Qué andar por entre ruinas y entre fosas!  
¡A fuerza de pensar en tales cosas  
me duele el pensamiento cuando pienso!

¡Pasó... ¡Qué resta ya de tanto y tanto  
deliquio? En ti ni la moral dolencia,  
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.

y en mí, iqué hondo y tremendo cataclismo!  
¡Qué sombra y qué pavor en la conciencia  
y qué horrible disgusto de mí mismo!

## NOTAS

61 La Duquesa lob: Según Julio Jiménez Rueda (*El México de Gutiérrez Nájera 1957*) la

protagonista idealizada de este poema es María, una joven que trabajaba en el  
almacén de

Madame Anciaux.

62 Villasana: José María Villasana (1848-1904), el gran caricaturista de *El Ahuizote* y  
dibujante de cuadros de costumbres en *El Mundo Ilustrado*.

63 Prieto Guillermo Prieto.

64 Mico!o: peluquero francés que atendía a los ‘gomosos’, los jóvenes elegantes de  
1880, en un local adornado con pinturas de gallos.

65 Paul de Kock: (1794-1871) novelista francés que con sus novelas populares creó  
el mito de la grisette, término que un diccionario español de la época tradujo:  
‘Modistilla coqueta y amiga de los galanteos’.

66 Madame Marmat: dueña de una tienda de ropa en Plateros que vendía vestidos  
confeccionados en casa por las grisetas.

67 Tan v'lan, tan pschutt: piropos onomatopéyicos franceses.

68 Hélène Kossut: modista francesa que vestía a las damas de la naciente aristocracia  
porfiriana.

69 La Sorpresa: tienda de ropa lujosa en la esquina surponiente de las actuales calles  
de  
Madero y Gante.

70 Jockey Club: Manuel Romero Rubio, suegro de Porfirio Díaz, acababa de:  
fundar el

Jockey Club en el Palacio de los Azulejos, la casa de los condes de Orizaba en que  
hoy está el  
restaurante Sanborn's.

71 Mimí Pinsón: personaje del cuento de Musset ‘Mimi Pinson, profit de grisette’ (1845).

72 Louise Théo: cantante de ópera ligera que vino a México con una compañía francesa en 1882.

73 Cotillón: como fin de fiesta en las reuniones de sociedad se bailaba la danza llamada

‘cotillón’, por regla general en compás de vals.

74 Non omnis moriar: ‘No moriré del todo’: Horacio, Odas libro 111, 30. Ver en este mismo libro la paráfrasis hecha por Joaquín Arcadio Pagaza.

75 Alfonso Toro (1873-1952), historiador e íntimo amigo de Othón quien, para no ofender a su esposa, trató de disimular la experiencia que da tema al Idilio-atribuyéndola en el primer soneto a una confesión de Toro, autor de entre muchos otros libros de Un crimen de Hernán Cortés (1922), Compendio de Historia de México (1926) y La familia Carvajal (1944).

Referencia bibliográfica:

OTÓN, Manuel José. “Idilio salvaje”. Pacheco, José Emilio, presentación y selección de notas. Poesía Mexicana I (1821-1914). Promexa, México, 1985; pp. 221-225.

## II. PASADO INMEDIATO

**EL PROBLEMA.** La historia que acaba de pasar es siempre la menos apreciada. Las nuevas generaciones se desenvuelven en pugna contra ella y tienden, por economía mental, a compendiarla en un solo emblema para de una vez liquidarla. ¡El pasado inmediato! ¿Hay nada más impopular? Es, en cierto modo, el enemigo. La diferencia específica es siempre adversaria acérrima del género próximo. Procede de él, luego lo que anhela es arrancársele. Cierta dosis de ingratitud es la ley de todo progreso, de todo proceso. Certo error o convención óptica es inevitable en la perspectiva. La perspectiva es una interpretación finalista. Se da por supuesto que el primer plano es el término ideal a que venían aspirando, del horizonte acá, todos los planos sucesivos. Las líneas, se supone, caminan todas hacia un fin. El fin somos nosotros, nuestro privativo punto de vista. "Perspectiva" le ha llamado un joven escritor a su reseña de las letras de México. Sumando varias perspectivas, varios sistemas de referencia; reduciendo unos a otros; teniendo en cuenta la relatividad de todos ellos, y su interdependencia para un ojo omnipresente que acertara a mirar el cuadro desde todos los ángulos a la vez, nos acercaremos al milagro de la comprensión.

El pasado inmediato, tiempo el más modesto del verbo. Los exagerados -los años los desengañarán- le llaman a veces "el pasado absoluto". Tampoco hay para qué exaltarlo como un "pretérito perfecto". Ojalá, entre todos, logremos presentarlo algún día como un "pasado definido".

*La etapa.* El año de 1910, en que se realiza el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, nos aparece poseído por un sentimiento singular. Los símbolos de la cronología quieren cobrar vida objetiva. La vaga sensación de la etapa se insinúa en los corazones y en las mentes para volverse realidad. El país, al cumplir un siglo de autonomía, se esfuerza por llegar a algunas conclusiones, por provocar un saldo y pasar, si es posible, a un nuevo capítulo de su historia. Por todas partes se siente la germinación de este afán. Cada diferente grupo social -y así los estudiantes desde sus bancos del aula- lo expresa en su lenguaje propio y reclama participación en el

fenómeno. Se trata de dar un sentido al tiempo, un valor al signo de la centuria; de probarnos a nosotros mismos que algo nuevo tiene que acontecer, que se ha completado una mayoría de edad. En otros tiempos, se echaba a temblar la ignorancia a la aparición de un cometa (aquel cometa fatídico que ya tomo parte, a modo de presagio, o a modo de influencia telúrica, en la conquista de México!). Ahora se derrama por nuestra sociedad una extraña palpitación de presentimiento. Se celebra el Primer Centenario, y cunden los primeros latidos de la Revolución.

El antiguo régimen o como alguna vez le oí llamar con pintoresca palabra, el Porfiriato- venía dando síntomas de caducidad y había durado más allá de lo que la naturaleza parecía consentir. El dictador había entrado francamente en esa senda de soledad que es la vejez. Entre él y su pueblo se ahondaba un abismo cronológico. La voz de la calle no llegaba ya hasta sus oídos, tras el telón espeso de prosperidad que tejía para sí una clase privilegiada.

El problema de una ineludible sucesión era ya angustioso. El caudillo de la paz, de la larga paz, había intentado soluciones ofreciendo candidatos al pueblo. Pero no se es dictador en vano. La dictadura, como el tósigo, es recurso desesperado que, de perpetuarse, lo mismo envenena al que la ejerce que a los que la padecen. El dictador tenía celos de sus propias criaturas y las devoraba como Saturno, conforme las iba proponiendo a la aceptación del sentir público. Y entonces acudía a figuras sin relieve, que no merecieron el acatamiento de la nación. Y el pueblo, en el despertar de un sueño prolongado, quería ya escoger por sí mismo, quería ejercitar sus propias manos y saberse dueño de sus músculos.

Pax. Estos gobiernos de longevidad tan característicos del siglo -Victoria, Francisco José, Nicolás- no sé qué virtud dormitiva traían consigo. Bajo el signo de Porfirio Díaz, en aquellos últimos tiempos, la historia se detiene, el advenir hace un alto. Ya en el país no sucedía nada o nada parecía suceder, sobre el plano de deslizamiento de aquella rutina solemne. Los Científicos, dueños de la Escuela, habían derivado hacia la filosofía de Spencer, como otros positivistas, en otras tierras, derivaron hacia John Stuart Mill. A pesar de ser spencerianos, nuestros directores positivistas tenían miedo de la evolución, de la transformación. La historia, es decir, la sucesión de los

hechos trascendentes para la vida de los pueblos, parecía una cosa remota, algo ya acabado para siempre; la historia parecía una parte de la prehistoria. México era un país maduro, no pasible de cambio, en equilibrio final, en estado de civilización. México era la paz, entendida como especie de la inmovilidad, la Pax Augusta. Al frente de México, casi como delegado divino, Porfirio Díaz, "Don Porfirio", de quien colgaban las cadenas que la fábula atribuía al padre de los dioses. Don Porfirio, que era, para la generación adulta de entonces, una norma del pensamiento sólo comparable a las nociones del tiempo y del espacio, algo como una categoría kantiana. Atlas que sostenía la República, hasta sus antiguos adversarios perdonaban en él al enemigo humano, por lo útil que era, para la paz de todos su transfiguración mitológica.

¡Ah, pero la historia, la irreversibilidad de las cosas siempre en marcha, con su gruñido de Nilo en creciente que no sufre márgenes ni orillas! Trabajo costó a los muchachos de entonces el admitir otra vez -cuando la vida nacional dio un salto de resorte oprimido- que la tela histórica está tramada con los hilos de cada día; que los héroes nacionales -sólo entrevistados en las estampas alegóricas, a caballo y saltando por entre la orla simbólica de laureles-, podían ser nada menos que este o aquel humilde vecino conocido de todos, el Panchito de quien nadie hacía caso; o el ranchero ignorante y pletórico de razón aunque ayuno de razones que, como el Pero Mudo del Poema del Cid, se enredaba cuando quería hablar y sólo sabía explicarse con la espada; y hasta el salteador a lo Roque Guinart, el bandido generoso a quien una injusticia echó fuera del orden jurídico, y un hondo sentimiento ha enderezado por caminos paralelos a los que recorría Don Quijote.

¿La paz? También envejecía la paz. Los caballeros de la paz ya no las tenían todas consigo. Bulnes, un contemporáneo de la crisis, exclama un día: "La paz reina en las calles y en las plazas, pero no en las conciencias." Una cuarteadura invisible, un leve rendijo por donde se coló de repente el aire de afuera, y aquella capitosa cámara, incapaz de la oxigenación, estalló como bomba.

*La inteligencia y la historia.* Este sacudimiento, este desperezo, viene naturalmente envuelto en una atmósfera de motivos espirituales. Los hechos bélicos, políticos y

económicos han sido narrados ya con varia fortuna, y esperan la criba de la posteridad. Importa recoger también los hechos de cultura que, si no fueron determinantes, fueron por lo menos concomitantes. Porque es cierto que la Revolución Mexicana brotó de un impulso mucho más que de una idea. No fue planeada. No es la aplicación de un cuadro de principios, sino un crecimiento natural. Los programas previos quedan ahogados en su torrente y nunca pudieron gobernarla.

Se fue esclareciendo sola conforme andaba; y conforme andaba, iba descubriendo sus razones cada vez más profundas y extensas y definiendo sus metas cada vez más precisas. No fue preparada por enciclopedistas o filósofos, más o menos conscientes de las consecuencias de su doctrina, como la Revolución Francesa. No fue organizada por los dialécticos de la guerra social, como la Revolución Rusa, en torno a las mesas de "La Rotonde", ese café de París que era encrucijada de las naciones. Ni siquiera había sido esbozada con la lucidez de nuestra Reforma liberal, ni, como aquélla, traía su código defendido por una cohorte de plumas y de espadas. No: imperaba en ella la circunstancia y no se columbraban los fines últimos. Su gran empeño inmediato, derrocar a Porfirio Díaz, que parecía a los comienzos todo su propósito, sólo fue su breve prefacio. Aun las escaramuzas del Norte tuvieron más bien el valor de hechos demostrativos. Después, sus luchas de caudillos la enturbian, y la humareda de las disidencias personales tiene que disiparse un poco para que su trayectoria pueda reanudarse. Nació casi ciega como los niños y, como los niños, después fue despegando los párpados. La inteligencia la acompaña, no la produce; a veces tan sólo la padece, mientras llega el día en que la ilumine. Pero presentar sólo algunos de sus aspectos parciales es mutilar la realidad. Consiste la dignidad de la historia en llegar al paralelismo de las ideas con los hechos, rigiendo aquí para los pueblos la misma sentencia de oro que a los individuos propone la Epístola moral: "Iguala con la vida el pensamiento." Cuando la Revolución va a nacer ¿qué sucede en la inteligencia, en la educación y en la cultura, en las masas universitarias, en el mundo de nuestras letras? Para trazar algún día este cuadro conviene recoger desde ahora algunos documentos. El Congreso Nacional de Estudiantes fue una de tantas pruebas

del tiempo, sin duda de las más elocuentes, por cuanto revela que la inquietud invadía ya hasta los gérmenes de nuestro ser cultural. Su crónica particular queda confiada a quienes participaron más íntimamente en sus trabajos.

Entre la vida universitaria y la vida libre de las letras hubo entonces una trabazón que indica ya, por parte de la llamada Generación del Centenario- una preocupación educativa y social. Este solo rasgo la distingue de la literatura anterior, la brillante generación del Modernismo, que —ésa sí— soñó todavía en la torre de marfil. Este rasgo, al mismo tiempo, la relaciona con los anhelos de los estudiantes que, en 1910, resolvieron examinar por su cuenta aquellos extremos que les parecían de urgente consideración.

Comencemos por decir algo sobre el ambiente estudiantil. Si no definirse, que sería intrincado, y ni siquiera describirse, que sería fatigoso, aquel ambiente puede recordarse con dos ejemplos escogidos. Uno, la Escuela Nacional Preparatoria, que tenía más o menos su parangón por los Estados, sirve de común denominador en la base de todas las carreras liberales y es la única que abarca la doctrina educacional de la época; otro, la Escuela Nacional de Jurisprudencia, es la punta aguda que se orientaba preferentemente a la vida pública. De la primera hay que tratar in-extenso; de la segunda sólo hay que mostrar una saliente, acaso una saliente viciosa.

*Grandeza y decadencia de la Escuela Preparatoria.* La Escuela Nacional Preparatoria tiene su grandeza y su decadencia. Al comenzar la segunda mitad del siglo XIX, tierna todavía la República, resentida de su nerviosa infancia, han madurado ya los dos grandes partidos: el liberal, que se inclina hacia una nueva concepción del Estado, en que se mezclan la filosofía de los Derechos del Hombre con el presidencialismo y el federalismo americanos, y el conservador, a quien el apego a las normas hereditarias y el anhelo de conservar el cuadro ya creado de intereses arrastra hasta el despeñadero de una aberración antinacional. Adelanta la invasión francesa sus manos rojas, y llega con sus manos lavadas aquel heredero sobrante de las Casas de Europa. Bajo la marejada imperial, la República queda reducida a las proporciones de la carroza en que emigraba Benito Juárez. Pero, revertida la onda, triunfa para siempre la República. El país había quedado en ruinas, era menester rehacerlo todo. Las

medidas políticas ofrecían alivios inmediatos. Sólo la cultura, sólo la Escuela, pueden vincular alivios a larga duración. Benito Juárez procura la reorganización de la enseñanza pública, con criterio laico y liberal, y confía la ardua tarea al filósofo mexicano Gabino Barreda.

Discípulo de Augusto Comte, imbuido de positivismo francés, fuerte en su concepción matemática del universo -de un universo saneado de toda niebla metafísica y de toda preo -cupación sobre el más allá-, congruente y limitado, contento con los datos de los sentidos, seguro –como todos los de su sistema- de haber matado al dragón de las inquietudes espirituales, acorazado y contundente, Barreda, el maestro de la enseñanza laica, congregó a los hombres de ciencia y creó, como prototipo de su vivero para ciudadanos, la Escuela Nacional Preparatoria, alma mater de tantas generaciones, que dio una fisonomía nueva al país; puesta después de la enseñanza primaria y antes de la profesional o especial, semejante en parte al bachillerato francés, y con un programa encyclopédico que recorría, peldaño a peldaño, la escala comtiana, desde la matemática abstracta y pura hasta las complejas lucubraciones sociales.

A través de incontables vicisitudes, la Escuela Preparatoria se ha venido manteniendo hasta nuestros días, aceptando a regañadientes los vaivenes del tiempo, y al fin sometida a una verdadera locura de transformaciones que algún día se equilibrarán para bien de todos. No tenía por destino el conducir a la carrera y a los títulos, aunque fuera puente indispensable para los estudios de abogados, ingenieros y médicos; sino el preparar ciudadanos -de ahí su nombre; gente apta para servir a la sociedad en los órdenes no profesionales. Sustituía a las humanidades eclesiásticas; llegaba a punto para incorporar en la educación las conquistas del liberalismo político. La Revolución no ha logrado todavía hacer tanto en la medida en que lo logró Gabino Barreda para la revolución de su tiempo. Alma mater siempre y a pesar de todo loada, por su disciplina despojada y sobria y por sus firmes enseñamientos, parecía convertir así el lema de la antigua Academia: "No salga de aquí quien antes no sepa geometría."

Lo que Barreda quería —explica Justo Sierra—

era abrir en el interior de cada uno un puerto seguro, el puerto de lo comprobado, de la verdad positiva, para que sirviera de refugio y fondeadero a los que no quisieran afrontar las tormentas intelectuales, bastante más angustiosas que las del Océano, o a los que volvieran desarbolados y maltrecho de las trágicas aventuras de la ciencia, pero con el incoercible empeño de tentar nuevas empresas, nuevos viajes de Colón en pos de constelaciones nuevas.

La ciencia organizada metódicamente -nos decía también Justo Sierra- "ha puesto la razón y el buen sentido en el fondo de nuestro ser hispanolatino, medulado de imaginación febril y de sentimentalismo extremo". Tierra firme tras el terremoto general, reducto invulnerable en el trastorno de la conciencia pública, cuartel de verdad y coherencia entre los campos de matanza de todas las pedagogías manidas: que se diga si alguna vez se ha creado otra institución más sabia y más adecuada para las necesidades a que respondía.

El alumno de la Preparatoria, al colgar la toga pretexts, desembocaba en la vida adulta capaz de escoger su vocación, dentro o fuera de las carreras profesionales; educado ya en el compendio y dueño de un microcosmo que, en pequeño, reflejaba el mundo; apto para anotar día por día, en su cuadrante, la hora que marcará la ciencia, y para escoger por sí mismo aquella colección de los libros que, al decir de Carlyle, son la verdadera universidad de nuestros días. Para él los distintos rumbos del conocimiento –grave peligro de la sociedad contemporánea- no errarían ya sueltos del nexo que es la profesión general de hombre; no serían ya las ciencias y las artes como las hermanas enemigas del Rey Lear, sino como las milicias de Datis el miedo, que avanzaban dándose la mano. Y el alumno de la Preparatoria entraba en las bregas del conocimiento y de la acción provisto del instrumental mínimo e indispensable, con la dotación completa de la mochila.

Pero todas las instituciones resbalan por su más fácil declive. La herencia de Barreda se fue secando en los mecanismos del método. Hicieron de la matemática la Suma del saber humano. Al lenguaje de los algoritmos sacrificaron poco a poco la historia natural y cuanto Rickert llamaría la ciencia cultural, y en fin las verdaderas

humanidades. No hay nada más pobre que la historia natural, la historia humana o la literatura que se estudiaban en aquella Escuela por los días del Centenario. No alcanzamos ya la vieja guardia, los maestros eminentes de que todavía disfrutó la generación inmediata, o sólo los alcanzamos en sus postrimerías seniles, fatigados y algo automáticos. El curioso Sánchez, mucho más que a la verdadera Zoología, se daba a juntar anécdotas sobre el folklore indígena relativo a la fauna mexicana, anécdotas que, aunque divertidas en sí mismas -y es lástima que se hayan perdido--- no pasaban de ser una prolongación del Roman de Renart o las fábulas del coyote. Se oxidaba el instrumental científico. A nuestro anteojo ecuatorial le faltaban nada menos que el mecanismo de relojería y las lentes, de suerte que valía lo que vale un tubo de hojalata; y no valía más la Cosmografía –tremendo nombre- que por entonces nos enseñaban, bien caricaturizada en aquella travesura escolar que envuelve a los dos profesores de la asignatura:

Quiroga le dijo al "Chante"  
que si era queso la luna,  
y el "Chante" le respondió:  
-Sí es queso, pero de tuna.  
¿No ha quedado duda alguna?  
¿Entendimos? ¡Adelante!

Aunque los laboratorios no seguían desarrollándose en grado suficiente, mejor libradas salían la Física y la Química -ésta bajo la buena doctrina de Almaraz-; pero tendían ya a convertirse en ciencias de encerado, sin la constante corroboración experimental que las mentes jóvenes necesitan, fuera de lo que nos mostraba en su casa Luis León, amable aficionado, o de los ensayos de sales en que aprendíamos nuestro poco de reactivo y soplete. Porfirio Parra, discípulo directo de Barreda, memoria respetable en muchos sentidos, ya no era más que un repetidor de su tratado de Lógica, donde por desgracia se demuestra que, con excepción de los positivistas, todos los filósofos llevan en la frente el estigma oscuro del sofisma; y por

nada quería enterarse de las novedades, ni dejarse convencer siquiera por la hamiltoniana "cuantificación del predicado", atisbo de la futura Logística. El incomparable Justo Sierra, el mejor y mayor de todos, se había retirado ya de la cátedra para consagrarse a la dirección de la enseñanza. Lo acompañaba en esta labor don Ezequiel A. Chávez, a quien por aquellos días no tuve la suerte de encontrar en el aula de Psicología, que antes y después ha honrado con su ciencia y su consagración ejemplar. Miguel Schultz, geógrafo generoso, comenzaba a pagar tributo a los años, aunque aún conservaba su amenidad. Ya la tierra reclamaba los huesos de Rafael Angel de la Peña -paladín del relativo "que"- sobre cuya tumba pronto recitaría Manuel José Othón aquellos tercetos ardientes que son nuestros Funerales del Gramático. El Latín y el Griego, por exigencias del programa, desaparecían entre un cubileteo de raíces elementales, en las cátedras de Díaz de León y de aquel cordialísimo Francisco Rivas -de su verdadero nombre, Manuel Puigcerver- especie de rabino florido cuya sala era, porque así lo deseaba él mismo, el recinto de todos los juegos y alegres ruidos de la muchachada. Cuando el severo Director José Terrés lo llamó al orden por su exceso de lenidad, bastó una breve y algo melancólica indicación de Rivas para que se oyera, en la clase, el vuelo de la mosca. Y el maestro Rivas, que llenaba el pizarrón con sus alías y sus omegas en medio del mayor silencio, se volvió de pronto con las lágrimas en los ojos: "¡Éstos no son mis muchachos! --exclamó- ¡Sigan alborotando como siempre, aunque a mí me echen de la Escuela!" En su encantadora decadencia, el viejo y amado maestro Sánchez Mármol -prosista que pasa la antorcha de Ignacio Ramírez a Justo Sierra- era la comprensión y la tolerancia mismas, pero no creía ya en la enseñanza y había alcanzado aquella cima de la última sabiduría cuyos secretos, como los de la mística, son incomunicables. La Literatura iba en descenso, porque la Retórica y la Poética, entendidas a la manera tradicional, no soportaban ya el aire de la vida, y porque no se concebía aún el aprendizaje histórico -otros hasta dicen "científico"- de las Literaturas, lo que vino a ser precisamente una de las campañas de los jóvenes del Centenario. Un día inventaron, para sustituir los cursos de Literatura, no sé qué casta de animal químérico llamado "Lecturas comentadas de producciones literarias

selectas"; y puedo aseguraros que los encargados de semejantes tareas, por ilustres que fueran en su obra personal de escritores, no tenían la menor noticia de lo que pudiera ser un texto comentado: unas veces se entregaban a vaguedades sentimentales, y otras iban frescamente a acabar en clase el libro que, para su deleite propio, habían comenzado a leer en su casa. La excepción de Manuel Revilla (perdonémosle que casi me expulsa de la clase porque me atreví a citar a Schopenhauer), quien profesó en serio estos cursos elementales, deslizando en ellos un adarme de preceptiva, fue demasiado rauda para dejar verdadera huella. Quien quisiera alcanzar algo de Humanidades tenía que conquistarlas a solas, sin ninguna ayuda efectiva de la Escuela.

En tanto, por los insospechados rincones del antiguo Colegio de San Ildefonso, sorprendíamos a veces la figura fantasmal del gran matemático "Chicho" Prado, alejado de las labores docentes y que vivía allí por caridad del Gobierno; hombre enloquecido de logaritmos, a quien, del mucho velar y poco dormir, las diferenciales y las integrales le habían secado el cerebro, llevándole hasta una mansa enajenación; algo fugitivo y asustadizo, con su poco de agorafobia; pobre ratoncillo pitagórico que andaba royendo por los sótanos sus funciones, sus cosenos y sus raíces. No podíamos menos de preguntarnos si el continuo trato con tales abstracciones sería realmente lo más práctico para la preparación del ciudadano.

Y, sin embargo, no era todavía el derrumbe de la Escuela Preparatoria. Los ponderosos y vetustos muros parecían todavía rezumar la antigua grandeza. El derrumbe vino después; sobrevino singularmente con la exótica importación de eso que se llama High School, itan por debajo de lo nuestro!

Los antiguos positivistas, ahora reunidos en colegio político bajo el nombre de "Los Científicos", eran dueños de la enseñanza superior. Lo extraño es que estos consejeros de Banco, estos abogados de Empresas, no hayan discurrido siquiera el organizar una facultad de estudios económicos, una escuela de finanzas. ¿Qué pudo faltarles para ello? Ni el poder, ni el conocimiento, ni los talentos, ni el interés para estas materias a las que consagraron su vida. Acaso, siguiendo el error de régimen paternal, pensaron que los educandos eran demasiado jóvenes para cosas tan graves, propias

de varones sesudos. Acaso, sin saberlo ellos mismos, los inspiraba un sentimiento de casta, como el que llevó a esconder sus secretos a los sacerdotes egipcios. Porque no hubieran bastado a suplir estas deficiencias ni las lecciones inteligentes y rápidas de Martínez Sobral, ni las contadas lecciones del competentísimo Joaquín Casasús, personalidad eminente de múltiples y elegantes actividades. Lo extraño es que aquellos creadores de grandes negocios nacionales (como en Europa lo eran los sansimonianos Pereira, o el Barón de Mauá en el Brasil) no se hayan esforzado por llenar materialmente el país de escuelas industriales y técnicas para el pueblo, ni tampoco de centros abundantes donde difundir la moderna agricultura. Nuestro pueblo estaba condenado a trabajar empíricamente y con los más atrasados procedimientos; a ser siempre discípulo, empleado o siervo del maestro, del patrón o del capataz extranjeros, que venían de afuera a ordenarle, sin enseñarle, lo que había que hacer en el país. No olvidamos, no, la antigua Escuela de Artes y Oficios y la antigua Escuela de Agricultura. Pero ¿pueden aquellos intentos aislados compararse con lo que se ha hecho después y con lo que pudo hacerse desde entonces? En suma, que no se cargaba el acento donde, según la misma profesión de fe de los Científicos, debió haberse cargado. Se prescindía de las Humanidades, y aún no se llegaba a la enseñanza técnica para el pueblo: ni estábamos en el Olimpo, ni estábamos en la tierra, sino colgados en la cesta, como el Sócrates de Aristófanes.

Ayuna de Humanidades, la juventud perdía el sabor de las tradiciones, y sin quererlo se iba descastando insensiblemente. La imitación europea parecía más elegante que la investidación de las realidades más cercanas. Sólo algunos conservadores, desterrados de la enseñanza oficial, se comunicaban eelosamente, de padres a hijos, la reseña secreta de la cultura mexicana; y así, paradójicamente, estos vástagos de imperialistas que escondían entre sus reliquias familiares alguna librea de la efímera y suspirada Corte, hacían de pronto figura de depositarios y guardianes de los tesoros patrios.

Un síntoma, sólo en apariencia pequeño, de aquella descomposición de la cultura: se puso de moda, precisamente entre la clase media para quien aquel sistema escolar fue concebido, el considerar que había un cisma entre lo teórico y lo práctico. La

teoría era la mentira, la falsedad, y pertenecía a la era metafísica, si es que no a la teológica. La práctica era la realidad, la verdadera verdad. Expresión, todo ello, de una reacción contra la cultura, de un amor a la más baja ignorancia, aquella que se ignora a sí misma y en sí misma se acaricia y complace. Cuando la sociedad pierde su confianza en la cultura, retrocede hacia la barbarie con la velocidad de la luz. ¿Dónde quedaba entonces el estupendo precepto comtiano? En vano los vitrales de la Escuela Preparatoria dejaban ver al trasluz con grandes letras: "Saber para prever, prever para obrar."

Antes de seguir adelante, un franco tributo a la memoria del gran Ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra. Nada de lo dicho va contra este magno organizador de la educación primaria. Dondequiera que intervino, hizo el bien. Ni podía estar en todas partes; ni era posible que a los centros universitarios llegara otra cosa que su correcta gestión administrativa; ni menos habría que exigirle el detener por sí solo los efectos de complejísimos acarreos sociales. Sabía que la Preparatoria reclutaba a la clase media, pero no podía absorber al pueblo; y por eso, para ir al pueblo, quiso completarla por abajo en las escuelas primarias, donde sembró el bien a manos llenas. De suerte que dio un paso más sobre Barreda: el que le tocaba dar en su tiempo. Finalmente, también completaría la obra por arriba, en la investigación superior, poniendo como corona a su nueva Universidad -con plena conciencia de que ya la Preparatoria y las Profesionales eran insuficientes- aquella Escuela de Altos estudios llamada precisamente a ser baluarte de nuestras campañas juveniles: la Escuela contra la cual se agitaron -como es natural- la ignorancia de legisladores improvisados y el sectarismo de los menos que positivistas; la Escuela que abrió al fin las puertas a las Letras y a la Filosofía, de la que procede la actual Facultad, cuyo solo nombre hubiera sido incomprendible en aquella edad venturosa. Por si su pluma no bastara para su gloria, es Justo Sierra, en la administración porfiriana, la inteligencia más noble y la voluntad más pura. A la distancia de las jerarquías y los años, se sintió amigo de los jóvenes, nos vio nacer a la vida espiritual, nos saludó con públicas manifestaciones de confianza y de simpatía, comprendió nuestras rebeldías y acaso las bendijo. En el Gabinete, era el Ministro de lujo de quien se hace caso hasta cierto

punto porque -"cave canem"- es poeta, y a quien el omnipotente Ministro de Hacienda escatima todo lo que puede el dinero y la autoridad. Era el mejor: es casi el santo.

*La escuela de los tribunos.* A la Escuela Nacional de Jurisprudencia -el otro ejemplo que hemos escogido como recuerdo de la época- sólo habrá que referirse rápidamente para señalar algunos vicios. Sus problemas particulares como se reflejan sobre el ambiente del Centenario; y aun puede decirse que los estudiantes de 1910 aplican contra aquellos vicios un primer correctivo.

Aunque los maestros daban a entender que al país no le convenía la pléthora de profesionales y que la patria esperaba ansiosa a las puertas de la Preparatoria, los jóvenes preferían las mayores preeminencias sociales. Al final de cursos, los preparatorianos, en su mayoría, cruzaban rápidamente la calle y se inscribían para las carreras. No pocos optaban por la de abogado, la más ostensible entonces, asiento de preferencia para el espectáculo de la inminente transformación social, asiento que permitía fácilmente saltar al escenario. La opinión lo esperaba todo de los abogados. Pero ya cuando el Congreso Nacional de Estudiantes -y éste es otro de los sentidos que tuvo aquel Congreso- los alumnos de todas las profesiones manifestaban por primera vez de un modo evidente que todos se sentían llamados a entenderse con los deberes públicos.

Había otras razones para que la carrera de las Leyes atrajera un contingente subido: las Leyes parecían una aproximación a las Letras, que no tenían refugio académico. El muchacho que acertaba a concordar cuatro consonantes por los corredores de la Preparatoria, había descubierto su vocación de abogado. Con ayuda de la suerte y también de buenos valedores, era fácil que, en alcanzando el título, no tuviera que ejercerlo realmente sino que, en méritos a su "facilidad de palabra" (fórmula de la época), Don Porfirio lo mandara elegir diputado por cualquier región inverosímil. Aquel mundo, poco diferenciado, ofrecía la disyuntiva de instalarse en la plena luz o de refugiarse en la sombra completa. Para lo primero, hacerse profesional, o como aquí decimos, "profesionista". Más allá de la Preparatoria ¿para qué otra cosa podía valer el estudio? ¿Quién se ocupaba de ciencia pura? Sólo algunos beneméritos a

quienes se tenía por chiflados. Creían los hombres de entonces ser prácticos; pretendían que la historia y la literatura sólo sirven para adornar con metáforas o reminiscencias los alegatos jurídicos. Afirmaban que la poesía era una forma atenuada y deglutable de la locura, útil sólo en la juventud a título de ejercicio y entrenamiento, silabario de segundo grado o juego auxiliar de la mente como los acertijos. Y las aulas de Derecho se iban llenando de jóvenes que podían repetir las palabras de Rubén Darío:

¡y pensar que no soy lo que yo hubiera sido!

¡La pérdida del reino que estaba para mí!

iFelices los que ya de suyo nacían orientados hacia los únicos caminos por aquel entonces practicables! Algunos bogaban en las carreras autorizadas como pescadores en aguas ajenas. Y la verdad es que mal podía haber sonado para entonces la hora del laboratorio o de las Musas. Antes de eso, era imprescindible que las escobas de Hércules acabaran su misericordia en los establos de Augias. y todavía falta decir que, aunque entre los verdaderos poetas (la radiante pléyade del Modernismo, de que todavía lucían los astros mayores) no sucedía así, los estudiantes inclinados a escribir versos propendían a confundir la materia poética con la oratoria. Y la facultad oratoria llevaba como de la mano a la Facultad de Derecho donde, en tiempos anteriores al Centenario, había hasta cursos de oratoria forense.

Desde la Constitución de 1857, el culto a la oratoria había sido muy vivo en México. La gran falange liberal quedaba en el recuerdo de todos, y era la corte de honor de la Democra- cia Mexicana: Ramírez, Prieto, Lerdo, tantos otros. Uno de los últimos supervivientes de aquella etapa, Miguel Zamacona, había sido un grande orador, y los estudiantes de comienzos del siglo (es decir, todavía impregnados de siglo XIX), lo saludaban por la calle con íntimo respeto y con noble envidia. A Bulnes se le perdonaba más de un desmán histórico porque era un buen orador. Jesús Urueta, mimo y recitador incomparable de piezas oratorias que, muchas veces, más eran poemas que discursos, tenía engolosinado al público, y exigente en cuanto a la perfección musical de cada párrafo.

Pero quien seguramente puso cátedra de oratoria en la Escuela de Derecho fue el maestro Jacinto Pallares, sólo vivo ya por el recuerdo en los días del Centenario. Jurisconsulto de primera, conocedor minucioso de los percances de cada ley y de la historia de cada noción jurídica en México, algo casuista, muy familiarizado con Renan y muy teólogo hereje, paradójico, ingenioso, epigramático, rápido en la saeta y emponzoñado en la pelea, ni siquiera le faltaba el gran recurso de los oradores románticos: la heroica y desaliñada fealdad.

Sin duda Pallares dejó buena simiente en algunas naturalezas sanas, al punto que cuesta trabajo hacer de justiciero con su memoria. Pero es de sospechar que, en su cátedra, a juzgar por los testimonios que de ella quedaban, se preocupó más de deslumbrar que de enseñar. Hacía gala de su talento, aun a costa del discípulo si ello le venía bien, y suscitaba en los oyentes un entusiasmo pasajero, una irritación estéril, que a lo más sólo les servía para sacar esta conclusión de dudosa moral: hay que ser orador, orador a toda costa y por sobre todo; es lo único que vale en la tierra. La Escuela de Derecho fue entonces la Escuela de los Tribunos. Venteando de lejos la Revolución, los juristas oratorios que nos precedieron soñaban con discursos en las barricadas. No les tocaría esa suerte. La Revolución dejó atrás, con celeridad de cataclismo, las audacias de los letrados. Muy pronto prescindió de ellos. Empujada por fuerzas reales y no verbales, fue tallando a golpes su ideología, bien lejana de lo que habían imaginado sus primeros profetas.

*Aislamiento.* El loable empeño de salvar a la juventud de toda contaminación con las turbulencias que precedieron a la paz porfiriana, y el propósito decidido -una vez lograda la higienización positivista- de no volver a las andadas en materia de educación, tuvieron un singular efecto: crearon una atmósfera de invernadero y hasta una rareza de campana neumática. Habíamos superado las revoluciones y habíamos superado la era metafísica. El nuevo México revolucionario ha sido considerado con recelo por más de un gobierno hispanoamericano, temeroso de algún contagio. Con igual recelo consideraban entonces a los inquietos países del Continente los hombres de la Pax Augusta. Además, no se había descubierto aún el medio de informarse sobre el verdadero estado cultural de tales países, obra ésta de las nuevas literaturas

mucho más que de los políticos. ¿Habrían superada aquellas Repúblicas la era teológica y la metafísica? ¿No se conocía acaso el desarrollo del positivismo en la Argentina y en el Brasil, para sólo citar dos casos ilustres? Las relaciones internacionales en el Sur, en que las rápidas y eficaces Embajadas de Vasconcelos y de Caso inaugurarían la etapa contemporánea, se mantenían en aquella situación embrionaria e intermitente que permitía enviar un representante al Atlántico y un representante al Pacífico. Las relaciones comerciales, indispensable vehículo, no habían llegado siquiera a la modesta situación que hoy ofrecen. Lo mejor era no meterse en honduras, con y sin mayúscula. Y como también se ignoraba a España olímpicamente -otro aspecto de nuestra reacción consistió en rectificar este punto- resulta que, alejados de lo que más se nos parecía, privados de todo elemento lógico de comparación, carecíamos de instrumentos para investigarnos a nosotros mismos. En su destierro de Madrid, el perspicaz Pablo Macedo, científico representativo, me confesó un día: "¡Qué engañados vivíamos sobre el verdadero valor de España!"

En cierta carta de 1917 a los amigos cubanos, se ha procurado describir este carácter de la época:

Hubo un día -se dice ahí- en que mi México pareció,  
para las conciencias de los jóvenes, un dón inmediato que los  
cielos le habían hecho a la tierra, un país brotado de súbito  
entre dos mares y dos ríos, sin deudas con el ayer ni compro-  
misos Con el mañana. Se nos disimulaba el sentido de las expe-  
riencias del pasado, y no se nos dejaba aprender el provechoso  
temor del porvenir. Toda noticia de nuestra verdadera posi-  
ción ante el mundo se consideraba como indiscreta. Por miedo  
al contagio, se nos alejaba de ciertas pequeñas Repúblicas revo-  
lucionarias. y teníamos un concepto estático de la patria, e  
ignorábamos las tormentas que nos amenazaban. Y creíamos,  
o se nos quería hacer creer, que hay hombres inmortales, en  
cuyas rodillas podían dormirse los destinos del pueblo. \* (1)

---

\* (1).A. R., "Rodó" (1917) en El Cazador. Madrid. 1921. Obras Completas. III, p. 134.

En esa carta se explica también cómo la lectura de Rodó contribuyó entonces a damos un sentimiento de solidaridad, de fraternidad con nuestra América.

*La generación del Centenario.* Permitidme ahora que cite otro documento de la época, que puede servimos de síntesis:

¿Cómo explicarlo? Los muchachos de mi generación éramosdigamos- desdeñosos. No creíamos en la mayoría de las cosas en que creían nuestros mayores. Ciento que no teníamos ninguna simpatía por Bulnes y su libro *El verdadero Juárez*. Ciento que no penetrábamos bien los esbozos de revaloración que algún crítico de nuestra historia ensayaba en su cátedra oficial, hasta donde se lo consentía aquella atmósfera de Pax Augusta. Pero comenzábamos a sospechar que se nos había educado -inconscientemente- en una impostura. A veces, abríamos la Historia de Justo Sierra, y nos asombrábamos de leer, entre líneas, atisbos y sugerencias audaces, audacísimos para aquellos tiempos, y más en la pluma de un Ministro. El Positivismo mexicano se había convertido en rutina pedagógica y perdía crédito a nuestros ojos. Nuevos vientos nos llegaban de Europa. Sabíamos que la matemática clásica vacilaba, y la Física ya no se guardaba muy bien de la Metafísica. Lamentábamos la paulatina decadencia de las Humanidades en nuestros programas de estudio.

Dudábamos de la ciencia de los maestros demasiado brillantes y oratorios que habían educado a la inmediata generación anterior. Sorprendíamos los constantes flaqueos de cultura en los escritores Modernistas que nos habían precedido, y los académicos, más viejos, no podían ya contentarnos. Nietzsche

nos aconsejaba la vida heroica, pero nos cerraba las fuentes de la caridad. ¡Y nuestros charlatanes habían abusado tanto del tópico de la regeneración del indio! Sabíamos que los autores de nuestra política –acaso con la mejor intención– nos habían descartado un poco, temerosos de que el tacto de codos con el resto de la América española nos permitiera adivinar que nuestro pequeño mundo, de hecho aristocrático y monárquico, apenas se mantenía en un equilibrio inestable. O acaso temían que la absorción repentina de nuestro pasado -torvo de problemas provisionalmente eludidos- nos arrojara de golpe al camino a que pronto habíamos de llegar: el de la vida a sobresaltos, el de las conquistas por la improvisación y hasta ja violencia, el de la discontinuidad en suma -única manera de vida que nos reservaba el porvenir, contra lo que hubieran querido nuestros profesores evolucionistas y spencerianos. \*(2)

Entretanto, un nuevo plantel de escritores había crecido. Conviene fijar su actitud. Cuando se habla de la moderna literatura mexicana de la exclusivamente contemporánea- se alude por lo común a los prosadores que van de Justo Sierra a Jesús Urueta, y a los poetas mayores, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Othón, Icaza, Urbina, Nervo, la primera época de Tablada, englobándolos más o menos bajo la enseña del Modernismo. Es la segunda época porfiriana. En la última mitad de aquel régimen, que abarca dos literaturas, apareció entre nosotros esa fiebre que se apodera de la mente americana por los años de Ochenta, y vino a confluir al fin (mensajero, Rubén Darío) con la embestida de los escritores españoles del Noventa y Ocho. Es el período postromántico. Justo Sierra llama a Gutiérrez Nájera: "flor de

---

\* (2) A. R., *El testimonio de Juan Peña* (1923), Río de Janeiro, 1930.

otoño del romanticismo mexicano". Los escritores de este período eran, hasta antes de la Revolución, los únicos escritores mexicanos conocidos en el extranjero.

Lo que se ha dicho sobre la moderna literatura francesa es aplicable en mayor o menor grado a todas las liternturas modernas: sus fuentes han de buscarse en las pequeñas revistas. Cuando en España se levante el índice de las Revista del Noventa y Ocho, se tendrá el material indispensable para apreciar la fuerza de arranque de la España nueva. Veamos lo que entre nosotros acontece, revolviendo otra vez algunas páginas que ya andan en libros, y acaso retocándola para mejor comprensión: \*(3)

Con Gutiérrez Nájera quedaban abiertos los nuevos rumbos; su órgano era la Revista Azul. Heredera de sus timbres, la Revista Moderna popularizó entre nosotros los modos de la poesía post romántica. Los escritores que despuntan en la primera revista florecen ya en la segunda. Pero la hora de la Revista Modema había pasado. Sus, poetas tuvieron como cualidades comunes cierto sentimiento agudo de la técnica -técnica valiente, innovadora— y, exceptu ando a Urbina que perpetuó a su manera la tradición romántica, a Díaz Mirón que vivía en su torre, y a Icaza cuya poesía se explica más bien como un ciclo aparte, cierto aire familiar de diabolismo poético que acusa una reciprocidad de influencias entre ellos y su dibujante Julio Ruelas.

Agrupábanse materialmente hablando en redor del lecho donde Jesús Valenzuela, siempre mal avenido con las modas, las escuelas y las costumbres, iba derrochando, después del otro, el caudal de su generosa vida. Tablada doraba sus esmaltes; Nervo soñaba, entregado a su misticismo lírico; Urueta cantaba como una sirena. A veces llegaba de la provincia Manuel José Othón, con el dulce fardo de sus bucólicas a cuestas, lejano, distraído, extático. Otón espera el día de su consagración definitiva.

---

\* (3) A. R., "Rubén Darío en México: L El ambiente literario", *Los dos caminos*, Madrid, 1923. En estas páginas se cuenta cómo, habiendo sido Rubén Darío nombrado Plenipotenciario de Nicaragua para las fiestas mexicanas del Centenario juntamente con Santiago Argüello, la caída bajo la presión de los Estados Unidos, del gobierno que él representaba, hizo imposible ya su llegada hasta la ciudad de México, o la hizo poco aconsejable a los ojos del gobierno de Porfirio Díaz, en vista de la efervescencia contra Washington que se produjo entre nuestros universitarios, efervescencia que no dejó de manifestarse en tomo a la persona de Arguello, y que hubiera sido mucho más intensa si Darío llega a aparecer en la capital. Ver *Obras Completas*, IV, apénd. No. 8, d, e y h.

Es el clásico. En la historia de la poesía española es, al mismo tiempo, una voz conocida y nueva. Su verso tiene, junto a las reminiscencias de Fray Luis, ecos de Baudelaire. Aprendí en los maestros definitivos, no en los vanos dioses de la hora. Hizo, como quería Chénier, versos antiguos con pensamientos nuevos. Nervo -que no era todavía el sabio varón de los últimos años- incurrió en el pecadillo de censurar el uso de los "metros viejos" en Othón. Era el duelo entre el alejandrino modernista y el endecasílabo de abolengo. Othón se defendía oponiendo, a su vez, que el alejandrino castellano es tan viejo como Berceo. Nervo, en suave ascención durante los últimos años, nos hace pensar que su final era merecido como un premio. Pocos realizaron al igual de él la máxima estoica: que el tránsito mortal es cosa tan grave, que hay que meditarlo toda la vida para acertarlo una sola vez con todo decoro. Urueta, que murió también a orillas del Plata, llegó allá en tal estado de postración que nuestros amigos argentinos no pudieron ya disfrutar en él uno de los más perfectos espectáculos del hombre parlante. Aquel poeta de los sentidos era un invitado al banquete de la locura. Educaba con aladas palabras el gusto estético de la juventud, haciéndole amar las cosas bellas y la Grecia francesa. Su influencia en la prosa mexicana sólo ha reconocido por límites la imposibilidad de seguirlo al mar armonioso en que navega. En cuanto a don "Chucho" Valenzuela, su recuerdo perdurará más que su poesía, cuya más amable cualidad era carecer de nombre en la Poética. A los otros los ha dispersado la vida, mientras los iba recogiendo la muerte.

Díaz Mirón siempre estuvo solo, y siempre descontentadizo y febril, castigaba el estro, confesándose inferior a su ideal, pero superior a lo demás. Góngora mexicano a quien la crítica apenas comienza a acercarse, nos deja un ejemplo de fuerte arranque, nos deja una lección de oficio, un consejo de frenar a Pegaso, una dolorosa tortura de perfección y una exacerbación de solitario.

Tablada enmudecía temporalmente, aunque sus excelentes dones literarios no estaban agotados por suerte. Después de un largo silencio, había de resurgir remozado, puesto a compás de la última poesía sintética y del epígrama japonés (tan madrigal como epígrama), inventando por su cuenta fórmulas semejantes a las de Apollinaire, para impresionar visiblemente a los grupos literarios más nuevos.

A principios de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón fundaron una revista juvenil. Le pusieron un nombre absurdo: *Savia Moderna*. No sólo en el nombre, en el material mismo prolongaba a la *Revista Moderna*. Duró poco -era de rigor- pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo. Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como un santo y seña entre la pléyade que discretamente se iba desprendiendo de sus mayores. "La redacción -escribe Rafael López- era pequeña como una jaula. Algunas aves comenzaron allí a cantar." A muchos metros de la tierra, sobre un edificio de seis pisos, abría su inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: a un lado, la Catedral; a otro, los crepúsculos de la Alameda. Frente a aquella ventana el joven Diego Rivera instalaba su caballete. Desde aquella altura cayó la palabra sobre la ciudad.

En el grupo literario de *Savia Moderna* había los dos géneros de escritores: los que escriben, los que no escriben. Entre los segundos, y el primero de todos, Acevedo. Decía, con Goethe, que escribir es un abuso de la palabra. Más tarde ha incurrido en la letra escrita. Conversador incomparable, conferenciante nítido y justo. El nombre de Jesús Acevedo anda en nuestros libros, pero su obra, que fue sobre todo de precursor, obra de charlas, de atisbos, de promesas, no podrá recogerse. El tomo de sus disertaciones por así decirlo oficiales, que la piedad amistosa ha colecionado, no da idea de lo que fue Acevedo; arquitecto que casi no llegó a poner piedra sobre piedra, pero que despertó el interés por lo colonial mexicano y encauzó en este estudio a los que habían de propagarlo y hacerlo renacer en nuestros estilos actuales. El volumen de artículos que de él ha podido juntarse, hijo de los obligados ocios de Madrid -donde este lector de los simbolistas franceses quiso cambiar unos días el grafio por la pluma- es un documento curioso que descubre perspectivas sobre aquel escritor posible. Cierto sarcasmo, cierta manera desdeñosa, mientras vivió en México. En la ausencia, se destempló el resorte, se rindió el carácter. Acevedo sufría entonces hasta las lágrimas, echando de menos, como perro callejero, el paisaje de piedra de

su capital mexicana. No quiso luchar: se dejó morir nuestro pobre amigo, demasiado fino para defenderse.\* (4)

Entre los prosistas doblados de poetas estaba Ricardo Gómez Robelo, que era propia imagen del mirlo de Rostand.

*Ctte ame!... On est plus las d'avoir couru sur elle,  
Que d'avoir tout un jour chassé la sauterelle.*

La misma agilidad de su pensamiento lo hacía cruel; y además -grave ofensa para el género humano- estaba enamorado del genio. Como a todo aquel que ha probado las desigualdades de la suerte, le tentaban las solicitudes de la fantasía. Ignoraba cuántos volúmenes llevan publicados Monsieur Chose y Perico el de los Palotes, pero leía y releía constantemente los veinte o treinta libros definitivos. Más tarde nos lo arrebató la guerra civil y nos lo trajo un día disfrazado de guerrillero. Los noticieros lo encontraban, en los campamentos, traduciendo a Elisabeth Barrett Browning. Luego volvió a sus inquietudes artísticas, siempre un poco estéril. Anduvo con la imaginación paseando de Egipto a Grecia, y entró al fin en la vieja Aztlán. Esotérico, mago.

No he visto fealdad más patética que la suya, ni una voluptuosidad mayor para el misterio. Cuando lo enterramos, no había hecho nada. ¿Nada? ¡Amar el genio! Su vida había sido siempre trágica, y lo más trágico o 10 más feliz es que él nunca pareció percatarse.

Alfonso Cravioto era el representante del sentido literario: su prosa, fluida, musical, colorida. Su vida estaba consagrada a la espectación literaria. Había colecionado los artículos, los retratos, los rasgos biográficos de todos sus compañeros. Hacía creer que poseía en casa tesoros de documentación. Nadie sabía si era o no rico, si escribía o no en secreto.

Cuentan que escribe, y no escribe;  
dicen que tiene, y no gasta.

---

\* (4) A. R., "Notas sobre Jesús Acevedo". Reloj de sol, Madrid, 1926. Obras Completas, IV. pp. 444-448.

se decía él a sí mismo en unas coplas que quiso hacer pasar por anónimas, y en que desfilaban, clavados con la flechita del epigrama, todos los del grupo. De cuando en cuando, asomaba para celebrar en una prosa de ditirambo algún triunfo del arte o del pensamiento. Cegado por un falso ideal de perfección, nunca empezaba a imprimir sus libros. Después intervino en la vida pública. Orador elegante y persuasivo, fácilmente salía victorioso de sus causas. De mil modos ha contribuido al desarrollo de la pintura en México, y al fin nos ha dado unos versos de un "parnasismo" mexicano muy suyo, hechos de curiosidad y cultura.

Entre los poetas estaba Rafael López, poeta de apoteosis, fiesta plástica, sol y mármol, que después buscó emociones más universales, tras de haber embriagado su adolescencia en los últimos haxix del decadentismo. Estaba Manuel de la Parra, musa diáfana, de nube y de luna; alma monástica, borracha de medievalismos imposibles, "ciega de ensueño y loca de armonía". Estaba Eduardo Colín, entregado a una gestación laboriosa en que se combatirían el poeta seco y el prosador jugoso, más tarde desembarazado y suelto. Estaba Roberto Argüelles Bringas, tan austero, áspero a la vez que hondo, en quien la fuerza ahogaba a la fuerza, y el canto sin poder fluir brotaba a pulsaciones. Aún no venía de su provincia el poeta mayor, González Martínez, todo él ejemplo de probidad. Y apenas salía de su infancia Julio Torri, graciosamente diabesco, duende que apagaba las luces, íncubo en huelga, humorista heiniano que nos ha dejado algunas de las más bellas páginas de prosa que se escribieron entonces; y luego, terso y fino, tallado en diamante con las rozaduras del trato, no admite más reparo que su decidido apego al silencio: acaso no le den tregua para escribir cuanto debiera las "cosas de la vida", como suele decirse, la tiranía de aquel "amo furioso y brutal" que tanto nos hace padecer.

Y de propósito dejo para el fin a Caso, a Vasconcelos, a Pedro Henríquez Ureña. La filosofía positivista mexicana, que recibió de Gómez Robelo los primeros ataques, había de desvanecerse bajo la palabra elocuente de Antonio Caso, quien difundiría por las aulas las nuevas velrdades. No hay una teoría, una afirmación o una duda que él no haya hecho suyas siquiera un instante, para penetrarlas con aquel íntimo conocimiento que es el amor intelectual. La historia de la filosofía, él ha querido y ha

sabido vivirla. Con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las organiza, su cátedra sería, más tarde, el orgullo de nuestro mundo universitario. Su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, lo convertirían en el director público de la juventud.

En lo privado, era muy honda la influencia socrática de Henríquez Ureña. Enseñaba a oír, a ver, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pesando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia. Era, de todos, el único escritor formado, aunque no el de más años. No hay entre nosotros ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó. El peruano Francisco García Calderón escribía de él: "Alma evangélica de protestante liberal, inquietada por grandes problemas; profundo erudito en letras castellanas, sajonas, italianas." Díaz Mirón, que lo admiraba, le llamaba "el dorio".

José Vasconcelos era el representante de la filosofía antioccidental, que alguien ha llamado "la filosofía molesta". La mezclaba ingeniosamente con las enseñanzas extraídas de Bergson, y en los instantes que la cólera civil le dejaba libres, esbozaba ensayos de una rara musicalidad ideológica (no verbal).

Hace veinticinco años se dijo de él:

Mucho esperamos de sus dones de creación estética y filosófica, si las implacables Furias Políticas nos lo dejan ileso.

Es dogmático: Oaxaca, su Estado natal, ha sido cuna de las tiranías ilustradas (Juárez, Díaz) o Es asiático: tenemos en nuestro país dos océanos a elección; algunos están por el Atlántico; él, por el Pacífico.\*(5)

Entretanto, la exacerbación crítica que padecíamos corroía los moldes literarios; los géneros se mezclaban un tanto y la invención pura padecía. Apenas la novela tradicional tenía un campeón en Carlos González Peña, trabajador infatigable. Teatro no había. El cuento, en manos de Torri, se hacía crítico y extravagante. (Nunca ha

---

\* (5) A. R., "Rubén Daño en México: lo El ambiente literario". Los dos caminos, Madrid, 1923; y además, "Despedida a José Vasconcelos". Reloj de sol, Madrid, 1926 y Obras Completas, IV, pp. 301.s.s.

publicado él sus páginas de entonces: el embustero que privaba de existencia a los que nombraba, el que se embriagaba con sangre de gallo, el descabezado que traía la cabeza pegada y no podía acercarse al fuego para que no se le derritiera el pegamento.) Era aquélla, sobre todo, una generación de ensayistas, filósofos y humanistas autodidactos. Quién sabe si algún poeta del grupo no se haya empobrecido un poco, por la necesidad de movilizar todas sus fuerzas hacia la reconstrucción crítica en que estábamos empeñados.

Tuvimos dos hermanos mayores: Enrique González Martínez, tránsito entre la generación pasada y la venidera, que tenía de la pasada, de los Modernistas o "decadentes", los secretos técnicos; de los jóvenes, la seriedad artística; y de suyo, aquella manera de castidad espiritual que hace de él un alto poeta. Y el otro hermano mayor fue Luis Urbina que, en su rara penetración, nos adivinó, vino hacia nosotros y se mezcló en nuestras filas, nos enseñó a tuteamos con él, reconoció que podía adquirir algo en nuestra frecuentación, y no tuvo empacho en abrir de nuevo los libros para estudiar, modesto y sencillo, en nuestra compañía.

Tales eran, al iniciar el ataque, los caballeros del "Sturm und Drang" mexicano. Uno de los nuestros, Pedro Henríquez Ureña, ha escrito:

Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (ioh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leímos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los aca-

démicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte pompier: nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en actitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico.\*(6)

He aquí, brevemente reseñadas, las principales fases de aquel movimiento que, como lo explica Henríquez Ureña, no se inspiró en el afán de asaltar los puestos educativos, sino de renovar las ideas.

*La primera campaña.* 1º En 1906, la revista *Savia Moderna*.

2º El propio año, la exposición de pintura de *Savia Moderna*, donde por primera vez se exhiben las obras de Ponce de León, Francisco de la Torre y Diego Rivera. Acababa de llegar de Europa un hombre inquieto a quien deben mucho las artes mexicanas, las cultas como las populares: Gerardo Murillo, el "Doctor Atl", fue el animador. En pocos meses, y con unos cuantos documentos, provocó la efervescencia del impresionismo y la muerte súbita del estilo pompier. La pintura académica se atajó de repente. La transformación artística se operó en un abrir y cerrar de ojos. Esta exposición recordada sólo por Daniel Cosío Villegas, si no me engaño, tiene una trascendencia en que todavía no se ha insistido lo bastante.

3º La manifestación en memoria de Gutiérrez Nájera. Por 1907, un oscuro aficionado quiso resucitar la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera, para atacar precisamente las libertades de la poesía que proceden de Gutiérrez Nájera. No lo consentimos. El reto era franco, y lo aceptamos. Alzamos por las calles la bandera del arte libre. Trajimos bandas de música. Congregamos en la Alameda a la gente universitaria; los estudiantes acudieron en masa. Se dijeron versos y arengas desde el kiosco público. Por primera vez se vio desfilar a una juventud clamando por los

---

\* (6) Pedro Henríquez Ureña, "La influencia de la revolución en la vida intelectual de México", *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, La Habana (posterior a 1924), pp. 114-115.

fueros de la belleza, y dispuesta a defenderlos hasta con los puños. Ridiculizamos al mentecato que quería combatimos, y enterramos con él a varias momias que andaban por ahí haciendo figura de hombres. Por la noche, en una velada, Urueta nos prestó sus mejores dardos y nos llamó "buenos hijos de Grecia". La Revista Azul pudo continuar su sueño inviolado. No nos dejamos arrebatar la enseña, y la gente aprendió a respetamos.

4º La Sociedad de Conferencias. El viaje a Europa de Alfonso Cravioto dio fin a la *Savia Moderna*. Acevedo nos congregó en su taller, y fundamos la Sociedad de Conferencias para tener trato directo con los públicos, para hablar con ellos. El primer ciclo se dio en el Casino de Santa María. En cada sesión había un conferenciante y un poeta. Así fue extendiéndose nuestra acción por los barrios burgueses. Hubo de todo: metafísica y educación, pintura y poesía. El éxito fue franco.

5º La afición de Grecia era común, si no a todo el grupo, a sus directores. Poco después, alentados por el éxito, proyectábamos un ciclo de conferencias sobre temas helénicos. Fue entonces cuando, en el taller de Acevedo, sucedió cierta memorable lectura del Banquete de Platón en que cada uno llevaba un personaje del diálogo, lectura cuyo recuerdo es para nosotros todo un símbolo. El proyecto de estas conferencias no pasó de proyecto, pero la preparación tuvo influencia cierta en la tendencia humanística del grupo.

6º Manifestación en memoria de Barreda. En 1908, decidimos honrar la memoria de Gabino Barreda, ante los ataques emprendidos contra la Escuela Preparatoria por los conservadores del periódico *El País*. Hubo una sesión en la Preparatoria; se organizó un acto teatral, una serie de discursos, y los discursos resultaron -aun sin habérnoslo propuesto-, algo como la expresión de un nuevo sentimiento político. Fue la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen. Los maestros positivistas, que esperaban una fiesta en su honor, quedaron tan atónitos como la gallina que crió los patos, y decidimos devolverles el dinero con que habían contribuido al alquiler de la sala. El periódico del régimen no pudo ocultar su sorpresa ante aquellos nietos descarriados del positivismo que, sin embargo, confesaban su solidaridad con la obra liberal de Barreda. Los oradores de aquel

verdadero mitin filosófico -entre los cuales se contaban hombres de generaciones anteriores como Diódoro Batalla y Rodolfo Reyes- se percataron de que habían contraído ante la opinión un serio compromiso. En el orden teórico, no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución. Algun historiador político, Luis Manuel Rojas, lo reconoce así. De entonces parte lo que Vicente Lombardo Toledano ha llamado: "El sentimiento humanista de la Revolución Mexicana." \*(7)

7º Segundo ciclo de la Sociedad de Conferencias, esta vez en el Conservatorio Nacional, porque nuestras actividades se atreven ya a los teatros de Estado.

8º En 1909, Antonio Caso da en la Escuela Preparatoria un curso de conferencias sobre la Filosofía Positivista, que acaba de definir la actitud de la gente joven frente a las doctrinas oficiales.

9º A fines de ese año, fundación del Ateneo de la Juventud, cuya vida queda incorporada a la historia de nuestra literatura. Las sesiones públicas del Ateneo, en el salón de actos de la Escuela de Derecho, se suceden quincenalmente por varios años y dejan un surco duradero.

10º 1910, el año del Centenario. En la misma Escuela de Derecho, abrimos una serie de conferencias, todas sobre asuntos americanos. Caso habla sobre el educador antillano Eugenio María de Hostos; Vasconcelos, de Gabino Barreda; Henríquez Ureña, de Rodó; González Peña, de Fernández Lizardi, "El Pensador Mexicano"; el español José Escofet -después director de La Vanguardia, de Barcelona- sobre Sor Juana Inés de la Cruz; yo traté sobre Manuel José Othón.

*La nueva Universidad.* Ese mismo año, Justo Sierra crea la Escuela de Altos Estudios y, agrupándola a las Profesionales, forma un cuadro semiautonómico que otra vez se atreve a llamar Universidad, y que nada tiene de común con la antigua, la cual había entrado en agonía desde las reformas de Gabino Barreda.

La fundación de la nueva Universidad Nacional -apremiada por las fiestas del Centenario-acaso no fue preparada suficientemente en el orden administrativo. En rigor, lo que se fundó fue una junta coordinadora entre las diversas facultades ya existentes. Y la nueva Escuela, la de Altos Estudios, aunque contaba con dirección y

---

\* (7) Universidad Nacional. diciembre. 1930.

local, comenzó a vivir en el papel. No ofrecía programa definido; no contaba con profesorado propio.

La Escuela de Altos Estudios no reveló al público los fines que iba a llenar. No presentó planes de enseñanza; no organizó carreras. Sólo actuaron en ella tres profesores extranjeros, dos de ellos (Baldwin y Boas) ilustres en la ciencia contemporánea, benemérito el otro (Reiche) en los anales de la botánica americana; se habló de la próxima llegada de otros no menos famosos. ..Sobrevino a poco la caída del antiguo régimen, y la Escuela, desdeñada por los gobiernos, huérfana de programa definido, comenzó a vivir vida azarosa y a ser víctima escogida de los ataques del que no comprende. En torno a ella se formaron leyendas: las enseñanzas eran abstrusas; la concurrencia, mínima; las retribuciones, fabulosas; no se hablaba en castellano, sino en inglés, en latín, en hebreo.

Las anteriores palabras no acaban de ser escritas con fin intencionado. Fueron pronunciadas por Henríquez Ureña hace veinticinco años, en su discurso sobre *La Cultura de las Humanidades*.

La Escuela de Altos Estudios debía servir asimismo de centro a los diversos institutos de investigación científica ya existentes. Los institutos nunca acudieron de buena gana al director de Altos Estudios. Los diputados, sin conocer la Escuela, decían que hablar de Altos Estudios en México (¡ como si nunca antes los hubiera, sólo porque ellos los ignoraban!) era vestir de frac a un pueblo descalzo. Los fanáticos del antiguo positivismo, para quienes la sola palabra "Universidad" parecía una ofensa, explotaron esta irritabilidad demagógica y comenzaron a clamar contra una institución destinada a otorgar doctorados, porque esto crearía una casta de mandarines. ¡Como si no fueran títulos igualmente destinados a conferir una categoría de cultura los antiguos títulos de las carreras!

Solitario en medio a este torbellino de absurdo, el primer director, D. Porfirio Parra, no lograba, aun contando con el cariño y el respeto de la juventud, reunir en torno suyo esfuerzos ni entusiasmos. Representante de la tradición comtista, heredero principal de Barreda, le tocó morir aislado entre la bulliciosa actividad de la nueva generación enemiga del positivismo (P. H. U. Loc. cit.).

Han comenzado los motines, los estallidos dispersos, los primeros pasos de la Revolución. En tanto, la campaña de cultura comienza a tener resultados. Insistamos, resumamos nuevamente sus conclusiones. La pasión literaria se templaba en el cultivo de Grecia, redescubría a España -nunca antes considerada con más amor ni conocimiento-; descubría a Inglaterra, se asomaba a Alemania, sin alejarse de la siempre amable y amada Francia. Se quería volver un poco a las lenguas clásicas y un mucho al castellano; se buscaban las tradiciones formativas, constructivas de nuestra civilización y de nuestro ser nacional. Rota la fortaleza del positivismo, las legiones de la Filosofía -precedidas por la caballería ligera del llamado antiintelectualismo- avanzaban resueltamente. Se había dado una primer sacudida en la atmósfera cultural. En regiones muy diferentes y en profundidades muy otras, pronto se dejaría sentir en todas partes el sacudimiento político.

Aquella generación de jóvenes se educaba, como en Plutarco, entre diálogos filosóficos que el trueno de las revoluciones había de sofocar. Lo que aconteció en México el año del Centenario fue como un disparo en el engañoso silencio de un paisaje polar: todo el circo de glaciales montañas se desplomó y todas fueron cayendo una tras otra. Cada cual, asido a su tabla, ha sobrenadado como ha podido; y poco después los amigos dispersos, en Cuba o Nueva York, Madrid o París, Lima o Buenos Aires -y otros desde la misma. México- re-

novaban las aventuras de Eneas, salvando en el seno los dioses de la patria-. ¡Adiós a las noches dedicadas al genio, por las calles de quietud admirable, o en la biblioteca de Antonio Caso, que era el propio templo de las musas! Preside las conversaciones un busto de Goethe, del que solíamos colgar sombrero y gabán, convirtiéndolo en un convidado grotesco. y un reloj, en el fondo, va dando las horas que quiere; y cuando importuna demasiado, se le hace callar: que en la casa de los filósofos, como en la del *Pato salvaje*, no corre el tiempo. Caso lo oye y lo comenta todo con intenso fervor; y cuando a las tres de la madrugada, Vasconcelos acaba de leernos las meditaciones del Buda, Pedro Henríquez Ureña se opone a que la tertulia se disuelva, porque -alega-la conversación apenas comienza a ponerse interesante.\*(8)

Conviene saber que, para esa fecha, nuestras reuniones nocturnas del barrio de Santa María comenzaban a inquietar al gendarme. Lo que nos llenaba de orgullo, recordándonos a los poetas "lakistas", que salían al campo para charlar a sus anchas, que se hacían por eso sospechosos, y de quienes dicen los testimonios policiales que sin duda se sabían vigilados, porque con frecuencia se les oía nombrar al "espía narigudo" (Spinoza, pronunciado a la inglesa). Los cuatro amigos pasábamos las noches de claro en claro, entregados a estudios y discusiones. Vasconcelos estaba francamente comprometido con los conspiradores. Entre burlas y veras, pedí a Vasconcelos que, cuando partiera a la revolución, me dejara en prenda su magnífica *Encyclopaedia Britannica* para, en su ausencia, disfrutarla. Una mañana, al abrir los ojos, me encontré con los volúmenes alineados sobre mi mesa: Vasconcelos había partido. E hice pasar la contraseña convenida entre los compañeros: "Mambrú se fue a la guerra."

*La segunda campaña.* Y aquí se abre la segunda campaña, en cuatro batallas principales:

---

\* (8) A. R., *El suicida*, Madrid, 1917 y *Obras Completas*, 111, p. 302.

1º La ocupación de la Universidad.-Poco antes de la muerte del maestro Parra, Antonio Caso había presentado, en la nueva Escuela, con éxito ruidoso y lleno de augurios, su curso libre y gratuito sobre Filosofía. Justo Sierra, que con tanta lucidez comprendió la sed de nuestra mente, aludía, al inaugurar la Universidad, a la Filosofía: "aquella vaga figura de implorante -dice- que ronda en vano los templos serena de nuestra enseñanza oficial". A Antonio Caso, que ya había iniciado la obra desde su curso de Sociología en la Escuela de Derecho, corresponde la honra de haber conducido otra vez a la Filosofía hasta la cátedra. Con él se inaugura también la costumbre de los cursos libres y gratuitos Que nos permitiría posesionarnos de la Escuela de Altos Estudios, merced a la comprensiva acogida de los sucesivos directores, Pruneda y Chávez. En adelante, Caso domina el panorama intelectual de México, hasta el regreso de José Vasconcelos. El diálogo entre ambos, borradas ya las diferencias que nunca debieron existir y que tanto daño causaron a la generación que nos sigue, será, con el tiempo, uno de los más hermosos capítulos de la cultura mexicana.

2º La Universidad Popular .-Entretanto que ponemos sitio a la Universidad desde la Escuela de mayor jerarquía, " no abandonamos nuestras libres labores. Con el tiempo, el Ateneo fue siendo menos exclusivamente literario, y su misma latitud le quitaba necesidad. De paso, la falange se había engrosado con elementos de otras esferas. El doctor Pruneda -después Rector de la Universidad Nacional- está con nosotros; y nuestro aliado más eminente en el Gobierno fue entonces Alberto Pani. De los Estados Unidos, ha regresado Martín Luis Guzmán -mente clara, pluma de primera-,que luego figurará en la política y en las letras, en México y en España, y cuyos relatos y memorias son un punto de partida, una base para la historia de los últimos lustroso VII secreto instinto nos dice que pasó la hora del Ateneo. El cambio operado a la caída del régimen nos permitía la acción en otros medios. El 13 de diciembre de 1912, fundamos la Universidad Popular, escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de

las, primarias. Los periódicos nos ayudaron. Varias empresas nos ofrecieron auxilios. Nos obligamos a no recibir subsidios del Gobierno. Aprovechando en lo posible los descansos del obrero o robando horas a la jornada, donde lo consentían los patrones, la Universidad Popular continuó su obra por diez años: hazaña de que pueden enorgullecerse quienes la llevaron a término. El escudo de la Universidad Popular tenía por lema una frase de Justo Sierra: "La Ciencia protege a la Patria."

3º La primera Facultad de Humanidades.-Entretanto, a pesar de que Pani ocupaba la Subsecretaría de Instrucción Pública, Caso la Secretaría de la Universidad Nacional y Pruneda la Dirección de la Escuela de Altos Estudios, esta escuela sólo acertaba a vivir disimulándose, y sólo se mantenía por el desprendimiento de los jóvenes. Al curso honorario de Caso, sigue el del matemático Sotero Prieto. Y aunque de repente acontece el golpe de Victoriano Huerta, la obra continúa. Accede a la dirección de Altos Estudios don Ezequiel Chávez, congrega valientemente a los jóvenes, y se crea una facultad de Humanidades enteramente gratuita para el público y para el Estado, donde por primera vez se oyen los nombres de estas asignaturas: Estética, por Caso; Ciencia de la Educación, por Chávez; Literatura francesa, por González Martínez; Literatura Inglesa, por Henríquez Ureña; Lengua y Literatura Españolas, por Reyes. Otros maestros de autoridad y experiencia nos acompañan: el matemático don Valentín Gama, el filólogo Jesús Díaz de León, y también los arquitectos y críticos de arte Lazo y Mariscal. Otro joven, Mariano Silva, se encargó del Latín. Todavía era, como diría Vasconcelos en sus conferencias de Lima, "el latinista que por culto a la perfección apenas osa escribir". Venía Silva de la provincia michoacana, cuna de tradiciones y de buena repostería: traía unos bigotes largos y rubios y una cara de galo dulcificado por el cristianismo. Traducía a Prudencio. Poco a poco empezó sus escarceos personales con cierto *Entremés de las Esquilas*, en que dialogan figuradamente los bronces de la Catedral; y al fin se abrió un sitio en el cuento, el cuento nacional (inolvidable su interpretación de Juan Diego, el del mito guadalupano!), donde el nombre mismo de México adquiere singular elegancia. Conmovía el ver concurrir juntos a aquellas cátedras a ancianos como Laura Méndez de Cuenca, delegado de otra edad poética, y a adolescentes de los últimos barcos,

entre quienes se reclutaría años después la pléyade conocida por el nombre de los Siete Sabios. Allí aparecieron Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint, Alberto Vázquez del Mercado y Xavier Icaza. Pronto vendrían Lombardo Toledano y Gómez Morín, hoy en opuestos polos.

4º Conferencias en la Librería de Gamoneda.-Se acerca el período más violento de nuestras luchas. La actividad literaria comienza a ser una heroicidad. Los incansables "amigo" organizan todavía conferencias públicas. Acevedo diserta sobre arquitectura virreinal y abre derroteros a los colonialistas; Ponce, sobre música popular mexicana, que estaba esperando su crítico; Gamboa -hombre de otros tiempos, hombre ya sin tiempo- sobre la novela nacional; Urbina, el aliado de los jóvenes, sobre aspectos de nuestras letras, en que pone a contribución su reconcentrada índole mexicana; Pedro Henríquez Ureña establece entonces el mexicanismo de Ruiz de Alarcón, tesis llamada a larga fortuna; Caso trata de Bergson y la filosofía intuicionista. ¡Y esto, en qué momentos de desorientación y de luto! "Es un testimonio –me decía Bergson asombrado- no poco consolador sobre las posibilidades del espíritu ante las fuerzas oscuras del desorden." Parece increíble, en efecto, que en aquellos días aciagos, Castro Leal escribiera revistas teatrales en pro de la *Cándida*, de Bernard Shaw, y que hubiera representaciones de Wilde; que el Marqués de San Francisco tuviera la calma de continuar sus investigaciones sobre la miniatura en Méxi.co; o Torri aprovechara el fuego mismo del incendio para armar sus trascendentales castillos de artificio.

Vuelve la Revolución con Carranza, para vivir de convulsiones hasta el año de 1920. La generación sacrificada aún tiene fuerzas para sacar la revista *Nosotros*. González Martínez reúne los miembros dispersos en su revista *Pegaso*. Pablo Martínez del Río, en el número único de *La Nave*. La literatura continúa como puede en medio de las luchas civiles. En los peores años, de 1914 a 1916, la labor editorial de México es abrumadora y superior a cuanto habíamos conocido hasta entonces. Después vendrán la formidable obra educacional de Vasconcelos, la excelente tarea organizadora de Genaro Estrada. Aparecerán nuevos nombres: Ramón López Velarde, estrella fugaz en nuestro cielo poético. De Europa vuelve Diego Rivera, que es toda una época por sí solo. El país cobra conciencia de su carácter propio. Ya el

año del Centenario está muy lejos. Ya se lo recuerda con trabajo. Tal vez se lo quisiera olvidar. Será imposible: entre sus vagidos y titubeos, abrió la salida al porvenir, puso en marche el pensamiento, propuso interrogaciones y emprendió promesas que, atajadas por la discordia, habrá que reatar otra vez al carro del tiempo. A la hora del examen de conciencia -esa media noche del espíritu en que quisiéramos comenzarlo todo de nuevo- el faro de la etapa simbólica todavía puede iluminarnos. \*(9)

México, .septiembre de 1939.

Referencia bibliográfica:

REYES, Alfonso. "Pasado Inmediato". Obras completas. Vol. XII. México: FCE, 1983; pp. 182-216.

---

\* (9).Para la sesión conmemorativa del Primer Congreso Nacional de Estudiantes reunido en México el año de 1910.